



DG

GM

t. 1111277

c.

Serrano

Donlas Quintana





LOS SALMOS DE DAVID.

SALMOS DE DAVID

Esta obra es propiedad de su
autor, con arreglo á la ley.

LOS
SALMOS DE DAVID

PUESTOS EN VERSO CASTELLANO,

CON NOTAS,

POR EL DOCTOR D. JUSTO BARBACERO,

PRESBITERO,

Dignidad de Chantre que ha sido de la Catedral de Leon, y Abad de Santo Domingo de la Calzada, antiguo Catedrático de lengua hebrea en la Universidad de Alcalá, y escedente de Sagrada Escritura en la de Madrid.

CON APROBACION Y LICENCIA

del Emmo. Sr. Cardenal Arzobispo de Toledo.



MADRID:

IMPRESA A CARGO DE D. A. PEREZ DUBRULL,
calle del Pez, 6, principal.

1871.

Servicio Amelias Acituno



INTRODUCCION.

Libro de las alabanzas es el título que se da en hebreo á la coleccion de los Salmos, porque son las alabanzas por escelen-
cia, como se llama *Biblia* ó *libro* á toda la Sagrada Escritura, porque es el libro de los libros. El espíritu divino que inspiró y guió la pluma de los escritores sagrados, revelándoles las verdades y misterios de la fe, y dispensándoles una asistencia particular para espresarlas con palabras propias, aunque con estilo diferente, segun el genio y condiciones particulares de cada escritor, escogió principalmente al Real Profeta David para hacerle intérprete de las alabanzas divinas. Todas las circunstancias concurrían en él para ser un digno instrumento de la Divinidad, y para poner en su boca las alabanzas con que el Señor quiere ser alabado. Un corazon recto y puro, semejante al de los niños, que sienten con

mayor viveza; un espíritu levantado, que reviste de sublimidad esos mismos sentimientos; una vida de persecucion y de trabajos, que han sido la escuela de los grandes ingenios y de los grandes Santos; y, sobre todo, esa íntima persuasion y convencimiento de la grandeza divina y de la debilidad humana, cuyos efectos habia experimentado, y la viva gratitud que excitaban en su alma los señalados favores que le dispensó el Señor, hicieron del Profeta-Rey el personaje mas apto para cantar las glorias y las grandezas divinas, en estilo poético, en la lengua propia de los Profetas, y cuando esta lengua habia llegado á su mayor grado de cultura y perfeccion.

No somos nosotros de los que opinan que la poesía hebrea tenga la estructura de la poesía moderna, y que en los libros sagrados haya versos y ritmos de ninguna especie. Pero sí hay en ella una estructura particular, estilo y dición poética, y cierta cadenciosa disposicion en las frases, que despues se ha sustituido con la simetría del verso y la cadencia de la rima. Tambien confesaremos que no es el verso un

elemento esencial de la verdadera poesía; pero es uno de sus mas bellos ornamentos, y la piedra de toque para conocer y aquilatar el valor de las espresiones y conceptos poéticos. Verdad es que no se necesita de esta prueba para conocer la elevacion de pensamientos y el estilo propiamente poético que predomina en los Salmos; pero como la poesía, así como la música, se ha hecho no solamente para el alma, sino para el oido, un poema traducido en prosa nos ofrece la idea de una composicion música, que un inteligente puede comprender y apreciar solo con leerla, pero no sentir sus efectos.

Este, pues, ha sido el objeto que nos ha movido á intentar poner en verso los Salmos de David: el de suplir, en cuanto cabe y nos ha sido posible, con la armonía del verso castellano la cadencia métrica del original, y revestir con las galas de la poesía sus sublimes máximas y conceptos. Empresa ardua, es verdad, pero no tanto como á primera vista puede parecer á nuestros lectores. Por nuestra parte confesaremos que hubiéramos encontrado mas dificultades para hacer una buena traduc-

cion en prosa; porque como el carácter de esta sea la exactitud, debiendo trasladarse, no solo las ideas, sino las palabras, siendo por una parte tan distinto el genio de la lengua hebrea, y por otra muchas de sus palabras y metáforas intraducibles, hubiéramos vacilado entre hacer una version demasiado literal, sacrificando el estilo, ó una traduccion elegante, ó cuando menos tolerable, con perjuicio del sentido literal: escollos en que han tropezado y no han podido salvar los traductores en prosa.

Mas una traduccion en verso se supone desde luego que no es literal, y que en ella no se trata de traducir las palabras, sino los conceptos; pero siempre que estos sean bien interpretados, en el fondo y en la forma, valiéndose de las mismas figuras, comparaciones y metáforas, la traduccion representará sustancialmente al original, con el agrado de la diction poética y de la armonía del verso. Así, nuestro principal trabajo y estudio lo hemos puesto en examinar el argumento de cada salmo, no solo como principal objeto de la version, sino como medio de entender muchos pasajes oscuros, de construccion defectuosa y

de sentido ambiguo, comparando los antecedentes con los consiguientes, y buscando el enlace mas natural y propio de todas sus partes. Mucho nos ha servido tambien para la inteligencia de estos pasajes la lectura del testo hebreo, en el que con bastante frecuencia se hallan mas claros que en la Vulgata latina, como sucede en toda obra traducida, por perfecta que sea la traduccion. Sin embargo, hemos seguido á esta en lo sustancial, y solo en cosas muy accidentales y accesorias, sobre las que precisamente versan las diferencias de la Vulgata, hemos preferido el testo original hebreo, ó añadido alguna paráfrasis ó concepto propio en consonancia con otros de la misma Biblia. Principalmente nos hemos esforzado en trasladar con la mayor exactitud los pasajes proféticos, históricos y doctrinales, y en particular los testos que se hallan citados en los Evangelios y demas libros del Nuevo Testamento, los cuales hemos puesto empeño en traducir al pie de la letra, ó con alguna ligera ampliacion.

Este plan que nos propusimos de examinar el argumento de cada salmo, y de

estudiar y conocer el sentido literal, ora propio, ora metafórico, de todos sus pasajes, nos suministró la idea de la clase de metro que debíamos adoptar en la version de cada uno; porque como no todos los salmos sean iguales, sino que en ellos se reconocen todas las especies de poesía, la profética, la didáctica, la elegía, la oda, el epitalamio, el idilio y hasta el drama, á la variedad del asunto debia corresponder la diferente clase de verso. Sin embargo, hemos empleado generalmente la redondilla, por varias razones: primera, por ser su forma de origen español, y como ingénita en nuestra poesía; segunda, por ser adaptable á todo género de composiciones, así sublimes como didácticas, cuyo concepto misto se observa frecuentemente en un mismo salmo; tercera, porque es mas concisa, y la concision es el carácter de la sublimidad enérgica de la Biblia, como tambien el de sus sentencias y máximas doctrinales; cuarta, porque se adapta perfectamente al estilo candoroso que en medio de sublimes arranques se echa de ver siempre en todas las composiciones del Real Profeta. Citaremos como ejemplo el

salmo xvii, que principia con humildad, de repente se eleva, luego decae y se hace doctrinal, vuelve á levantarse y á descender, y por último se remonta hasta la profecía, y termina con palabras de reconocimiento y de accion de gracias. En todo él, sin embargo, se trasparenta el carácter ingenuo de David, con la sencilla manifestacion de sus sentimientos y afectos.

Si la clase de metro que hemos adoptado es la mas conforme á nuestra poesia, tambien la lengua castellana, de la que no en balde se ha dicho que es la lengua propia para hablar con Dios, se presta admirablemente á trasladar los conceptos de la lengua hebrea, en que habló Dios. Hay en ella cierto sabor místico que corresponde al sabor bíblico de la Sagrada Escritura; y si cuando se hablaba en toda su pureza y no habia perdido esa uncion que respiran las frases y palabras de Santa Teresa, San Juan de la Cruz, P. Ávila, Fr. Luis de Granada y Fr. Luis de Leon, se hubiese hecho la traduccion de los Salmos en verso castellano, como ensayó hacerla el Venerable P. Leon, habríamos tenido una obra perfecta y acabada en su clase, con ese

sello de antigüedad que tanto realza el mérito de las composiciones sagradas. No siéndonos dado resucitar la lengua y el estilo de nuestros autores clásicos, hemos procurado evitar el extremo opuesto de escribir conforme al lenguaje y estilo moderno, no haciendo uso de palabras nuevas, ó demasiado cultas y rebuscadas, sino de las que tienen carta de naturaleza, y evitando principalmente toda voz, imagen y concepto de la poesía profana, que, además de envolver un anacronismo, desdican del carácter religioso y hacen perder la unción á estas divinas é inspiradas composiciones.

No siendo propiamente esta obra una traduccion, sino una imitacion de los Salmos, aunque hemos procurado hacerla todo lo parecida en sus rasgos característicos y esenciales, y habiendo puesto cuidado en espresar en ella los conceptos con toda claridad, segun los hemos entendido por la lectura del testo y de sus mejores intérpretes, pudiéramos creernos dispensados de la obligacion de poner notas, requisito necesario para leer las traducciones de la Biblia en lengua vulgar. Sin embargo, para llenar esta condicion ponemos al final

del libro, con la llamada correspondiente en el testo para no interrumpir su lectura, las mas precisas é indispensables para la inteligencia de los pasajes que aparezcan oscuros ó de significacion ambigua, para la esplicacion de algun misterio ó sentido místico, para llamar la atencion sobre las principales profecías, ó para hacer notar las accidentales diferencias entre la Vulgata y el original hebreo.

Concluiremos esta Introduccion por donde debiéramos haber empezado; por hacer el elogio de los Salmos, y recomendar la importancia de su lectura y meditacion. Pero ¿qué podemos añadir nosotros á lo que sobre este particular han escrito los Padres, han sentido los Santos y ha reconocido la Iglesia, haciendo de ellos la parte principal de la liturgia, de las horas canónicas y de las alabanzas divinas? Pálido seria cuanto pudiéramos decir en favor de lo que hace siglos ha pasado en autoridad de cosa juzgada, y juzgada por una autoridad infalible. Los Salmos deben recitarse en latin en los officios, porque es la lengua universal de la Iglesia, y porque así lo ha consagrado el uso. Este se remonta á los

primeros siglos del cristianismo ; pues ya cuando San Gerónimo hizo su version, se hallaban en boca de todos, segun la traduccion latina antigua tomada de la griega de los Setenta intérpretes, y en esta forma se siguen cantando y recitando en los oficios. De aquí procede la oscuridad de muchos pasajes, que los entendidos y sabios podrán esplicarse y conocer mucho mejor que nosotros, pero que pasan ignorados y desapercibidos para el mayor número de los que los leen ó recitan, por carecer de los conocimientos especiales y medios propios de interpretacion. En beneficio de estos, así eclesiásticos como seglares, hemos hecho este trabajo, que, antes que á la crítica de los sabios, sometemos rendidamente y en todas sus partes al juicio y censura de la Iglesia.

CENSURA ECLESIAÍSTICA.

EMMO. SEÑOR :

En cumplimiento del mandato de Vuestra Eminencia encomendándome el exámen y censura de la obra que, con el título de LOS SALMOS DE DAVID PUESTOS EN VERSO CASTELLANO, piensa publicar el presbítero Dr. D. Justo Barbagero, pongo en su conocimiento que, evacuado este honroso encargo, nada he visto en dicha obra que sea contrario al dogma católico, sana moral, ni á las reglas que para trabajos de esta índole tiene establecidas nuestra santa Madre la Iglesia. Todo lo contrario. El trabajo del indicado sacerdote, aparte de su mérito literario, lo considero de mucha utilidad por el objeto religioso que tiene, y muy conveniente para escitar y aumentar la piedad en las almas cristianas y devotas. Teniendo siempre presente en la composicion de este libro la autoridad que

todos los católicos reconocemos en la traducción latina conocida con el nombre de *La Vulgata*; aprovechándose de los conocimientos que posee de la lengua hebrea y de la hermenéutica sagrada, y, sobre todo, no perdiendo de vista aquellos pasajes del libro de David que tienen un fin altamente religioso, ya por encerrar alguna profecía, ó ya por ser citados en el Nuevo Testamento, el Dr. Barbagero ha logrado en su obra hermanar, en lo que es posible, la espresion y poesía del original con su version castellana.

Para cumplir, Emmo. Sr., si no con mas capacidad, al menos con alguna diligencia, la órden que se ha dignado enviarme, he cotejado con el testo hebreo algunos de los salmos que forman el espresado libro, y puede asegurarse desde luego que el trabajo poético del presbítero D. Justo Barbagero es mas fiel y conforme al original, que ciertas prosas que se proponen pasar por los únicos y mas acabados modelos de traducciones bíblicas; por ejemplo: una que sobre los mismos Salmos se ha publicado recientemente con pretensiones de ser la mas exacta, siendo así que

es una lástima no haya pasado por la censura eclesiástica, para que, volviendo por la verdad del libro de David, tan malparada en la indicada version, no hubiera desmerecido en nada de su importancia literaria, inseparable siempre de su importancia religiosa.

Los Salmos, cánticos sublimes y verdaderas composiciones poéticas, se amoldan perfectamente á una traduccion tambien poética, y aun se logra de esta manera como estereotipar, por decirlo así, ciertas frases y modismos del testo primitivo, refractarios, por otra parte, á toda prosa, especialmente de las lenguas modernas. De la obra del Sr. Barbagero puede decirse que, remontándose con el verso á la espresion misma del original, ha sabido conservar en su traduccion la claridad y las ventajas de una paráfrasis de las mas bien hechas. Por eso varones de todos los tiempos, tanto de España como del extranjero, se han dedicado á esta clase de composiciones al trasladar á las lenguas vulgares los Salmos de David. ¡Pluguiera á Dios fueran mas frecuentes estos trabajos bíblicos, hasta que se lograse, por medio de ediciones

repetidas, que la poesía de esta bellísima parte de los libros santos hablase á todas las capacidades, á todas las aspiraciones, y sobre todo á aquellos corazones que quieren vivir la vida de la Religion y de la piedad.

Estas consideraciones, Emmo. Sr., que no he hecho mas que apuntar, me hacen abrigar la íntima esperanza de que la obra de D. Justo Barbagero sobre los Salmos de David, está llamada á llenar cumplidamente el cristiano y laudable objeto que se propone; por todo lo cual creo muy conveniente que se le dé la licencia que solicita para poder publicar tan excelente libro.

Dios conserve la vida de V. Emma. por muchos años. Madrid 7 de junio de 1871.
—Excmo. y Emmo. Sr.—*José Salamero y Martinez*, presbítero. — Excmo. y eminentísimo Sr. Cardenal Arzobispo de Toledo.

APROBACION.

SECRETARÍA DE CÁMARA Y GOBIERNO DEL
ARZOBISPADO DE TOLEDO.

Su Emma. el Cardenal Arzobispo mi señor ha tenido á bien decretar lo siguiente :

«Por la presente aprobamos, y damos nuestra licencia, para que puedan imprimirse Los SALMOS DE DAVID, EN VERSO CASTELLANO, CON NOTAS, que ha compuesto el presbítero D. Justo Barbagero, doctor y catedrático de Sagrada Escritura en la Universidad Central, mediante á que, habiendo sido examinados de nuestra orden, no contienen cosa alguna contraria al dogma católico y sana moral, antes bien, son muy propios para escitar en las almas la piedad y devocion cristiana. Comuníquese al interesado á los efectos consiguientes.»

En cumplimiento de lo que al final del

preinserto decreto se previene, lo traslado á V. S. para su satisfaccion y demas efectos. Dios guarde á V. S. muchos años. Madrid 15 de junio de 1871.—*Antonio Ruiz y Ruiz*, secretario.—Sr. Dr. D. Justo Barbagero.

LOS SALMOS DE DAVID.

SALMO PRIMERO.

Beatus vir, qui non abiit...

I.

¡Cuán feliz el destino
del que huye de malévolos consejos;
y del fatal camino
que sigue el pecador, se aparta lejos!

II.

Que nunca entre la impía
gente se sienta que de Dios blasfema;
sino que noche y día
meditar en su ley tiene por tema.

III.

Será como frondoso
árbol plantado junto al fresco río,
que su follaje hermoso
nunca pierde, y da fruto en el estío.

IV.

Y todo cuanto hiciere,
prosperará en sus manos; de su vida
sin que la paz se altere,
ni en su pecho el dolor tenga cabida.

V.

No así, no así el protervo
 impío que de Dios provoca la ira;
 mas polvo del acervo (*)
 será que el viento por la tierra tira.

VI.

No podrá, por lo tanto,
 la vista sostener del Juez augusto;
 ni en el congreso santo
 tener entrada en que se sienta el justo.

VII.

Porque el Señor las vías
 de los buenos conoce, y las aprueba;
 de las gentes impías
 á eterna perdición la senda lleva.

SALMO II.

Quare fremuerunt gentes...

I.

¿Por qué con ardor insano
 se tumultúan las gentes,
 y los pueblos impacientes
 forman proyectos en vano?

II.

Coligáronse los Reyes,
 los príncipes se han unido
 contra el Señor y su Ungido
 para quebrantar sus leyes.

III.

«Las ligaduras rompamos
(dijeron) con que le plugo
sujetarnos, y su yugo
de nosotros sacudamos.»

IV.

Mas el que habita en los cielos
se mofa del que se engríe;
de sus proyectos se rie,
que no pueden darle celos.

V.

Entonces les hablará
como quien fuerte respira (*),
y con esta señal de ira
de terror los llenará.

VI.

Sobre el monte de Sion
me ha constituido Rey
para predicar su ley
y anunciar su prediccion.

VII.

¡Pasmado de oirla estoy!
Escuchad lo que me dijo:
«Tú eres en verdad mi Hijo;
á Tí te he engendrado hoy (*).»

VIII.

Pídeme, pues, y en herencia
las naciones te daré,
y en el orbe estenderé
tu señorío y potencia.

IX.

Con vara las regirás
de hierro en temple de acero,
como á vaso de alfarero
así romperlas podrás.

X.

Y ahora, Reyes, entended;
jueces, corregíos vos:
servid con temor á Dios;
alegraos, mas temed.

XI.

Abrazad su disciplina,
no sea que el Señor se irrite,
y en la senda os precipite
por donde halleis vuestra ruina.

XII.

Cuando su justa venganza
en breve se inflamará,
solo dichoso será
quien tenga en él confianza.

SALMO III.

Domine, quid multiplicati sunt...

I.

¿Cómo es que van en aumento,
Señor, los que me aborrecen,
y que su número acrecen
los rebeldes y cobran mas aliento?

II.

Muehos dicen: «Ya no tiene
que esperar salud de Dios.»
Pero mi escudo sois Vos;
mi gloria y mi grandeza de Vos viene.

III.

A voces clamé al Señor,
y me oyó del Monte santo:
me dormí, mas me levanto,
porque Dios me recibe en su favor.

IV.

No temeré á ese gentío
que contra mí viene airado,
y ya me tiene cercado:
levántate, y ponme en salvo, Dios mio.

V.

Porque á todos mis contrarios
ya la cabeza humillaste,
ya los dientes quebrantaste
á esos hombres impíos y nefarios.

VI.

Del Señor omnipotente
nos viene la salvacion:
recaiga tu bendicion
sobre tu pueblo, ¡oh Dios! eternamente.

SALMO IV.

Cum invocarem, exaudivit me Deus...

I.

Cuando invoqué, me escuchó
el Dios de toda bondad;
en la angustia y ansiedad
el corazón me ensanchó.

II.

Confiado en tu clemencia
piedad te pido otra vez,
y dirijo nueva preza
á tu divina presencia.

III.

Hijos de hombres, ¿hasta cuándo
tendréis cerrados los ojos?
¡Siempre tras vanos antojos,
siempre mentiras buscando!

IV.

Sabed que apartó el Señor
á su Santo para sí;
y que Él me escuchará á mí
cuando alzare mi clamor.

V.

Reprimid la ira en el pecho,
y no cometáis pecado:
el corazón irritado
dejad se calme en el lecho.

VI.

A Dios llevad hostias puras,
y confiad en su diestra.
Muchos dicen: «¿Quién nos muestra
sus bienes y sus venturas?»

VII.

La luz ¡oh Dios! de tu cara
en nosotros está impresa:
¡qué alegría tu promesa
á mi corazon depara!

VIII.

Que tengan ellos de trigo,
de aceite y vino abundancia:
confiado en tu vigilancia
yo dormiré en paz contigo.

IX.

Porque tú solo, Señor,
aseguras mi esperanza:
en tu poder se afianza,
en tu clemencia y amor.

SALMO V.

Verba mea auribus percipe, Domine...

I.

Mis palabras perciban tus oídos,
escucha mi clamor;
á mis ruegos atiende repetidos,
mi Rey, Dios y Señor.

II.

Temprano escucharás en tu clemencia
la voz que elevaré;
temprano me verás en tu presencia,
y te contemplaré.

III.

No eres tú Dios, como fingió el indigno,
que ame la iniquidad;
no morará el injusto y el maligno
ante tu majestad.

IV.

Las obras del inicuo y avariento,
del vil calumniador,
del hombre sanguinario y fraudulento,
las miras con horror.

V.

Pero yo, por tu gran benevolencia,
en tu casa entraré;
y ante el santo lugar con reverencia
la rodilla hincaré.

VI.

Dirígeme, Señor, con tu justicia,
y obre con rectitud;
no pueda mi rival con su malicia
empañar mi virtud.

VII.

Pues jamás ha salido de su boca
palabra de verdad;
vacío el corazón, su mente loca
juzga con vanidad.

VIII.

Sepulcro descubierto es su garganta;
de la mentira en pos,
vil calumnia su lengua me levanta:
júzgalos tú, mi Dios.

IX.

Frústrense los designios y consejos
que forman contra mí:
por su mucha maldad échalos lejos,
que no estén junto á tí.

X.

Alégrense, al contrario, los que esperan,
sin turbarse jamás:
pues tu Nombre santísimo veneran,
con ellos morarás.

XI.

A los justos darás tus bendiciones,
¡oh! Dios mio y Señor;
y á cubierto pondrá sus corazones
tu escudo protector.

SALMO VI.

Domine, ne in furore tuo... Miserere...

I.

No me reprendas, Dios mio,
en medio de tu furor,
ni con airado rigor
castigues mi desvarío.

II.

Ten piedad de mí, que soy
de flaco y débil sentido;
sáname, que estremecido
hasta en mis huesos estoy.

III.

Tal miseria contemplando,
con tan extrema agonía,
turbada está el alma mía:
mas tú, Señor, ¿hasta cuándo?

IV.

Vuélvete á mí, libra mi alma,
Señor, por tu gran bondad:
sálvala de esta ansiedad,
y nazca en ella la calma.

V.

Porque no*recuerda el hombre,
muerto en culpa, tu amor tierno (*):
en la mansion del infierno
¿quién confesará tu nombre?

VI.

Con duro llanto bañé
todas las noches mi lecho:
luego, en lágrimas deshecho,
toda mi estancia regué.

VII.

Mis ojos tornó marchitos
la indignacion, la ira, el tedio;
sufriendo continuo asedio
de enemigos infinitos.

VIII.

Lejos de mí todos cuantos
 obrásteis la iniquidad;
 que el Señor, en su piedad,
 oyó la voz de mis llantos.

IX.

Ya me dice el corazon
 que mi súplica es oída,
 y del Señor recibida
 mi humilde deprecacion.

X.

Huyan de vergüenza llenos
 mis enemigos, y en pos
 la ignominia; que ya Dios
 me abrió de su amor los senos.

SALMO VII.

Domine, Deus meus, in te speravi...

I.

En Tí, Señor, esperé:
 de todos mis adversarios
 que impíos y sanguinarios
 me persiguen, sálvame.

II.

No sea que cual leon
 alguno mi alma arrebate,
 y no haya quien la rescate
 ni quien la dé salvacion.

III.

¡Señor, mi Dios! Si hice tal;
 si hay injusticia en mi mano,
 gravé sin causa al hermano,
 y aun si volví mal por mal;

IV.

Persígame con anhelo
 mi enemigo, y abatida
 tenga en la tierra mi vida,
 y mi gloria humille al suelo.

V.

Mas si culpa en mí no viste,
 levántate, Dios, en tu ira
 contra el pecador, y mira
 el juicio que dispusiste.

VI.

La asamblea de las gentes
 se juntará en torno tuyo;
 vuélvete por amor suyo
 á los cielos eminentes (*).

VII.

El Señor de todos juez:
 conforme á mi rectitud,
 mi inocencia y mi virtud,
 júzgame, ¡oh Dios! á mi vez.

VIII.

Acábase la malicia
 del pecador: á los rectos,
 cuyo corazon y afectos
 penetras, harás justicia.

IX.

Mi socorro y salvacion
de Vos alcanzar confio;
pues sé que salvais, Dios mio,
al recto de corazon.

X.

Y cada dia juzgais
con benignidad al justo;
mas al impío é injusto
vuestra indignacion mostrais.

XI.

Si no te conviertes luego,
su espada aguza cortante;
el arco tiene tirante;
sus saetas son de fuego.

XII.

Los frutos del malo mira:
concibe la iniquidad,
engendra la falsedad,
y produce la mentira.

XIII.

Abre el hoyo y lo socava,
y en el hoyo que hizo cae;
sobre su cabeza atrae
las saetas de su aljaba.

XIV.

Al Señor confesaré
que tan justo es con el hombre:
y del Altísimo el nombre
alabando ensalzaré.

SALMO VIII.

Domine, Dominus noster, quam admirabile...!

I.

¡Oh Señor! ¡cuán admirable
es en la estension del suelo
tu nombre! Mas sobre el cielo
se ensalza tu grandeza incomparable.

II.

Las bocas de los infantes (*)
y de los que al pecho maman,
tus alabanzas proclaman
mas perfectas con voces anhelantes.

III.

De tu poder son testigos:
que en su frente un sello imprimes,
con que al vengador reprimes,
y aplacan su furor los enemigos.

IV.

Mas al contemplar el cielo,
obra de tus manos bellas,
y la luna y las estrellas
que adornan de la noche el rico velo:

V.

¿Qué es el hombre, me pregunto,
que te acuerdas de su nombre?
¿O qué es el hijo del hombre,
de tus desvelos para hacerle asunto?

VI.

Poco menos le elevaste
 que á los ángeles hermosos
 que tu cara ven dichosos,
 y de gloria y honor le coronaste.

VII.

Y el señorío le diste,
 como á Rey y soberano,
 en las obras de tu mano:
 todas las cosas á sus pies pusiste.

VIII.

Ovejas, bueyes, ganados
 que los pastorcillos tienden,
 aves que los aires hienden,
 peces que surcan mares agitados.

IX.

Señor, tu nombre admirable
 es en la estension del orbe;
 tu gloria todo lo absorbe:
 en tierra y cielo reinas inefable.

SALMO IX.

Confitebor tibi, Domine, narrabo...

I.

A Tí, Señor, rendiré
 gracias, y tus maravillas,
 si con palabras sencillas,
 todas las publicaré.

II.

En tí me alegraré cuanto
alegrarse puede un hombre;
himnos cantaré á tu Nombre
escelso, altísimo, santo.

III.

Cuando la fuga tomara
mi enemigo, le quitaste
las fuerzas, y le aterraste
con la vista de tu cara.

IV.

Pues tú me has hecho justicia,
y tomado mi defensa:
no impune dejas la ofensa;
no hay en tu trono injusticia.

V.

Reprendiste á las naciones
y el impío pereció;
eterno olvido cubrió (*)
sus nombres y sus acciones.

VI.

El dardo enemigo mellas;
sus espadas embotaste;
sus ciudades asolaste,
su fama murió con ellas.

VII.

Pero el Señor, sin variar,
eternamente subsiste.
Tu trono ¡oh Dios! dispusiste
para sentarte á juzgar.

VIII.

Y has de juzgar á la vez
con justicia y equidad
á toda la humanidad
del orbe en la redondez.

IX.

En tí no hay pobre ninguno
que no encuentre proteccion;
en toda tribulacion
das el auxilio oportuno.

X.

Con tu esperanza se escude
el que conoció tu Nombre:
pues no abandonas al hombre
que á tu proteccion acude.

XI.

Cantad al Señor que habita
en Sion, y las hazañas
decid á gentes estrañas
que obró su diestra bendita.

XII.

Porque la sangre vengó
de sus justos oprimidos;
los clamores y gemidos
del pobre nunca olvidó.

XIII.

Pues mira, Señor, la suerte
que el enemigo me muestra;
y sácame con tu diestra
de las puertas de la muerte.

XIV.

Para que anuncie en Sion
de tus prodigios la gloria,
y me alegre la memoria
de tu santa salvacion.

XV.

Las gentes se sumergieron
en la sima que cavaban;
en los lazos que ocultaban
sus pies enredados fueron.

XVI.

Así será conocido
que el Señor hace justicia,
cuando en su propia malicia
quede el pecador cogido.

XVII.

En el infierno arrojado
será con indignacion,
con todo pueblo ó nacion
que de Dios viva olvidado.

XVIII.

Mas del pobre y afligido
Dios se acuerda en su clemencia:
no quedará su paciencia
sin el premio merecido.

XIX.

Levántate, y no permitas
que los malos prevalezcan:
ante tu juicio parezcan
las naciones infinitas.

XX.

Y un legislador las nombres
 cuyo poder reconozcan,
 y así las gentes conozcan
 que otra cosa no son que hombres.

SALMO IX (SEGUNDA PARTE).

Ut quid, Domine, recessisti longe...?

I.

¿Por qué, Señor, te apartaste
 lejos de mí en la desgracia,
 y cuando mas de tu gracia
 he menester, me dejaste?

II.

Cuando en su orgullo el malvado
 al desvalido persiga,
 haz que al fin solo consiga
 ser en su trama enredado.

III.

Porque el impío hace alarde
 de su mala voluntad,
 y se jacta en su maldad,
 la ira del Señor arde.

IV.

Llevado de su arrogancia,
 no busca á Dios, ni en Dios piensa;
 y multiplica la ofensa
 porque le mira á distancia.

V.

Lejanos ve sus castigos;
cree que no han de llegar;
solo piensa en dominar
á todos sus enemigos.

VI.

Pues dice en su corazon:
«No me vendrá desventura,
no caeré de mi altura,
no sufriré alteracion.»

VII.

De maldicion está llena
su boca, y de fraude y dolo;
bajo su lengua tan solo
se oculta dolor y pena.

VIII.

Con los ricos en acecho
pónese en sitio escondido,
para poder al descuido
herir al pobre en el pecho.

IX.

Mirándole están sus ojos,
como leon en su cueva,
y á su emboscada le lleva
para coger sus despojos.

X.

Le hará caer en su lazo;
en tierra se agachará,
mas encima saltará
cuando le alcance su brazo.

XI.

Pues dijo en su corazón:
«Dios no se acuerda de nada,
tiene su cara apartada,
no verá mi torpe accion.»

XII.

Levantaos ya, mi Dios,
y alzad la mano potente;
no olvideis que el inocente
tiene su esperanza en Vos.

XIII.

Pues ¿por qué tan si medida
el malo ofende al Señor?
Porque dice en su interior:
«Ya Dios de nada se cuida.»

XIV.

Mas el pobre desvalido
ya ves que sufre sin pausa.
Él te confió su causa;
de tí será defendido.

XV.

Quebranta el brazo al malvado,
y al audaz impío aterra;
y no quedará en la tierra
vestigio de su pecado.

XVI.

Por siglos y eternamente
el Señor dominará;
de su tierra estirpará
á toda incrédula gente.

XVII.

Tú de los pobres, Señor,
oíste las oraciones;
Tú su corazón dispones
para escucharlos mejor.

XVIII.

Haz al huérfano justicia
y al humilde que te nombre;
para que cese ya el hombre
de gloriarse en su malicia.

SALMO X (*).

In Domino confido: quomodo dicitis...?

I.

El Señor Dios constituye
mi esperanza: ¿á qué esa voz,
como pájaro veloz
retírate al monte y huye?

II.

¿Porque el malo á prevención
tiene aljabas guarnecidas
para flechar á escondidas
al recto de corazón?

III.

Deshecha fue su emboscada,
rota la cuerda tendida,
y puesta en salvo la vida
del justo, sin hacer nada.

IV.

En su templo está el Señor,
su trono tiene en el cielo:
mira al pobre con desvelo,
y examina al pecador.

V.

Al justo y al bueno prueba
como el amo á dócil siervo;
mas al impío y protervo
siempre indignado reprueba.

VI.

Encima de él sin clemencia
lloverá penas y afanes;
azufre, fuego, huracanes,
parte serán de su herencia.

VII.

Porque el Señor es perfecto
y ama siempre la justicia,
con inefable delicia
verán sus ojos al recto.

SALMO XI.

Salvum me fac, Domine...

I.

Sálvame, porque en la tierra
hombres de bien ya no se hallan;
la justicia y verdad fallan,
y todos buscan la guerra.

II.

Ya no miran como innoble
 ser falaces y engañosos;
 hablan con labios dolosos
 y con un corazón doble.

III.

Confunda el Señor y acabe
 con todo engañoso labio,
 con quien presume de sabio
 porque tramas urdir sabe.

IV.

Que dicen: «No hay cosa grande
 á que aspirar no podamos:
 con nuestra astucia contamos,
 ¿quién será aquel que nos mande?»

V.

Pero mirando el Señor
 á tanto pobre que llora,
 dice: «Me levanto ahora,
 quiero ser su salvador.»

VI.

Y sus palabras son puras
 como la plata acendrada
 que siete veces pasada
 por el crisol la depuras.

VII.

Tú, Señor, le guardarás
 contra esa raza de gente,
 y con tu brazo potente
 á todos nos salvarás.

VIII.

Los impíos en redor
 andan altivos y vanos;
 pero todos los humanos
 son viles ante el Señor.

SALMO XII.

Usquequo, Domine, oblivisceris me...?

I.

¿Hasta cuándo me tendrás,
 ¡oh Señor! en el olvido,
 y tu rostro esclarecido
 de tu siervo apartarás?

II.

¿Por cuánto tiempo he de andar
 conmigo solo pensando,
 dia tras dia angustiendo
 mi corazon el pesar?

III.

¿Hasta cuándo mi enemigo
 me hará sentir su rigor?
 Vuélvete hácia mí, Señor,
 y sé clemente conmigo.

IV.

Alumbra, alumbra mis ojos;
 no duerma de muerte el sueño,
 y me mires con mas ceño,
 y se aumenten tus enojos.

V.

No sea que también diga,
 si ve que caigo en pecado,
 mi enemigo: «¡Ya he triunfado!»
 Y grande gozo consiga.

VI.

Pero yo mi confianza
 tengo puesta en tu clemencia:
 mírame con indulgencia,
 y cantaré tu alabanza.

VII.

Con alegría infinita
 himnos cantaré al Señor,
 de todos bienes dador,
 que en las alturas habita.

SALMO XIII.

Dixit insipiens in corde suo...

I.

En su corazón malvado:
 «No hay Dios,» dijo el libertino;
 y corrompió su camino,
 y de malas pasiones fue llevado.

II.

Sobre los hijos del hombre
 miró el Señor desde el cielo,
 para ver si hay en el suelo
 quien entienda y de Dios invoque el nombre.

III.

Todos se han extraviado
y corrompido tambien:
no hay ninguno que obre el bien,
ni uno solo que bueno haya quedado.

IV.

Sepulcro abierto es su boca;
su lengua no tiene freno;
en su labio hay el veneno
del áspid que inficiona cuanto toca.

V.

Henchida está su garganta
de maldicion y amargura;
vengativo se apresura
á verter sangre con ligera planta.

VI.

Afligir y dar enojos
al hermano, es su solaz;
nunca conoció la paz,
no hay temor de Dios ante sus ojos.

VII.

¿No entenderán, por ventura,
los que maldad atesoran,
los que á mi pueblo devoran,
que hay un Dios que los ve desde la altura?

VIII.

No invocan su nombre santo,
y todos tiemblan de miedo,
sin saber la causa; el dedo
del Señor en sus almas pone espanto.

IX.

Mientras el pobre y el justo
que tratan con menosprecio,
de Dios teniendo el aprecio,
sin sobresalto viven, y sin susto.

X.

¿Quién dará la salvacion
á Israel? Cuando el cautivo
vuelva Dios al pais nativo,
himnos de gozo cantará en Sion.

SALMO XIV.

Domine, quis habitabit in tabernaculo tuo...?

I.

Señor: ¿quién habitará
en tu templo sacrosanto?
O ¿quién en tu monte santo
tener descanso podrá?

II.

El que vive sin mancilla
y camina rectamente,
que en su corazon no miente,
y habla la verdad sencilla.

III.

No tiene dolo en su lengua,
ni hace mal á sus hermanos,
ni oye discursos livianos
que se digan en su mengua.

IV.

El que á sí en poco se estima
y honra al bueno y temeroso ;
si jura, no es engañoso,
ni á su prójimo lastima.

V.

Que no da dinero á usura,
ni contra el justo recibe
cohecho. Quien así vive,
gloria alcanzará segura.

SALMO XV.

Conserva me, Domine...

I.

Guardadme, Señor, porque alta
tengo mi esperanza en Vos.
Yo dije: «Tú eres mi Dios ;
mis bienes no te hacen falta.»

II.

En los justos me recreo,
que cumplen tu voluntad ;
los que brillan en piedad
tienen todo mi deseo.

III.

Multiplicarse han los males
del que á otros dioses invoca :
no los tomaré yo en boca ;
no pisaré sus umbrales.

IV.

Parte el Señor de mi herencia (*)
que por suerte me ha tocado ;
no seré de ella privado ;
Tú la darás consistencia.

V.

¡En qué sitio tan hermoso
me ha cabido la heredad !
Deliciosa es en verdad ;
en ella tendré reposo.

VI.

Bendice á Dios, alma mia,
que dirigió la eleccion :
de noche mi corazon
con gozo lo presentia.

VII.

Pues siempre al Señor miré
de su amor dándome muestra ;
siempre le tuve á mi diestra
para sostenerme en pie.

VIII.

Himnos así de alabanza
entoné con alegría ;
ademas la carne mia
reposará en la esperanza.

IX.

A mi alma tu proteccion
en el sepulcro darás :
tu Santo no dejarás
que sienta la corrupcion (*).

X.

Pues de la vida el camino
me pusiste por delante,
y ver tu hermoso semblante
será mi final destino.

SALMO XVI.

Exaudi, Domine, justitiam meam...

I.

Escucha, ¡oh Dios de justicia!
presta oído á mi oracion;
oye la deprecacion
de mis labios sin malicia.

II.

Salga ¡oh Señor! mi sentencia
de ese tu rostro clemente;
tus ojos ven claramente
mi rectitud é inocencia.

III.

Probaste mi corazon;
de noche me visitaste;
por el fuego me pasaste;
viste mi pura intencion.

IV.

Por el camino no fui
que suele trillar el hombre;
mas, por amor á tu nombre,
ásperas sendas seguí.

V.

Asegura tú mis pasos
en las sendas que á tí llevan,
que mis pies no se conmuevan,
que no padezca retrasos.

VI.

A tí, Dios mio, clamé,
porque me oyes complacido:
ahora presta atento oido
á la súplica que haré.

VII.

Tu misericordia muestra
salvando á los que te invocan
de los que tu ira provocan
resistiéndose á tu diestra.

VIII.

Comó á niña de los ojos
guárdame, y ponme al abrigo
de tus alas; mi enemigo
me hace sentir sus enojos.

IX.

A la piedad ha cerrado
su corazon la protervia;
su boca habla con soberbia,
porque me tienen cereado.

X.

Estréchanme sin recelo,
todos mis pasos atajan,
y se esfuerzan y trabajan
para derribarme al suelo.

XI.

Como leones parecen
prontos á coger su presa;
cual cachorros que en espesa
concavidad se guarecen.

XII.

Álzate, ¡oh Dios soberano!
y á los impíos desarma:
quítales, quítales tu arma,
y sálvame de su mano.

XIII.

Sepáralos de los buenos (*)
que te sirven con temor:
estos de tu santo amor
y de esperanza estén llenos.

XIV.

Multiplíquense sus hijos,
y déjenles en herencia
la piedad y la clemencia,
y vivan años prolijos.

XV.

Que yo á tu presencia iré,
dándome tú la victoria;
y cuando vea tu gloria,
de gozo me saciaré.

SALMO XVII.

Diligam te, Domine, fortitudo mea...

I.

A tí, Señor, he de amarte,
pues eres mi fortaleza:
el Señor es mi firmeza,
mi asilo, mi baluarte.

II.

Mi Dios es mi protector,
en su defensa confio;
mi amparo, refugio mio,
mi potente salvador.

III.

Con alabanzas el nombre
del Señor invocaré,
y de los lazos saldré
que tiende á mis pies el hombre.

IV.

De la muerte la ansiedad,
las congojas me cercaron,
y de terror me llenaron
torrentes de iniquidad.

V.

Del sepulcro los horrores
empezaba ya á sentir;
ya principiaba á sufrir
de lá muerte los temblores.

VI.

En tanta angustia al Señor
clamé, y de su templo santo
oyó la voz de mi llanto;
oídos dió á mi clamor.

VII.

Tembló la tierra al instante,
los montes se estremecieron,
de raiz se conmovieron
al ver su airado semblante.

VIII.

Sube el humo de la ira
con que su pecho se inflama;
enciéndose viva llama,
su boca fuego respira.

IX.

Inclina el cielo, y descende
de la tierra hasta el confín;
monta sobre el querubin,
en alas del viento hiende.

X.

Puso en las nubes su asiento,
cercado está de tinieblas;
su pabellon son las nieblas,
las aguas su pavimento.

XI.

Al resplandor de su frente
las nubes se deshicieron,
lluvia y granizo vertieron,
centellas y fuego ardiente.

XII.

Tronó el Señor desde el cielo,
el Escelso dió su voz;
en piedras cae veloz
hecho pedazos el hielo.

XIII.

Sus saetas disparó,
y les infunde desmayo;
vibra fulminante rayo,
y de terror los llenó.

XIV.

Los manantiales se secan,
tiembla en su cimiento el orbe;
su furor todo lo absorbe,
sus iras todo lo truecan.

XV.

Entonces desde la altura
el Señor tiende su mano,
me coge y me saca sano
de tan horrenda tortura.

XVI.

Líbrame de mis contrarios,
de cuantos mi alma aborrecen,
cuando mas su furia acrecen,
cuando mas son sanguinarios.

XVII.

Hízose mi protector,
me puso en seguridad,
por su buena voluntad,
por efecto de su amor.

XVIII.

El Señor me premiará
de mis obras á medida,
y segun mi recta vida
el galardón me dará.

XIX.

Porque yo siempre guardé
los caminos del Señor;
con mi Dios y redentor
nunca impiamente obré.

XX.

Sino que tengo sus juicios
siempre delante de mí;
siempre sus leyes seguí,
siempre detesté los vicios.

XXI.

Mi corazón sin ofensa
delante de él aparece:
segun mi virtud merece
me dará la recompensa.

XXII.

Serás santo con el santo,
perfecto con el perfecto,
selecto con el selecto,
con el perverso otro tanto (*).

XXIII.

Al humilde ensalzarás
que á tus plantas ves de hinojos;
por el contrario los ojos
del soberbio humillarás.

XXIV.

Tú eres de mi alma la luz
que me guía en las tinieblas;
entre estas pesadas nieblas
haz que vea su trasluz.

XXV.

Con tus auxilios seré
de la tentacion librado;
teniendo á Dios á mi lado,
todo muro asaltaré.

XXVI.

Puro el obrar de mi Dios,
probado su hablar al fuego;
la proteccion viene luego
á los que esperan en Vos.

XXVII.

Porque, fuera del Señor,
¿qué otro Dios hay en el mundo?
Mi Dios no tiene segundo;
no hay rival del Creador.

XXVIII.

Él es el Dios que á mi alma
reviste de fortaleza,
la conserva en su pureza,
del triunfo la da la palma.

XXIX.

Del ciervo me dió los pies
para subir á la sierra;
mi mano adiestró á la guerra,
me armó con arco y arnés.

XXX.

Y me dió su proteccion,
y me amparó con su diestra,
y de su amor hizo muestra
dándome la correccion.

XXXI.

Ensanchando fue el sendero
como adelantaba el paso,
y no padecí retraso,
y pude andar mas ligero.

XXXII.

Perseguiré á mi enemigo,
y pronto le alcanzaré;
atras no me volveré
sin darle justo castigo.

XXXIII.

Caerá bajo mis plantas,
resistirse no podrá;
tu brazo le rendirá,
pues tú mi poder levantas.

XXXIV.

A los que fieros venian
la espalda tornar hiciste;
desbarataste y rompiste
cuantos mi alma perseguian.

XXXV.

Clamaron, y á su alarido
á salvarlos no acudieron:
al Señor se dirigieron;
su ruego fue desoido.

XXXVI.

Como el polvo que en los valles
alza el viento, espariré
sus restos, los barreré
como lodo de las calles.

XXXVII.

Tú de las contradicciones
del pueblo me librarás;
á tu siervo nombrarás
caudillo de las naciones (*).

XXXVIII.

Un pueblo cuya existencia
ignoré, me servirá,
y mi voz escuchará,
y me rendirá obediencia.

XXXIX.

Y á los estraños perjuros
que á sus promesas faltaron
y en el riesgo me dejaron,
no los guardarán sus muros.

XL.

¡Viva el Señor, y bendito
sea mil veces mi Dios!
¡Glorificado seais Vos,
mi Salvador infinito!

XLI.

Tú que vengas mis agravios,
me sujetas gente estraña,
y me libras de la saña
que vierten hostiles labios.

XLII.

Que mi poder exaltaste
sobre inicuos insurrectos,
y de los hombres infectos
con impiedad, me libraste.

XLIII.

A tí te confesaré
en las naciones, Señor;
y de tu Nombre en loor
himnos santos cantaré.

XLIV.

Porque usaste de clemencia
con este Rey perseguido,
y la tendrás con tu unguido
David y su descendencia.

SALMO XVIII.

Cœli enarrant gloriam Dei...

I.

El cielo la gloria clama
del Creador soberano,
y las obras de su mano
el firmamento proclama.

II.

Un dia dice á otro dia
palabras con fluencia,
y cada noche la ciencia
á otra noche fiel envia.

III.

No hay idioma, no hay lenguaje
en que se expliquen sus voces,
y todos sienten los goces
de tan divino mensaje.

IV.

Su sonido se estendió
de la tierra en los confines;
hasta los últimos fines
del orbe se propagó.

V.

Al sol dispuso en la esfera
tabernáculo glorioso (*):
del tálamo como esposo
sale á correr su carrera.

VI.

Alégrase, cual gigante,
de extremo á extremo del cielo;
nada se esconde en el suelo
de su calor fecundante.

VII.

Así la ley del Señor
á las almas ilumina,
y su influencia divina
penetra en nuestro interior.

VIII.

Sus mandamientos son rectos
y alegran los corazones,
seguras sus promisiones,
sus testimonios perfectos.

IX.

Santo el temor de su nombre,
por los siglos permanece;
por sí misma resplandece
su justicia con el hombre.

X.

Su ley santa me embelesa
mas que el oro y los corales;
sobre la miel y panales
dulce y grata su promesa.

XI.

Tu siervo por tal razon
en guardarla se desvive;
pues con guardarla recibe
suficiente galardón.

XII.

Mas ¿quién sus yerros conoce (*)?
Límpiame de los ocultos;
haz también que en sus insultos
el tentador no se goce.

XIII.

Si no llega á dominarme,
perfecto entonces seré,
y con tu auxilio podré
de muchas faltas purgarme.

XIV.

Y te agradecerán, Señor,
mis voces de regocijo.
Mi pensamiento en tí fijo,
porque eres mi redentor.

SALMO XIX.

Exaudiat te Dominus in die tribulationis...

I.

Escuche el Señor tu ruego
 en el día de la prueba;
 el Dios de Jacob se mueva
 á darte su auxilio luego.

II.

Envíete desde el Santo
 su socorro y proteccion;
 guárdete desde Sion,
 que nunca tengas quebranto.

III.

Acepte tu sacrificio
 y tus pingües holocaustos;
 haga tus designios faustos,
 á tus deseos propicio.

IV.

Tu salvacion y tu gloria
 nosotros celebraremos,
 y el estandarte alzaremos (*)
 del Dios que da la victoria.

V.

Conceda efecto cumplido
 á tu demanda y clamor:
 ahora veo que el Señor
 ha puesto en salvo á su unguido.

VI.

Desde el cielo le oirá
 donde benigno se muestra;
 en su poderosa diestra
 la salvacion de él está.

VII.

Unos en carros confían,
 en fuertes caballos otros;
 á Dios clamamos nosotros,
 solo en Él sus siervos fian.

VIII.

A aquellos faltó el vigor
 y por el suelo cayeron;
 de pie á nosotros nos vieron
 con nuevo aliento y valor.

IX.

Salvad, Señor, al Rey nuestro,
 y escuchadnos en el día
 que nos oigais con voz pia
 invocar el nombre vuestro.

SALMO XX.

Domine, in virtute tua lætabitur Rex...

I.

Señor, en tu gran poder
 se llenará el Rey de gozo,
 y saltará de alborozo
 tu salvacion al saber.

II.

Cuantos deseos formaba
su corazon, le cumpliste;
en nada disminuiste
lo que su labio espresaba.

III.

Con bendicion amorosa
y dulce te anticipaste;
en su frente colocaste
de piedras corona hermosa.

IV.

Vida te pidió, y prolijos
años le diste de gloria;
y por siglos su memoria
despues vivirá en sus hijos.

V.

Grande es la gloria y honor
que en tu salvacion le has dado ;
aun harás mas sublimado
de esa gloria el esplendor.

VI.

Porque en bendicion constante
por los siglos le darás;
de gozo le colmarás
mostrándole tu semblante.

VII.

Pues el Rey su confianza
tiene puesta en el Señor,
descansará sin temor:
el Escelso le afianza.

VIII.

Tus enemigos tu mano
encuentren; halle tu diestra
á todos los que hacen muestra
de odiarte con pecho insano.

IX.

Como un horno los pondrás
con el ardor de tus iras;
con el fuego que respiras
todos los consumirás.

X.

Los frutos que da la tierra
los secará tu amenaza;
borrarás su impía raza,
la esterminarás con guerra.

XI.

Porque contra tí quisieron
levantar la frente ufanos;
pero sus proyectos vanos
realizar no pudieron.

XII.

Pues siempre en fuga los pones,
sus huestes todas deshechas,
y aun te quedan otras flechas
que á disparar te dispones.

XIII.

Ensalza ¡oh Señor! tu gloria
de la tierra en los extremos,
y salmos te cantaremos
de alabanza y de victoria.

SALMO XXI (*).

Deus, Deus meus, respice in me...

I.

Vuelve, Dios mio, los ojos ;
¿por qué me has desamparado?
Mi salvacion se ha alejado
mis culpas dándote enojos.

II.

Clamé, Dios mio, de dia,
y mis clamores no oíste ;
de noche, y no respondiste ;
callaba, y no te sentia.

III.

Mas tú habitas en el Santo,
gloria y honor de Israel,
y escuchas al pueblo fiel,
y le mitigas el llanto.

IV.

Á nuestros padres libraste,
porque ellos en tí esperaron ;
en tu poder confiaron,
y en salvo los colocaste.

V.

Mas yo gusano soy, no hombre,
que ni á mirarte se atreve ;
el desecho de la plebe,
oprobio de todo nombre.

VI.

Todos los que me veían
se burlaban con rudeza;
meneaban la cabeza,
y en son de mofa decían:

VII.

«En el Señor esperó,
pues que el Señor le liberte;
redímale de la muerte,
puesto que tanto le amó.»

VIII.

Pues tú del seno materno
me sacaste, y confiaba
en tu amor desde que estaba
colgado del pecho tierno.

IX.

De las maternas entrañas
arrojado fui en tus brazos;
desde los maternos lazos
como mi Dios me acompañas.

X.

No te apartes, pues, de mí,
que se acerca la aflicción:
nadie me da protección,
á nadie en mi amparo vi.

XI.

Como toros rozagantes
en contra de mí vinieron;
sobre mí la boca abrieron
como leones rapantes.

XII.

Como el agua me he deshecho;
todo mi cuerpo se altera;
derrítese como cera
mi corazón en el pecho.

XIII.

Mi vigor cual tiesto inerte;
pegada la lengua tengo
al paladar; ya prevengo
las angustias de la muerte.

XIV.

Porque, cual perros rabiosos,
me cercan de todo lado;
ya me tiene rodeado
una turba de furiosos.

XV.

Han taladrado con gruesos
clavos mis manos y pies,
y se pusieron despues
á contar todos mis huesos.

XVI.

Miraron, y remiraron,
de la avaricia atraídos;
se partieron mis vestidos,
y mi túnica sortearon.

XVII.

Mas tú, Señor, mis afanes
mira y acorre ligero;
libra mi alma del acero,
y de garras de esos canes.

XVIII.

Salva del leon veloz
mi vida, y haz que nefasta
muerte no tenga en el asta
del unicornio feroz.

XIX.

De tu nombre á mis hermanos
daré á conocer la gloria ;
en la iglesia haré memoria
de tus hechos soberanos.

XX.

Los que temeis al Señor
alabadle á competencia ;
de Jacob la descendencia
glorifique al Salvador.

XXI.

Témale todo Israel:
que al pobre no despreció,
ni su voz desatendió,
ni apartó su cara de él.

XXII.

Tus alabanzas diré
en grande iglesia, y mis votos
de los que á tí son devotos
en presencia cumpliré.

XXIII.

Saciado el pobre será:
cuantos buscan al Señor
le alabarán; con su amor
su corazon vivirá.

XXIV.

Se recordarán sus dones
de la tierra en el confín;
se convertirán al fin
los pueblos y las naciones.

XXV.

Porque el reino es del Señor,
y el dominio ha de tener
en las gentes; su poder
brillará con esplendor.

XXVI.

Comieron y le adoraron
todos los ricos del mundo;
los mortales con profundo
respeto ante él se postraron.

XXVII.

Mi alma vivirá para él;
le servirá mi nacion;
mas otra generacion
se juntará al pueblo fiel.

XXVIII.

Los cielos anuncian ya
la justicia que ha de hacer
al pueblo que ha de nacer,
y que el Señor formará.

SALMO XXII.

Dominus regit me, et nihil mihi deerit...

I.

El Señor es mi pastor,
y nada me faltará;
á pastos me llevará
que dan la yerba mejor.

II.

De fuente refrigerante
las aguas me da á beber:
conviértese de placer
hácia él mi pecho amante.

III.

Por los senderos me guía
de justicia con su nombre;
sin que me asuste ni asombre
de la muerte noche umbría.

IV.

No tendré ningun recelo,
porque tú estarás conmigo;
tu correccion y castigo
me servirán de consuelo.

V.

Una mesa dispusiste (*)
frente de mí con largueza;
has unguido mi cabeza:
¡qué dulce cáliz me diste!

VI.

Y tu santa compasion
 por siempre me seguirá:
 siglos de siglos será
 tu casa mi habitacion.

SALMO XXIII.

Domini est terra et plenitudo ejus...

I.

Del Señor es la tierra
 y todo cuanto su estension abarca;
 el orbe y cuanto encierra
 de seres, le conocen por monarca.

II.

Porque Él sobre los mares
 echó desde el principio su cimiento;
 y rios á millares
 toman de sus montañas nacimiento.

III.

¿Quién será el venturoso
 que al monte del Señor ascender pueda?
 ¿Ó á quién feliz reposo
 en su lugar sagrado le conceda?

IV.

El que puras las manos
 tiene, y sin mancha el corazon conserva;
 ni engañó á sus hermanos,
 y la ley santa del Señor observa.

V.

Este las bendiciones
 recibirá del Dios omnipotente ;
 y el Salvador sus dones
 sobre él derramará copiosamente.

VI.

Esta la venturosa
 progenie del que amante á su Dios busca,
 y anhela ver su hermosa
 cara cuyo esplendor al sol ofusca.

VII.

Abrid, abrid las puertas,
 príncipes santos de eternal memoria:
 de par en par abiertas
 tenedlas, y entrará el Rey de la gloria.

VIII.

¿Quién el Rey de la gloria?
 El Señor poderoso en la batalla;
 el Dios de la victoria;
 el grande Rey que todo lo avasalla.

IX.

Abrid, abrid las puertas,
 príncipes santos de feliz memoria:
 de par en par abiertas
 tenedlas, y entrará el Rey de la gloria.

X.

¿Quién el Rey de la gloria?
 El Dios de Sabaoth fuerte y potente,
 mas de piedad notoria:
 ¡este el Rey de la gloria eternamente!

SALMO XXIV.

Ad te, Domine, levavi animam meam...

I.

A tí, Señor, levaté
mi espíritu; á tí, Dios mio,
honra y salvacion confio:
confuso no quedaré.

II.

Ni se burlarán de mí
mis enemigos osados;
pues no saldrán afrentados
cuantos confian en tí.

III.

Mas la vergüenza será
para el que obra vanamente:
la confusion que á otro intente
sobre él mismo caerá.

IV.

Enséñame tu camino;
manifiéstame tus huellas,
y dirígeme por ellas
como Salvador divino.

V.

Ten presentes tus piedades
y acostumbradas larguezas;
en olvido las flaquezas
echa de mis mocedades.

VI.

Mas acuérdate de mí
solo segun tu piedad,
por esa inmensa bondad
que tiene su asiento en tí.

VII.

Dulce es el Señor, y recto:
así, al pecador reprende,
al manso en el juicio atiende,
y al humilde hace perfecto.

VIII.

Misericordia y verdad
son del Señor los caminos
con quien sus pactos divinos
guarda con fidelidad.

IX.

Perdonarás mi pecado,
grande en verdad, por tu Nombre.
Las sendas de vida al hombre
que te teme, has enseñado.

X.

Con bienes su alma consuelas;
la tierra á sus hijos das:
su firme apoyo serás;
tus arcanos le revelas.

XI.

Mis ojos al Señor, pues,
alzo y le pido mercedes:
de ocultos lazos y redes
Él ha de librar mis pies.

XII.

Mírame y ten compasion,
 pues me veo solo y pobre;
 haz que mi alma no zozobre
 en este mar de afliccion.

XIII.

Mi humillacion y trabajo
 mira, y mis culpas perdona;
 que mi enemigo se encona,
 y ya me tiene debajo.

XIV.

Guarda mi alma y líbrame;
 no se sonroje mi frente,
 porque en tí tan solamente
 mi esperanza coloqué.

XV.

Por esto el justo y el fiel
 se unieron siempre conmigo.
 De todo mal y castigo
 libra, Señor, á Israel.

SALMO XXV.

Judica me, Domine, quoniam...

I.

Sé tú, Dios mio, mi juez,
 pues procedí con candor:
 esperando en el Señor
 no sentiré languidez.

II.

Haz la prueba y acrisola
con el fuego mis afectos;
y verás que en mis proyectos
tu gloria contemplo sola.

III.

Porque tengo ante mis ojos
tu clemencia y tu bondad,
me complazco en tu verdad,
y el pecador me da enojos.

IV.

La sociedad del maligno
detesta mi corazón;
de tener conversacion
con el impío me indigno.

V.

Entre inocentes mis manos
lavaré, entrando á tu altar (*),
para escucharte alabar,
para anunciar tus arcanos.

VI.

Pues siempre, Señor, amé
de esta tu casa el decoro,
del lugar en que te adoro,
donde tu gloria se ve.

VII.

No me depares la suerte
del hombre impío y nefario,
ni del hombre sanguinario
me des la espantosa muerte.

VIII.

En cuyas manos no se halla
 mas que maldad y malicia,
 cohechos que la justicia
 le hacen torcer cuando falla.

IX.

Mas yo siempre procedí
 conforme con mi inocencia:
 redímeme en tu clemencia,
 compadécete de mí.

X.

Mis pies de la rectitud
 en las sendas afirmé:
 en la iglesia alabaré,
 Señor, tu gloria y virtud.

SALMO XXVI.

Dominus illuminatio mea...

I.

El Señor es la luz que me ilumina:
 ¿quién me hará vacilar?
 El Señor me defiende y patrocina:
 ¿de quién podré temblar?

II.

Cuando se echaron sobre mí veloces,
 mis carnes á comer,
 enemigos sangrientos y feroces,
 luego los vi caer.

III.

Aunque se acampe contra mí su hueste,
mi alma no temerá;
aunque en batalla á acometer se apreste,
mas firme esperará.

IV.

Una cosa al Señor por mí es pedida;
la volveré á pedir:
que en su casa los dias de mi vida
me consienta vivir.

V.

Para que de su templo la hermosura
pueda yo contemplar,
y en los torrentes de eternal dulzura
mi alma embriagar.

VI.

Pues ya en su tabernáculo me diera
en dias de afliccion
albergue, y escondido me tuviera
bajo su pabellon.

VII.

Por cima me ensalzó de mis rivales,
puesto en firme lugar;
hostias de gozo, cánticos triunfales
ofreceré en su altar.

VIII.

Oye, Señor, las súplicas diarias
que te dirijo á tí;
atiende á mis clamores y plegarias,
y apiádate de mí.

IX.

Te habla mi corazón; buscan mis ojos
tu semblante inmortal.

No lo apartes, Señor, en tus enojos
de tu siervo leal.

X.

No retires de mí tu firme amparo,
mi Dios y Salvador:
sentí de padre y madre el desamparo;
me recibió tu amor.

XI.

Dirija mis caminos tu ley santa
con toda rectitud;
que nunca deje de seguir mi planta
las sendas de virtud.

XII.

Que en mí no puedan ver mis enemigos
sombra de iniquidad;
buscaron contra mí falsos testigos,
confunde su maldad.

XIII.

Creo en la tierra ver de los vivientes
los bienes del Señor:
aguarda, sufre, no te desalientes,
procede con valor.

SALMO XXVII.

Ad te, Domine, clamabo...

I.

Á tí, Señor, clamaré;
no te hagas sordo á mi ruego;
si no me respondes luego,
al sepulcro bajaré.

II.

Escucha mi voz cuando oro
humilde, cuando levanto
mis manos al templo santo
y tus bondades imploro.

III.

No me hagas sufrir la suerte
del pecador contumaz,
que habla á su hermano de paz,
y le maquina la muerte.

IV.

Ni á los impíos me iguales
que, sacudiendo tu freno,
se ven caminar de lleno
por las sendas criminales.

V.

Á estos dales el castigo
segun sus obras merecen,
porque al prójimo aborrecen
y son ingratos contigo.

VI.

Pues ni á contemplar se han puesto
esas obras de tus manos,
y forjan proyectos vanos:
un fin les darás funesto.

VII.

¡Bendito sea el Señor,
que oyó la voz de mi ruego,
y me devuelve el sosiego,
y se hace mi protector!

VIII.

Él me llena de esperanza,
y mi carne ya marchita
con su gracia resucita (*):
para Él será mi alabanza.

IX.

Que bien digno de ella es
quien fuerza á su pueblo dió,
y á su ungido libertó
de tanto azar y reves.

X.

Salva ¡oh Señor! á tu gente,
y bendice tu heredad;
rígela con equidad,
y ensálzala eternamente.

SALMO XXVIII.

Afferte, Domino, filii Dei.

I.

Hijos de Dios amados ,
venid, venid ligeros :
traed vuestros corderos ,
traedlos al Señor.
Venid al atrio santo
á confesar su nombre ;
tribútele todo hombre
la gloria y el honor.

II.

Voz del Señor sonora ;
sobre las aguas suena ,
sobre las aguas truena
el Dios de majestad.
Voz del Señor potente ,
voz del Señor que espanta ,
voz que cedros quebranta (*) ;
ruge en la tempestad.

III.

Voz del Señor que lanza
centellas, y el desierto
de Cádés frío y yerto
de miedo hace temblar.
Voz del Señor que asusta (*)
las ciervas, y apresura
su parto, y la espesura
del bosque hace clarear.

IV.

A tributarle gloria
 todo en su templo escita:
 en el diluvio habita (*);
 Rey eterno será.
 Virtud dará á su pueblo,
 que es Dios omnipotente;
 bendecirá á su gente,
 en paz la mantendrá.

SALMO XXIX.

Exaltabo te, Domine, quoniam...

I.

A tí he de ensalzar, Señor,
 que fuiste mi dulce abrigo,
 y en mi daño á mi enemigo
 no diste el gozo menor.

II.

A tí clamé, y me sanaste;
 del sepulcro me ascendiste;
 de aquellos que al lago triste
 descenden, me separaste.

III.

Cantad, santos del Señor,
 cantad salmos en su gloria,
 y celebrad su memoria
 con himnos llenos de amor.

IV.

De su ira la muerte emana;
la vida del buen querer.
En la tarde es padecer;
alegrarse en la mañana (*).

V.

Dije en mi prosperidad:
«No tendré en ella mudanza;
el Señor me la afianza
por su buena voluntad.»

VI.

Mas apartaste tus ojos,
y al punto me estremecí:
por eso me vuelvo á tí,
y te suplico de hinojos.

VII.

Pues si al sepulcro me lanzas,
¿qué ventaja hay en mi muerte?
¿Por ventura el polvo inerte
cantará tus alabanzas?

VIII.

Oyóme luego el Señor,
y de mí tuvo piedad;
el Señor en su bondad
hízose mi protector.

IX.

Convirtió mi llanto en gozo,
á mis súplicas propicio;
rasgó el saco de cilicio,
me circundó de alborozo.

X.

Para que cante su gloria,
y no cese en su loor.
¡Eternamente, Señor,
bendeciré tu memoria!

SALMO XXX.

In te, Domine, speravi; non confundar...

I.

En tí, Señor soberano,
mi esperanza coloqué:
confundido no seré;
sálveme tu justa mano.

II.

Acude pronto á librarme;
mi voz dignate escuchar:
sé tú mi Dios tutelar,
refugio para salvarme.

III.

Pues eres mi fortaleza
y mi asilo contra el hombre;
me guiarás por tu Nombre
y sostendrás mi flaqueza.

IV.

De las redes que inhumanos
ocultan, me librarás:
tú mi Redentor serás:
mi alma entrego en tus manos.

V.

Al supersticioso odié
que confía en cosa fútil:
mas en el Señor es útil
la esperanza, y esperé.

VI.

Tu clemencia la mas pura
dicha dió á mi corazon;
porque viendo mi afliccion
me sacaste de estrechura.

VII.

Del enemigo en la mano
cerrado no me tuviste;
mas la salida me abriste,
haciendo el camino llano.

VIII.

Pues ahora ten compasion,
porque me hallo en gran estrecho:
mis ojos, mi alma, mi pecho
se turban de indignacion.

IX.

Consume el dolor mi vida,
y mis años los gemidos;
mis huesos están podridos,
mi virtud desfallecida.

X.

El oprobio llegué á ser
de todos mis enemigos;
mis vecinos, mis amigos,
de horror no me pueden ver.

XI.

El que de lejos me mira,
huye mas lejos de mí:
en olvido puesto fui
como el pecador que espira.

XII.

Soy como cosa perdida:
sus injurias y denuestos
oigo, y los veo dispuestos
á arrebatarme la vida.

XIII.

Mas yo, Señor soberano,
en tí esperé, y dije: «En Vos
mi suerte está; sois mi Dios,
me librareis de su mano.»

XIV.

Brille tu semblante en mí,
sálvame por tu bondad;
que no sufra indignidad,
porque te he invocado á tí.

XV.

Mas cubra rubor eterno
al impío, y enmudezcan
sus torpes labios; perezcan
arrojados al infierno.

XVI.

Porque contra el justo hablaban
con menosprecio y soberbia,
y con falsía y protervia
de su candor abusaban.

XVII.

¡Cuán grande la muchedumbre
es ¡oh Señor! de los bienes
que á tus amados previenes,
y cuánta su dulcedumbre!

XVIII.

Ante los hijos del hombre
la has sublimado, Señor,
en los que gustan tu amor
y confían en tu Nombre.

XIX.

Escondidos los fendirás
en la mansion en que moras:
de lenguas murmuradoras
á cubierto los pondrás.

XX.

¡Bendito sea el Señor
que su clemencia conmigo
engrandeció, y me dió abrigo
bajo muro protector!

XXI.

Aunque dije en mi arrebato:
«Ya de tu vista me echaste (*),»
luego escuchar te dignaste
mi prez con oído grato.

XXII.

Ame al Señor todo santo,
que Él á sus fieles custodia;
mas á los soberbios odia,
y á su orgullo da quebranto.

XXIII.

Tened ánimo y valor
 cuantos confiais en Él;
 porque en sus promesas fiel
 os dará fuerza y vigor.

SALMO XXXI.

Beati quorum remissæ sunt iniquitates...

I.

Dichosos los mortales
 á quienes Dios perdona sus delitos,
 y sus culpas letales
 las cubre con sus méritos benditos.

II.

Mas dichoso aquel hombre
 á quien no imputa Dios pecado grave;
 que respeta su nombre,
 y en su alma falsedad ni dolo cabe.

III.

Porque callé mis culpas
 la cárie penetró todos mis huesos;
 generales disculpas
 en voz daba, ocultando mis escesos.

IV.

Mas como noche y dia
 sentir me hiciste tu pesada mano,
 y en tanto que tenia
 fija la espina me agitaba en vano:

V.

Confesé mi delito,
y dejé de ocultarte mi injusticia;
lo confesé contrito,
y tú me perdonaste su malicia.

VI.

Así todo hombre santo
á tí orará cuando oportuno sea,
y no tendrá quebranto
en el mar de afliccion que le rodea.

VII.

Tú eres mi dulce abrigo,
y aguas copiosas á mis pies se estrellan;
y del dardo enemigo
las duras puntas sin herir se mellan.

VIII.

Tu luz me prometiste
para ver el camino que andar debo;
fijos en mí tuviste
tus ojos para darme vigor nuevo.

IX.

No seais semejantes
á brutos animales que no entienden.
Con bridas bien tirantes,
Señor, sujeta los que á tí no atienden.

X.

Azotes y castigos,
plagas sin cuento al pecador dispones;
mientras á tus amigos
cercará la abundancia de tus dones.

XI.

Alegraos, ¡oh justos!
 en el Señor; henchíos de alborozo:
 que con breves disgustos
 la corona os labrais de eterno gozo.

SALMO XXXII.

Exultate justi in Domino...

I.

En el Señor alegraos,
 justos; que del alma recta
 es la alabanza perfecta:
 de santo gozo llenaos.

II.

Alabadle con salterios
 y con tímpanos sonoros:
 cánticos nuevos á coros
 entonad á sus misterios.

III.

Porque recta es su palabra,
 sus obras todas verdad:
 con su justicia y bondad
 del orbe la dicha labra.

IV.

A los cielos dió firmeza
 con su palabra divina;
 su soplo los ilumina
 y da concierto y belleza.

V.

Las aguas del mar juntó
en acervos (*); bajo el mismo,
en vertiginoso abismo
sus tesoros colocó.

VI.

Al Señor toda la tierra
tema, y á su nombre santo
tiemble tambien todo cuanto
el orbe en su ámbito encierra.

VII.

Porque Él dijo, y quedó hecho;
mandó, y todo fue criado.
¿Quién de ejecutar su agrado
podrá quitarle el derecho?

VIII.

Vanos los planes que trata
de hacer en su corazon
príncipe, pueblo, nacion:
el Señor los desbarata.

IX.

Mas del Señor los proyectos
subsisten eternamente;
los designios de su mente
realizan los efectos.

X.

¡Feliz aquella nacion
que al Señor por Dios venera;
feliz el pueblo que hiciera
la herencia de su eleccion!

XI.

Miró el Señor desde el cielo:
los hijos del hombre vió.
Desde su trono observó
á todo el que habita el suelo.

XII.

Él formó los corazones,
y cuanto en ellos se abriga
sus ojos ven; investiga
sus secretas intenciones.

XIII.

No por su gran poderío
se salva el Rey mas brillante;
ni se salvará el gigante
por su fortaleza y brío.

XIV.

No es el caballo seguro
para confiar en él;
ni el mas robusto corcel
podrá salvar del apuro.

XV.

Sus ojos el Señor tiene
sobre sus siervos alerta;
de la muerte los liberta,
y en el hambre los mantiene.

XVI.

Así nuestra alma confía
y con paciencia le aguarda;
que si el auxilio retarda,
en propia sazon lo envía.

XVII.

Nuestro corazón en tanto
siente con él dulce holganza,
teniendo nuestra esperanza
segura en su Nombre santo.

XVIII.

Venga, Señor, sobre mí,
y sobre esta tu heredad
tu clemencia y tu piedad,
como esperamos en tí.

SALMO XXXIII.

Benedicam Dominum in omni tempore...

I.

En todo tiempo al Señor
bendeciré; ni un instante
cerrará mi pecho amante
los labios en su loor.

II.

En Él mi alma se gloria:
óigalo con gozo el hombre
humilde, y su santo Nombre
conmigo ensalce á porfía.

III.

Busqué al Señor y me oyó,
y del temor me recobra;
disipa toda zozobra;
de todo mal me libró.

IV.

Acercaos todos á Él,
é ilustrará vuestros ojos,
y no sufrireis sonrojos,
ni de amargura la hiel.

V.

Clamó este pobre al Señor,
y el Señor oyó su ruego.
¡Bendito su Nombre! luego
cesó su pena y dolor.

VI.

A su ángel mandará
en rededor de aquel hombre
que teme su santo Nombre,
y de mal le librá.

VII.

Gustad y ved cuán suave
es el Señor: ¡qué dichoso
es el mortal venturoso
que en su Dios esperar sabe!

VIII.

Temán al Señor sus Santos,
y nada les faltará:
mientras el rico tendrá
hambre, miseria, quebrantos.

IX.

Venid, hijos, escuchad:
del santo temor la idea
os quiero dar. ¿Quién desea
feliz vida y larga edad?

X.

Su lengua maldad no diga;
no hablen con dolo sus labios;
haga bien, no cause agravios;
busque la paz y la siga.

XI.

Sus ojos siempre el Señor
en los justos tiene puestos,
y sus oídos dispuestos
para escuchar su clamor.

XII.

Mas mira indignado á aquel
que el odio en su pecho encierra,
para borrar de la tierra
hasta la memoria de él.

XIII.

Cuando le invocan los justos,
al punto atiende á su queja;
pues nunca el Señor se aleja
de los que sufren disgustos.

XIV.

Muchas penas y agonías
el justo padecerá;
de todas le libraré
y cambiaré en alegrías.

XV.

Hasta de todos sus huesos
el Señor tiene cuidado:
ni uno será quebrantado;
todos quedarán ilesos.

XVI.

Pésima será la muerte
del impío y del injusto;
los que aborrecen al justo
tendrán miserable suerte.

XVII.

El Señor redimirá
las almas que le veneran:
de cuantos en Él esperan
ninguno perecerá.

SALMO XXXIV.

Judica, Domine, nocentes me...

I.

Juzga tú á los que me dañan,
Señor: por tu fuerza sean
vencidos los que pelean
y en contra mía se ensañan.

II.

El escudo de esplendor
empuña, y vibra la espada:
óigate mi alma angustiada
decir: «Soy tu salvador.»

III.

Llenos queden de vergüenza
los que atentan á mi vida:
emprendan luego la huida;
tu fuerte brazo los venza.

IV.

Como el polvo por el viento,
los vea yo arrebatados;
y de tu ángel acosados
no puedan tomar aliento.

V.

Para aumentar su fatiga,
tórnese oscuro el camino;
huyan sin tiento ni tino,
mientras tu ángel los persiga.

VI.

Porque de pura venganza
contra mí se conjuraron,
y ocultos lazos me armaron,
poniéndose en asechanza.

VII.

La perdición hallarán
en lazos que ellos no vieron;
en las redes que tendieron
sus pies envueltos serán.

VIII.

Mi alma llena de entusiasmo
se alegrará en el Señor,
y hasta á mis huesos su amor
hará que esclamen con pasmo:

IX.

«¿Quién es á tí semejante,
¡oh Señor! que al pobre amparas,
y tu auxilio le deparas
contra el fuerte y arrogante?»

X.

Falsos testigos ahí tienes:
lo que ignoro me preguntan;
en contra mía se juntan,
volviendo males por bienes.

XI.

Pues cuando los vi dolientes,
yo de saco me vestia,
con ayunos me afligia,
ruegos te hacia fervientes.

XII.

Como á amigo los trataba,
como á pariente cercano,
y como en duelo de hermano
me afligia y humillaba.

XIII.

Mas ellos celebran fiesta,
juntándose contra mí,
y aplauden con frenesí
al que me injuria y denuesta.

XIV.

Con impíos é insolentes
mofadores se acompañan ;
en contra mía se ensañan,
y hacen rechinar sus dientes.

XV.

¿Cuándo has de volver tus ojos,
Señor, á mí? No consientas
que de esas fieras sangrientas
mis carnes sean despojos.

XVI.

Yo cantaré tus loores
en iglesia numerosa,
y entre gente poderosa
confesaré tus favores.

XVII.

Tampoco triunfen de mí
enemigos mas funestos,
que me adulan con sus gestos
y á todo dicen que sí.

XVIII.

Que con palabras de paz
sus engaños disimulan;
mirar al suelo simulan,
mas su vista es perspicaz.

XIX.

Y cuando mi ruina ven,
y me creen en sus manos,
todos aplauden ufanos
y se dan el parabien.

XX.

Tú ves mi dolor acerbo,
¡oh Señor! No te detengas,
ni tus enojos contengas:
no te alejes de tu siervo.

XXI.

Mas levántate, y atiende
á mi causa; en tu justicia
júzgame: que la malicia
no alcance lo que pretende.

XXII.

En su corazon no digan :
 «¡Albricias! ¡Hemos triunfado!»
 Que su proyecto malvado
 de perderme no consigan.

XXIII.

Mas queden de infamia llenos,
 y cúbranse de vergüenza,
 á cuantos la envidia venza,
 cuantos vomitan venenos.

XXIV.

De júbilo se posean
 los que están á mi favor,
 y digan : «¡Gloria al Señor!»
 los que la paz me desean.

XXV.

Mi alma contemplará
 tu proceder justo y sabio,
 y todo el dia mi labio
 tu alabanza cantará.

SALMO XXXV.

Dixit insipiens ut delinquat...

I.

La maldad del pecador
 y su proceder impío
 están diciendo ¡Dios mio!
 que no hay en él tu temor.

II.

Pues delante de tus ojos
en la maldad se complace;
desprecia el bien, el mal hace,
sin temer causarte enojos.

III.

Sus palabras son tambien
de iniquidad y de dolo ;
no quiere entender, tan solo
por no tener que obrar bien.

IV.

En su lecho de continuo
pensando está en la malicia;
jamás busca la justicia,
nunca va por buen camino.

V.

Señor, tu misericordia
en el cielo tiene asiento;
mírase en el firmamento
de tu verdad la concordia.

VI.

Alto monte es tu clemencia;
tus juicios profundo abismo.
A hombres y bestias lo mismo
mantiene tu providencia.

VII.

¡Cómo tu clemencia acrece
la santidad de tu Nombre!
Por eso el hijo del hombre
á tu sombra se guarece.

VIII.

Embriagado será
con los goces de tu casa;
de tus delicias sin tasa
el torrente beberá.

IX.

Porque en tí, Señor, la fuente
de vida eterna tenemos,
y con tu luz ver podremos
otra luz mas esplendente (*).

X.

Alcancen tu compasion
todos los que te conocen,
y en tu justicia se gocen
los rectos de corazon.

XI.

El orgullo y vanidad
jamás mis pasos conduzcan;
ni del malo me seduzcan
los ejemplos de impiedad.

XII.

Ahí la caída dieron
los que cometen pecados:
cayeron precipitados;
sostenerse no pudieron.

SALMO XXXVI.

Noli emulari in malignantibus...

I.

No imites la iniquidad
de los que obran con perfidia;
ni al malo tengas envidia
que ves en prosperidad.

II.

Se secarán prontamente
como el heno que es segado,
como la yerba del prado
cuando arroja la simiente.

III.

Mas coloca tu esperanza
en Dios; buenas obras haz,
y de la tierra en la faz
dicha tendrás y abastanza.

IV.

Delítate en el Señor,
y te dará cuanto pidas;
confíale tus medidas,
y las dispondrá mejor.

V.

Él hará que resplandezca
tu justicia como el sol,
y como claro arrebol
tu recto juicio aparezca.

VI.

Calla ante el Señor, y espera.
No envidies al que comete
la injusticia y se promete
prosperar en su carrera.

VII.

Reprime la ira que daña:
del ruin no seas rival;
porque á todo el que obra mal
le esterminará su saña.

VIII.

Aguarda un poco y verás
que el pecador ya no existe:
buscarás donde le viste,
su sitio no encontrarás.

IX.

Pero el humilde y el manso
tendrán la tierra en herencia;
disfrutarán de afluencia,
de mucha paz y descanso.

X.

Maquinando el malo está
contra el hombre justo y fiel.
El Señor se rie de él;
su dia le llegará.

XI.

Ved que el arco prepararon
para derribar al bueno;
para traspasar su seno
la espada desenvainaron.

XII.

Su espada traspasará
al impulso de sus brazos
su propio pecho, y pedazos
hecho su arco será.

XIII.

Más hace lo poco al justo
que lo mucho al pecador;
porque le ampara el Señor,
mientras quebranta al injusto.

XIV.

Contados los días tiene
de los que viven sin mancha;
su herencia crece, se ensancha,
por los siglos se sostiene.

XV.

Confundidos no serán
en tiempo calamitoso;
en días de hambre, copioso
mantenimiento tendrán.

XVI.

¡Qué distinto el pecador!
hoy encumbrado á lo sumo
del poder, mañana en humo
disipado su esplendor.

XVII.

Toma prestado y no paga:
el justo perdona y da;
su herencia en aumento va;
el Señor se la propaga.

XVIII.

Sus pasos dirigirá
por caminos sin engaño;
si cae, no se hará daño:
bajo él su mano pondrá.

XIX.

Viejo soy, si jóven fui:
mas justo desamparado,
ni á los hijos que ha dejado,
mendigar el pan no vi.

XX.

En obras de caridad
todo el dia se ejercita;
por esta causa, bendita
será su posteridad.

XXI.

Huye del mal y haz el bien,
y por siglos vivirás,
y con los Santos tendrás
en Dios amparo y sosten.

XXII.

Del impío enteramente
la raza se extinguirá;
el justo poseerá
la tierra perpetuamente.

XXIII.

De boca del justo salen
palabras llenas de ciencia;
en discrecion y prudencia
sus discursos sobresalen.

XXIV.

En medio del corazon
la ley santa de Dios tiene;
sus pasos firmes sostiene
sin sentir vacilacion.

XXV.

Nada importa que el perverso
aceche contra su vida;
de Dios será protegida,
no sufrirá lance adverso.

XXVI.

Espera en Dios, su ley guarda,
y tu galardón tendrás:
al pecador ya verás
que en castigarle no tarda.

XXVII.

Como alto y verde laurel
alzado al impío ví;
á poco tiempo volví,
ni rastro quedaba de él.

XXVIII.

La paz es del hombre recto
última postrimería;
del pecador la agonía,
del impío fin abyecto.

XXIX.

La salvacion de los justos
solamente de Dios viene,
que en la afliccion los sostiene
endulzando sus disgustos.

XXX.

De manos del pecador
 libres sacará sus Santos:
 Él salvará á todos cuantos
 confian en su favor.

SALMO XXXVII.

Domine, ne in furore tuo... Quoniam...

I.

No me reprendas, Dios mio,
 en medio de tu furor,
 ni con airado rigor
 castigues mi desvarío.

II.

Porque ya en mi corazon
 se han clavado tus saetas:
 no erró tu mano las metas,
 bien lo dice mi afliccion.

III.

Con golpes tan reiterados
 no tengo miembros ilesos;
 se me estremecen los huesos
 á vista de mis pecados.

IV.

Mis maldades sobrepujan
 la altura de mi cabeza,
 y con su peso y dureza
 me agobian, gravan y empujan.

V.

Por causa de mi sandez,
al enviarme tus plagas,
se han corrompido mis llagas
y enconádose á la vez.

VI.

Pura miseria estoy hecho:
mi alma oprime la tristeza,
encórvase mi cabeza,
y no puedo andar derecho.

VII.

Porque ilusiones en vano
causa el ardor en mis venas;
de corrupcion están llenas,
no me queda miembro sano.

VIII.

De tanta angustia oprimido,
tal está mi corazon,
que cada palpitacion
me hace lanzar un rugido.

IX.

Señor, todo mi deseo
delante está de tu vista,
y el pesar que me contrista,
y el estado en que me veo.

X.

El corazon perturbado,
perdí mi fuerza y virtud;
aun hasta la misma luz
de mis ojos ha faltado.

XI.

Mis deudos y mis amigos
se apostaron contra mí;
á mis allegados ví
hablar con mis enemigos.

XII.

Y toda fuerza ponian
los que mi vida buscaban:
vanos, sandeces hablaban;
falsos, redes me tendian.

XIII.

Mas yo no los escuché,
como si sordo estuviese;
y como si mudo fuese
mis labios no desplegué.

XIV.

Y me hice como quien no oye
lo que dicen en su mengua,
ó no halla frases su lengua
con que su inocencia apoye.

XV.

Porque solamente en tí,
Señor, espero y confío:
tú me escucharás, Dios mio,
tú responderás por mí.

XVI.

Pues dije: que no se engrían
mis enemigos, que acaso
viendo vacilar mi paso
se envanecen y glorían.

XVII.

Porque siempre á claudicar
y á caer estoy dispuesto,
y siempre tengo por esto
vivo dolor y pesar.

XVIII.

Mas en tanto que contrito
mi iniquidad confesaba,
y que temeroso andaba
por causa de mi delito;

XIX.

Mis enemigos bullian
contra mí envalentonados,
y me odiaban los malvados,
y su número acrecian.

XX.

Los que vuelven mal por bien
censuraban mi actitud,
y por seguir la virtud
me miraban con desden.

XXI.

Así no me desampares
ni me abandones, Dios mio;
que en tí si noto desvío,
me acabarán mis pesares.

XXII.

Antes, acude á mi ayuda,
Señor Dios de mi salud;
acude con prontitud,
solo tu favor me escuda.

SALMO XXXVIII.

Dixi: custodiam vias meas...

I.

Dije: atento cuidaré,
para no incurrir en mengua,
no se deslice mi lengua,
cuando el malo en contra esté.

II.

Y puse guarda en mi boca,
y en silencio enmudecí,
reconcentrándose en mí
la indignacion que provoca.

III.

Mas en mi pecho sintiendo
que la reflexion inflama
del fuego en que arde la llama,
solté mi lengua diciendo:

IV.

Hazme, Señor, conocer
el número de mis dias,
que el fin de estas penas mias
pueda llegar á saber.

V.

Contados son ciertamente;
nada es mi vida ante tí:
vanidad en todo ví;
vanidad todo viviente.

VI.

Como sombra el hombre pasa.
El afan con que atesora
inútil es, porque ignora
quién poseerá su casa.

VII.

Así, mi esperanza ¿en quién
he de poner mas que en Dios?
¿No sois por ventura Vos
mi dicha, mi amor, mi bien?

VIII.

De toda culpa y pecado
líbrame, Señor: del necio
no me espongas al desprecio
ni á la afrenta del malvado.

IX.

Callé, mi boca no abrí,
porque tú lo dispusiste:
alza las plagas que hiciste
duras caer sobre mí.

X.

Al hombre que se envanece
con fuerte mano corriges:
pronto, cuando tú le afliges,
su orgullo se desvanece.

XI.

Corróele su maldad
como á la planta el gusano:
su pensamiento es liviano;
todo el hombre es vanidad.

XII.

Escucha, pues, mi oracion,
oye la voz con que clamo;
las lágrimas que derramo
te hacen ver mi contricion.

XIII.

No calles; mira que soy
en la tierra peregrino :
de mis padres fue el destino;
hácia tí como ellos voy.

XIV.

Vuelve á tu siervo la vista,
ese tu mirar suave,
antes que el dolor me acabe,
antes que muera y no exista.

SALMO XXXIX.

Expectans expectavi Dominum...

I.

Con ansia esperé al Señor,
y á mí se inclinó benigno;
de este pecador indigno
por fin escuchó el clamor.

II.

Del cieno de mi bajeza
me sacó, y mis pies coloca
sobre camino de roca,
dando á mis pasos firmeza.

III.

Y puso un nuevo cantar
 en mi boca en su loor.

Muchos verán, y al Señor
 habrán de temer y amar.

IV.

¡Bienaventurado el hombre
 que en promesa no se fia,
 vana y falaz, mas confía
 en Dios y su santo Nombre!

V.

Grandes son ya los portentos
 y maravillas que hiciste.

¿Quién comparacion resiste
 contigo en grandes intentos?

VI.

Quise ponerme yo mismo
 á referirlos, y hablé;
 pero cortado quedé:
 esceden todo guarismo.

VII.

Sacrificios no quisisté;
 holocaustos rehusaste;
 mas mi oreja taladraste,
 y por siervo me elegiste.

VIII.

Entonces dije: «Aquí estoy.»
 Al frente del libro vi
 escrito estaba de mí:
 «Á hacer tu voluntad voy (*).»

IX.

Dios mio, así lo deseo;
esta es mi resolución;
que en medio del corazón
tu ley santa escrita leo.

X.

En gran concurso anuncié
ante ignorantes y sabios
tu justicia, pues mis labios
sabes que jamás cerré.

XI.

Ni dentro del corazón
tu verdad oculta tuve;
de publicar no me abstuve
tu clemencia y salvación.

XII.

Mas en tanto tu piedad
de mí, Dios mio, no alejes;
siempre á tu siervo proteges
con tu clemencia y verdad.

XIII.

Porque de males sin cuento
ya ves que me hallo cercado:
sorprendiome mi pecado,
y perdí el tino y el tiento.

XIV.

Multiplicáronse en mí
por cima de los cabellos
de mi cabeza; bajo ellos
desmayado me sentí.

XV.

Dígnate, Señor, librárame;
 Señor, á mi amparo atiende;
 confúndase el que pretende
 cruel la vida quitarme.

XVI.

Huya de vergüenza lleno
 todo el que dañarme intenta,
 y sufran luego su afrenta
 los que dicen: «¡Bueno, bueno!»

XVII.

Aquellos se alegrarán
 que te buscan con ardor;
 los que aman al Salvador
 «¡Cuán grande el Señor!» dirán.

XVIII.

Y yo, aunque pobre, confío
 que el Señor cuida de mí.
 Mi salvacion está en tí:
 ven, y no tardes, Dios mio.

SALMO XL.

Beatus qui intelligit super egenum...

I.

¡Feliz el hombre que piensa
 en el pobre y desvalido!
 Cuando se vea afligido
 hallará su recompensa.

II.

Al Señor tendrá consigo:
guárdele, con él desplegue
su bondad, y no le entregue
en manos de su enemigo.

III.

En el lecho del dolor
consuelos sobre él derrama;
tú mismo, Señor, su cama
le mullias con amor.

IV.

Yo dije: «Señor, de mí
compadécete piadoso;
sana mi alma bondadoso,
que he pecado contra tí.»

V.

Envidiosos de mi gloria
los malos me maldecian:
¿cuándo morirá, decían,
y acabará su memoria?

VI.

Si uno á visitarme entraba,
todo en su boca era engaños
para encubrir sus amaños,
y en saliendo me infamaba.

VII.

Todos contra mí murmuran,
todos contra mí conspiran,
todos con odio me miran
y en mi contra se conjuran.

VIII.

Un delito en que jamás
pude pensar, me imputaban;
y con mofa preguntaban:
¿quien duerme se alzar^a mas (*)?

IX.

Y aquel hombre de mi paz (*),
en quien confiar debia,
el que de mi pan comia,
se hizo de ellos capataz.

X.

Mas tú, Señor, que conmigo
siempre fuiste bondadoso,
resucítame glorioso,
y les daré su castigo.

XI.

En esto la prueba ví
de que siempre me has amado,
que á mi enemigo no has dado
alegrarse contra mí.

XII.

Mas sabiendo la inocencia
con que obré, me sostuviste,
y eterno gozo me diste
con tu adorable presencia.

XIII.

¡Bendito el Omnipotente,
bendito el Dios de Israel!
La gloria se debe á Él
por siglos y eternamente.

SALMO XLI.

Quemadmodum desiderat cervus...

I.

Como el ciervo desea
 las aguas de la fuente,
 mi corazón ardiente
 así busca al Señor.
 Sedienta está mi alma
 de Dios, fuente de vida:
 ¿cuándo será la ida
 para beber su amor?

II.

Mi pan fueron las lágrimas
 que vierto noche y día;
 pues la pregunta oía:
 «¿En dónde está tu Dios (*)?»
 Grato recuerdo á mi alma
 consuelo daba en tanto,
 sabiendo que en el Santo
 siempre os tenía á Vos.

III.

Iré á su Tabernáculo,
 decía con anhelo;
 de su morada el suelo
 humilde besaré.
 Y entre voces de júbilo,
 de fiesta, y hacimiento

de gracias, su alimento
divino tomaré.

IV.

¿Por qué estás triste, mi alma?
¿Por qué tanto me agitas?
¿De qué vienen tus cuitas?
Desecha ya el temor.
Desecha, sí, el recelo;
pon en Dios tu esperanza,
y canta en su alabanza:
«¡Mi Dios y salvador!»

V.

Cuando turbada estabas,
recordé la amargura
de la pequeña altura,
del Hérmon y Jordan (*):
Cuando como un abismo
á otros abismos llama,
y al huracan que brama
sucede otro huracan :

VI.

Con ímpetu cayeron
tus aguas, ¡oh Dios mio!
Como entonces confío
me des tu proteccion.
De dia me socorres,
de noche te bendigo:
escucha lo que digo
en íntima oracion.

VII.

Tú eres amparo mio:
 ¿por qué me has olvidado?
 ¿Por qué huyo del malvado
 que viene de mí en pos?
 ¿No ves cómo me acosan,
 mis huesos descoyuntan,
 se mofan y preguntan:
 «¿En dónde está tu Dios?»

VIII.

Alma mia, no vuelvas
 á tus tristes clamores:
 desecha tus temores,
 deja la turbacion.
 Recobra tu alegría,
 renazca tu esperanza:
 repite la alabanza:
 «¡Dios es mi salvacion!»

SALMO XLII.

Judica me, Deus, et discerne causam meam...

I.

Júzgame, ¡oh Dios! y separa
 mi causa de gente impía:
 contra el dolo y la falsía
 á tu humilde siervo ampara.

II.

Tu fortaleza es mi abrigo :
 ¿por qué de tí me has echado?
 ¿Por qué he de andar contristado
 á causa de mi enemigo?

III.

Tu luz y verdad envía:
 á la montaña sagrada,
 y á tu divina morada,
 podré subir con su guía.

IV.

Y me acercaré al altar
 del Dios que mi alma enamora,
 y con cítara sonora
 entonaré mi cantar.

V.

¿Por qué estás triste, alma mia,
 y me causas turbacion?
 Dios te dará salvacion:
 espera en él y confía.

SALMO XLIII (*).

Deus, auribus nostris audivimus...

I.

A nuestro oído llegaron
 las cosas grandes que hicieras,
 ¡oh Dios! en antiguas eras:
 nuestros padres las contaron.

II.

Tu mano estirpó las gentes,
y en su lugar los plantaste;
afligiste y espulsaste
las naciones diferentes.

III.

No con su espada y su lanza
lograron ganar la tierra;
ni los libertó en la guerra
de su brazo la pujanza.

IV.

Mas fue tu brazo y tu diestra,
y la luz de tu semblante:
porque de tu pecho amante
con ellos hiciste muestra.

V.

Tú eres el mismo, mi Rey
y mi Dios: tambien ahora
con tu mano protectora
haz que se salve tu grey.

VI.

Contigo acometeremos
al enemigo arrogante;
y á todo el que se levante,
en tu Nombre abatiremos.

VII.

En mi arco no confío,
ni me salvará mi acero:
de cuantos me odian espero
has de librarme, Dios mio.

VIII.

En tí, cuanto puede el hombre,
nuestra gloria colocamos
en todo tiempo, y loamos
eternamente tu Nombre.

IX.

Mas ¡oh dolor! al presente
de enojo nos das señales:
nos afrentas; ya no sales
de nuestro ejército al frente.

X.

Nuestra espalda con sorpresa
tornar en la guerra hiciste,
y á los que nos odian diste
repartirnos como presa.

XI.

Como mísero ganado
nos llevaste al matadero:
el resto en suelo extranjero
dejaste diseminado.

XII.

Tu grey de balde vendiste;
no hubo en la compra disputa:
á insultos de gente bruta
y al escarnio la espusiste.

XIII.

A las naciones has hecho
que de fábula sirvamos,
y que en los pueblos seamos
como el oprobio y desecho.

XIV.

Cada dia está delante
de mis ojos el baldon;
la vergüenza y confusion
cubren mi triste semblante.

XV.

Por las voces de improprio
con que esas gentes nos hieren;
pues nos siguen y zahieren
con insultante diction.

XVI.

Todo esto nos sobrevino:
no por eso te olvidamos,
ni tu pacto quebrantamos,
ni dejamos tu camino.

XVII.

No pudimos desprenderte
de nuestro fiel corazon,
que cubriste en la afliccion
como con sombra de muerte.

XVIII.

Si nos hemos olvidado
del nombre de nuestro Dios,
y si á otro mas que á Vos
las manos hemos alzado:

XIX.

¿Acaso lo ignorareis
para tomarnos razon,
pues de todo corazon
los secretos conoceis?

XX.

Mas por tí, Dios verdadero,
nos hacen sufrir tal suerte;
destinados á la muerte
como oveja al matadero.

XXI.

Despierta, Señor: ¿por qué haces
como que dormido estás?
No nos retires jamás
tus auxilios eficaces.

XXII.

¿Por qué apartas tu semblante
de tus siervos, y te olvidas
de estas almas oprimidas
con miseria semejante?

XXIII.

Pues hasta el polvo humilladas
están, y el pecho en el suelo,
alzar no osamos al cielo
nuestras tímidas miradas.

XXIV.

Levántate ya, que al hombre
le faltan fuerzas, ¡Señor!
Socórrenos por tu amor;
redímenos por tu Nombre.

SALMO XLIV (*).

Eructavit cor meum verbum bonum...

I.

Mi corazón rebosa
 en altos pensamientos:
 consagro mis acentos
 al soberano Rey.
 Mi lengua como pluma
 en mano de escribiente
 que copia velozmente
 palabras de su ley.

II.

Del hombre entre los hijos
 eres hermoso y sabio;
 gracia vertió en tu labio;
 bendijote el Señor.
 Ciñe, ¡oh Rey potentísimo!
 tu espada fulgurante:
 ven, avanza triunfante
 con gloria y esplendor.

III.

Reinarás con justicia,
 verdad y mansedumbre,
 y te alzaré á la cumbre
 tu diestra del poder.
 Tus saetas agudas
 hieren los corazones;

numerosas naciones
te habrán de obedecer.

IV.

¡Oh Dios! el trono tuyo
por siglos permanece;
tu cetro resplandece
cual cetro de virtud.
Amaste la justicia,
aborreciste el vicio:
así tu Dios propicio
te ungió con plenitud (*).

V.

Mirra, y aloe, y casia
perfuman tus vestidos,
recrean tus sentidos
en casas de marfil.
Hijas de Rey tus damas,
la Reina está á tu lado
vestida de brocado
con variedades mil.

VI.

Escucha, ¡oh hija! y mira,
y presta atento oído:
pon tu pueblo en olvido
y casa paternal.
Que es el Señor Dios tuyo,
á quien el orbe adora,
quien de tí se enamora
con amor celestial.

VII.

Vendrán hijas de Tiro
con dones y rescates;
del pueblo los magnates
á tus plantas verás.
En medio de sus galas
de tanta maravilla
la hija del Rey brilla
por su modestia mas.

VIII.

Llevada será en pompa
al Rey, gozosa y bella;
vírgenes en pos de ella
en su templo entrarán.
En lugar de tus padres
tendrás hijos gloriosos;
príncipes poderosos
en la tierra serán.

IX.

Que en siglos venideros
conserven la memoria
de tu nombre, y tu gloria
acrezca en esplendor.
Así todos los pueblos
que el universo alcanza
cantarán tu alabanza,
bendecirán tu amor.

SALMO XLV.

Deus noster refugium et virtus...

I.

Refugio es nuestro Señor
en la afliccion y desgracia:
fuerza nos da con su gracia,
con su espíritu valor.

II.

¿Por qué habremos de temblar
cuando trastorne la tierra,
cuando el monte y alta sierra
lance al profundo del mar?

III.

Sus aguas se turbarán
dando espantosos bramidos,
y los montes mas erguidos
en su base temblarán.

IV.

Un rio tranquilo y manso
alegra la ciudad santa,
donde Dios su tienda planta,
y santifica el descanso.

V.

Conmovida no será,
porque en medio de ella mora;
desde que raya la aurora
su proteccion la dará.

VI.

Conturbáronse las gentes
y los reinos vacilaron;
dió su voz, y retemblaron
los mas firmes continentes.

VII.

Mas con nosotros está
el Señor de las virtudes.
Si en nuestro socorro acudes,
¿quién á Jacob turbará?

VIII.

Venid y mirad la obra
que el Señor hizo en la tierra:
cómo ha alejado la guerra
y con la paz nos recobra.

IX.

La espada rompe y la lanza,
los arcos hace pedazos,
los escudos de los brazos
quita, y al fuego los lanza.

X.

Reposad ya sin cuidado:
ved que soy Dios, y mi Nombre
haré que respete el hombre,
sobre la tierra ensalzado.

XI.

Con nosotros el Señor
de las virtudes está;
el Dios de Jacob será
nuestro fuerte defensor.

SALMO XLVI (*).

Omnes gentes plaudite manibus...

I.

Aplaudan las naciones,
batan las palmas en señal de gozo;
con voces de alborozo
celebren del Señor las bendiciones.

II.

¡Cuán escelso y terrible
Jehovah! Mas las armas de la guerra
retira, y bonancible
reino de paz estableció en la tierra.

III.

A las naciones doma
y pone á nuestros pies pueblos y gentes;
de Jacob descendientes,
con fiel promesa en heredad nos toma.

IV.

Al son de los clarines
ved que asciende el Señor al Monte Santo;
en todos los confines
resuene en su alabanza alegre canto.

V.

Rey de toda la tierra
es nuestro Dios; cantadle sabiamente.
En el cielo eminente
su santo solio de esplendor encierra.

VI.

A todas las naciones
 su mando estiende, y poderío ostenta;
 con sus gracias y dones
 el trono afirma que sobre ellas sienta.

VII.

Sus príncipes y Reyes,
 ante el Dios grande de Abraham postrados,
 respetarán sus leyes,
 y en la tierra serán mas sublimados.

SALMO XLVII (*).

Magnus Dominus, et laudabilis nimis.

I.

Grande y de alabanza digno
 en nuestra ciudad divina
 y en su sagrada colina
 se muestra el Señor benigno.

II.

Gozo de toda comarca
 es el monte de Sion:
 los lados del Setentrion
 la ciudad del gran Monarca.

III.

Dios en ella conocido
 será cuando la hagan guerra.
 Ved los Reyes de la tierra,
 que en su contra se han unido.

IV.

La vieron, y se asombraron;
de ellos se apodera el susto;
el valiente y el robusto
de turbacion se llenaron.

V.

Como mujer parturiente
dolores sienten estrechos;
barcos de Társis deshechos
son con viento vehemente.

VI.

Segun lo oimos, obrásteis
en la ciudad del gran Dios;
en esta ciudad que Vos
para siempre edificásteis.

VII.

Postrado ante tu presencia
¡oh Dios! en medio del templo,
los beneficios contemplo
de tu infinita clemencia.

VIII.

Tu alabanza con tu nombre
por todo el orbe se estienda,
y que el universo entienda
tu justicia con el hombre.

IX.

Alégrese el monte Sion,
y las hijas de Judá
salten de gozo, pues ya
se acerca su salvacion.

X.

Dad vueltas al monte santo
 (de donde tú nos socorres);
 examinad bien sus torres,
 y no advertireis quebranto.

XI.

Mirad á su fortaleza,
 sus edificios notad,
 para que en futura edad
 conteis su gloria y grandeza.

XII.

Porque Dios en ella está;
 aquí nuestro Dios habita;
 y con su diestra bendita
 por siglos nos regirá.

SALMO XLVIII.

Audite hæc omnes gentes...

I.

Escuchad todas las gentes :
 oid, del mundo habitantes;
 nobles, sabios, ignorantes,
 juntos ricos é indigentes.

II.

De sabiduría y ciencia
 palabras dirán mis labios:
 consejos os darán sabios
 mi reflexion y esperiencia.

III.

Al enigma inclinaré (*)
mis oídos, y el misterio
que esconde, con el salterio
profetizando diré.

IV.

¿De qué he de tener temor
el día aciago del juicio?
De la iniquidad y vicio
que me cercan enredor.

V.

¡Ay de aquellos que confían
en su poder y grandeza,
y por su mucha riqueza
se envanecen y glorían!

VI.

No hay hombre que al propio hermano
libre de la muerte saque (*);
ni cosa que á Dios aplaque
puede ofrecerle su mano.

VII.

Porque tiene en grande aprecio
sus almas; trabajará,
por los siglos vivirá,
nunca juntará su precio.

VIII.

Ni vivirá largos años:
sabios é ignorantes mueren,
y las riquezas que adquieren
dejarán á los estraños.

IX.

Será el sepulcro su casa,
mientras la que ellos alzaron
y en la tierra apellidaron
con sus nombres, á otros pasa.

X.

Su destino tan brillante
el hombre no comprendió:
con los brutos se igualó,
y se hizo su semejante.

XI.

Corriendo con tal locura
á su ruina los contemplo;
seguirá su mal ejemplo
la generacion futura.

XII.

Caminar se les será
al sepulcro como ovejas:
la Muerte, impía á sus quejas,
en ellos se cebará.

XIII.

Mientras dominan los rectos
con luz como el alba pura,
en hedionda sepultura
les roerán los insectos.

XIV.

Yo espero que salvareis,
Señor, mi alma del profundo;
y que al salir de este mundo
con Vos me recibireis.

XV.

No te alteres si prodigo
bienes al malo, y prospera
su casa, pues cuando muera,
nada llevará consigo.

XVI.

Mientras viva, tendrá gloria;
muchos le bendecirán:
en muriendo, entregarán
al olvido su memoria.

XVII.

Y él caminará detras
de sus padres brevemente,
y morirá eternamente,
y no verá luz jamás.

XVIII.

De sus destinos tan bellos
el hombre no se cuidó:
con los brutos se igualó,
y se hizo como uno de ellos.

SALMO XLIX.

Deus deorum Dominus locutus est...

I.

El Dios de dioses ha hablado:
el Señor omnipotente
del Oriente al Occidente
la tierra ante sí ha llamado.

II.

Desde Sion brillará
su gloria y magnificencia:
nuestro Dios con gran potencia
en juicio se sentará.

III.

Un fuego devorador
precederá su venida,
y tempestad nunca oída
crugirá en su derredor.

IV.

Citará cielos y tierra,
para juzgar á la vez
como soberano Juez
á cuantos el orbe encierra.

V.

Poned aparte en el juicio,
haciendo selecta grey,
á los que guardan su ley
que pactó con sacrificio.

VI.

Y proclamarán los cielos
su justicia cuando vean
que los Santos se recrean
con inefables consuelos.

VII.

Escúchame atentamente,
pueblo mio; oye, Israel:
mi testimonio es muy fiel:
yo soy tu Dios solamente.

VIII.

De tus cortos sacrificios
y hostias de menor valía,
no te juzgaré aquel día,
sino solo de tus vicios.

IX.

Tus toros para alimento
ni rebaños tomaré;
porque en los montes crié
bueyes y fieras sin cuento.

X.

Y de aves de mil colores
están los aires poblados:
míos son valles y prados,
su hermosura y sus primores.

XI.

Si tener hambre pudiera,
nada á tí te pediría,
pues toda la tierra es mía,
con la creacion entera.

XII.

¿La carne de los terneros
por ventura he de comer?
¿Ó la sangre he de beber
de cabritos y corderos?

XIII.

De alabanza el sacrificio
ofrece, y cumple tus votos:
con los que ruegan devotos
soy en la afliccion propicio.

XIV.

Mas Dios dijo al pecador:
«¿Cómo invocas mi alianza,
cuando odiaste la enseñanza
y desprecias mi temor?»

XV.

Si ves robar al ladron,
te complacen sus hazañas;
de adúlteros te acompañas;
con ellos es tu porcion.

XVI.

Tu boca fue maldiciente;
tu lengua dolos vertia;
solo calumnias decia
contra el hermano inocente.

XVII.

Tu mano lazos armaba
á los hijos de tu madre;
y yo que de ellos soy Padre,
te veia, y me callaba.

XVIII.

¿Por ventura habrás creido
que injusto como tú soy?
A pedirte cuenta voy:
pagarás tu merecido.

XIX.

Escuchad los que olvidados
de Dios pareceis estar:
á juicio os he de llamar;
por nadie sereis librados.

XX.

Ofrendas del corazón
 gloria darán á mi nombre:
 por ese camino al hombre
 mostraré la salvación.

SALMO L.

Miserere mei, Deus, secundum magnam...

I.

Ten, Señor, de mí piedad,
 como es grande tu clemencia;
 y con tu mucha indulgencia
 borra en mí la iniquidad.

II.

De la mancha que me ha echado,
 lávame mas todavía:
 la culpa toda fue mia;
 límpiame de mi pecado.

III.

Pues ya, cuán perverso fuí,
 lo reconozco, Señor;
 y el pecado su clamor
 alza siempre contra mí.

IV.

Contra tí solo pequé,
 y obré el mal ante tus ojos:
 vence tus justos enojos,
 que en tu palabra esperé.

V.

Mira que de infecto sémen (*)
 fue mi cuerpo concebido;
 y que en pecado han nacido
 aun los que tu nombre temen.

VI.

Pues tú la verdad amaste,
 y del saber los arcanos
 ocultos á los humanos,
 á tu siervo revelaste.

VII.

Rocíame con hisopo (*),
 y seré purificado;
 me lavarás, y afrentado
 quedará de nieve el copo.

VIII.

A mis oídos darás
 voces de grato consuelo;
 y humillados en el suelo
 mis huesos recrearás.

IX.

De mis culpas y maldades
 aparta la cara tuya;
 y tu santo amor destruya
 todas mis iniquidades.

X.

Creá un puro corazón
 dentro de mí para prueba
 de tu poder, y renueva
 tu divina inspiración.

XI.

No me arrojes de tí en tanto,
ni de mí tu vista tuerzas:
no me quites ¡ay! las fuerzas
que da tu Espíritu Santo.

XII.

Mas vuélveme la alegría
con que espero al Salvador,
y con gracia superior
fortalece á el alma mia.

XIII.

A los que torcidos van
enseñaré tus caminos;
é impíos y libertinos
á tí se convertirán.

XIV.

Librame ¡oh Dios! que con mengua
la sangre vierta otra vez (*),
y de tu justicia en prez
salmos cantaré mi lengua.

XV.

Abre mis labios, Señor,
y mi boca anunciará
tu alabanza, que saldrá
de un pecho lleno de amor.

XVI.

Pues si gustases de ofrenda,
te la daría, y con fausto;
pero sé que al holocausto
prefieres de amor la prenda.

XVII.

Que es mas propio sacrificio
 un espíritu angustiado:
 á un corazón humillado
 mirarás ¡oh Dios! propicio.

XVIII.

Sé benigno con Sion,
 que siempre quisiste bien;
 y álcense en Jerusalem
 los muros de salvacion.

XIX.

Entonces te agradarán
 hostias justas y oblacones,
 y víctimas á millones
 en tu altar santo pondrán.

SALMO LI.

Quid gloriaris in malitia...

I.

¿Por qué haces de ser maligno
 vano alarde, hombre potente,
 cuando el Dios omnipotente
 se complace en ser benigno?

II.

Tu lengua está todo el día
 en la injusticia ocupada;
 como navaja afilada
 hieres con tu alevosía.

III.

Porque al bien el mal prefieres,
y á la verdad la mentira,
ruinas tu boca respira,
y solo engaños profieres;

IV.

Dios, con tan justos motivos,
ruina eterna te dará;
de tu casa te echará
y del pais de los vivos.

V.

Los justos se asombrarán
viendo tan terrible estrago;
temerán con tal amago;
luego repuestos dirán:

VI.

«Ved al hombre que no tuvo
á Dios por su fortaleza;
mas confió en su riqueza,
y en su maldad se mantuvo.»

VII.

Mas yo, cual fértil oliva
de Dios plantada en la casa,
en su clemencia sin tasa
tendré mi esperanza viva.

VIII.

Y celebraré en mis cantos
cuanto hiciste con el hombre;
que es bueno loar tu Nombre
en presencia de tus Santos.

SALMO LII.

Dixit insipiens in corde suo...

I.

En su corazón malvado:
«No hay Dios,» dijo el libertino;
y corrompió su camino,
y de malas pasiones fue llevado.

II.

Sobre los hijos del hombre
miró el Señor desde el cielo,
para ver si hay en el suelo
quien entienda, y de Dios invoque el nombre.

III.

Todos se han extraviado
y corrompido también:
no hay ninguno que obre el bien;
ni uno solo que bueno haya quedado.

IV.

¿No entenderán por ventura
los que maldad atesoran,
los que mi pueblo devoran,
que hay un Dios que los ve desde la altura?

V.

No invocan su nombre santo,
y todos tiemblan de miedo
sin saber la causa; el dedo
del Señor en sus almas pone espanto.

VI.

Los que á asediarte vinieron
 en tierra yacen tendidos:
 si por tí fueron vencidos,
 del Señor antes desechados fueron.

VII.

¿Quién dará la salvacion
 á Israel? Cuando el cautivo
 vuelva Dios al pais nativo,
 himnos de gozo cantará en Sion.

SALMO LIII.

Deus, in nomine tuo salvum me fac...

I.

Sálvame ¡oh Dios! por tu Nombre;
 júzgame con compasion:
 oye mi humilde oracion;
 protégeme contra el hombre.

II.

Estraños contra mí vienen,
 y fuertes buscan mi vida;
 no hay freno que se lo impida,
 que á Dios delante no tienen.

III.

Mas ved ahí que en mi ayuda
 viene Dios, y que el Señor
 de mi vida protector
 con su defensa me escuda.

IV.

Devuelve á mis enemigos
 los males que me desean;
 por tu verdad ellos sean
 los que sufran tus castigos.

V.

Sacrificios, de amor lleno,
 entonces te ofreceré,
 y eterna gloria daré
 á tu Nombre, porque es bueno.

VI.

Porque de toda afliccion
 me libraste, y mirar puedo
 á mis rivales sin miedo,
 que pusiste en confusion.

SALMO LIV.

Exaudi, Deus, orationem meam, et ne...

I.

Oye, Señor, mi oracion,
 mi ruego no desatiendas:
 suplicote que me atiendas,
 muéstrame tu compasion.

II.

Si mi voz es clamorosa,
 y me conmuevo y hostigo,
 es que apremia el enemigo,
 es que el pecador me acosa.

III.

Pues con engaño y mentira
me acusan de grave crimen;
sello de afrenta me imprimen,
y me combaten con ira.

IV.

Mi corazon antes fuerte
ahora está desfallecido;
porque sobre mí han caido
los temblores de la muerte.

V.

Mi pecho sobrecogieron
la turbacion y el espanto;
sobre mí su negro manto
las tinieblas estendieron.

VI.

Y dije: «¿Quién me prestara
de las palomas el vuelo,
para escapar de este suelo
á donde reposo hallara?»

VII.

Huyendo me alejaria
buscando la soledad:
allí de la tempestad
á cubierto me pondria.

VIII.

Rompe, Señor, su concordia,
y divide su deseo;
pues la ciudad llena veo
de iniquidad y discordia.

IX.

Día y noche vueltas dan
 por encima de sus muros:
 en el interior, apuros,
 conflictos, guerra, desman.

X.

Que un enemigo me afrente,
 con paciencia sufriria;
 y del que me odia podria
 ocultarme fácilmente.

XI.

Pero tú, mi familiar (*),
 mi compañero, mi amigo,
 que juntamente conmigo
 tomabas dulce manjar:

XII.

Que constantemente en pos
 de mí, el corazon te abria,
 é íbamos en compañía
 á casa de nuestro Dios.

XIII.

Venga sobre ellos la muerte;
 vivos los trague la tierra (*).
 Maldades su casa encierra;
 maldades su boca vierte.

XIV.

Pero yo busqué al Señor
 y su sombra protectora:
 mañana, tarde, á toda hora,
 alcé y oyó mi clamor.

XV.

Mi vida sacará en paz
de aquellos que me rodean:
muchos contra mí pelean,
mas ¿quién de herirme es capaz?

XVI.

Dios, que del principio existe,
me escuchará, y al impío
quebrantará todo el brío
que obstinado le resiste.

XVII.

Su mano, que todo alcanza,
darles há su merecido;
pues su ley han infringido,
profanaron su alianza.

XVIII.

Su boca todo es dulzura.
todo guerra el corazon;
blandas sus palabras son,
mas destilan amargura.

XIX.

Tu pena en el seno arroja
de Dios, y la aliviará:
al justo no dejará
sufrir eterna congoja.

XX.

El sanguinario y traidor
no demediarán sus dias;
al sepulcro los envias,
mas yo espero en tí, Señor.

SALMO LV.

Miserere mei , Deus , quoniam conculcavit...

I.

Connigo ¡oh Dios! sé piadoso,
porque el hombre me soterra :
todo el dia me hace guerra
sin dar tregua ni reposo.

II.

Todo el dia mi enemigo
me oprime, humilla y afrenta,
porque el número se aumenta
de los que pugnan conmigo.

III.

Temo desde que amanece,
mas en tu gracia confío ;
en tu nombre me glorío,
que mi alabanza engrandece.

IV.

En Dios espero: no mas
habré de temer los males
que contra mí los mortales
puedan intentar jamás.

V.

Todo el dia mis acciones
y mis palabras reprenden ;
sus pensamientos no tienden
mas que á fraguar rebeliones.

VI.

Reúñense, y, emboscados ,
todos mis pasos espían;
de esta manera confían
perder mi alma los malvados.

VII.

¿Mas su astucia les valdrá
para evitar su castigo?
No, mi Dios; que á mi enemigo
tu mano le alcanzará.

VIII.

Tú contaste y escribiste
en tu libro mis huidas,
y mis lágrimas vertidas
en un vaso recogiste.

IX.

Atras volverá ligero
el dia en que clame á tí,
porque en esto conocí
que eres mi Dios verdadero.

X.

Á Dios y su santo Nombre
alabo; en Dios esperé:
ya nunca mas temeré
cuanto pueda hacer el hombre.

XI.

Á mi cargo el cumplimiento,
Señor, de los votos que hice;
mi corazon te bendice,
que me das vida y aliento.

XII.

Llena, por fin, mis ardientes
deseos, que son de amarte,
y de que pueda agradarte
en la luz de los vivientes.

SALMO LVI.

Miserere mei, Deus, miserere mei...

I.

Ten piedad, Dios verdadero;
compadécete de mí;
mi alma confía en tí;
bajo tus alas espero.

II.

Mientras pasa la maldad,
al Dios Altísimo invoco,
pues los efectos ya toco
de su infinita bondad.

III.

Del cielo envió á librarme,
y confundió la malicia;
su clemencia y su justicia
se dignó manifestarme.

IV.

Entre leones mi vida;
entre hombres duermo inclementes;
lanzas y flechas sus dientes,
su lengua daga buida.

V.

Haz ¡oh Señor! que se ensalce
tu majestad sobre el cielo,
y que tu gloria en el suelo
brille con mayor realce.

VI.

Redes á mis pies tendieron ;
angustiado me sentí:
hoyo delante de mí
cavaron, y en él cayeron.

VII.

Mi corazon preparado,
pronto está mi corazon:
cantaré dulce cancion,
salmo entonaré sagrado.

VIII.

Levántate, gloria mia,
salterio y arpa levanta:
que mi espíritu á Dios canta
antes de rayar el dia.

IX.

Entre los pueblos diré,
Señor, tus grandes acciones,
y en medio de las naciones
tu alabanza cantaré.

X.

Porque hasta el cielo exaltada
tu misericordia ha sido,
y tu verdad ha subido
á la esfera sublimada.

XI.

Haz, Dios mio, que se ensalce
tu majestad sobre el cielo,
y su esplendor en el suelo
brille con mayor realce.

SALMO LVII (*).

Si vere utique justitiam loquimini...

I.

Si obrar conforme á virtud
quereis, hijos de los hombres,
dad á las cosas sus nombres,
y juzgad con rectitud.

II.

Mas veo que la malicia
en vuestro pecho encerrais;
vuestras manos empleais
en cometer la injusticia.

III.

De la verdad se retira
desde que nace el malvado:
no bien el pecho ha dejado,
corre en pos de la mentira.

IV.

Su furor es parecido
al de sierpe venenosa;
al del áspid que reposa,
y sordo cierra el oido;

V.

Que á las palabras no atiende
del mas diestro encantador,
ni al acento seductor
del que adormirle pretende.

VI.

En su boca quebrará
el Señor todos sus dientes;
de esos leones potentes
los colmillos romperá.

VII.

Se reducirán á nada
como la nieve deshecha:
de su arco saldrá la flecha,
mas caerá despuntada.

VIII.

Pasan como el caracol (*)
que llena de baba el seto;
como el abortivo feto
no verán la luz del sol.

IX.

Antes que la olla sienta
de los espinos la llama,
de su furor que se inflama
los sorberá la tormenta.

X.

El justo se alegrará (*)
cuando se viere vengado;
en la sangre del malvado
las manos se lavará.

XI.

Y dirá el hombre: «Del justo
va la recompensa en pos:
pues ciertamente hay un Dios,
justiciero, grande, augusto.»

SALMO LVIII.

Eripe me de inimicis meis...

I.

Librame de mis contrarios,
que contra mí se levantan;
de los que tu ley quebrantan,
de impíos y sanguinarios.

II.

Pues ves, Señor, la asechanza
que á mi vida dispusieron;
contra mí se reunieron
hombres de grande pujanza.

III.

No por mi culpa, con ira
contra mí se han congregado;
no por mi falta ó pecado:
levántate, ¡oh Dios! y mira.

IV.

Señor Dios de las virtudes,
Dios de Israel, á esas gentes
juzga, y pues son inclementes
en castigarlas no dudes.

V.

Volverán hácia la tarde;
como perros ladrarán:
la ciudad rodearán
que en guerra y disturbios arde.

VI.

Su audacia ya ves que es mucha,
y que me llenan de agravios:
un cuchillo son sus labios,
pues dicen: «¿Quién nos escucha?»

VII.

Mas tú de los insolentes,
¡oh Señor! te reirás;
pues fácilmente podrás
destruir todas las gentes.

VIII.

A tí encomiendo mi guarda,
porque eres mi defensor:
siempre me prestas favor;
nunca tu socorro tarda.

IX.

A mis contrarios impide (*)
el Señor que en los combates
venzan jamás. No los mates:
que mi pueblo no se olvide.

X.

Mas ponlos en dispersion,
y confunde su soberbia:
de su impiedad y protervia
lleven consigo el baldon.

XI.

Como hijos de la mentira
acrecerán sus pecados,
hasta que siendo colmados
los estermines tu ira.

XII.

Y se sabrá de este modo
que Dios en Jacob domina;
su omnipotencia divina
conocerá el orbe todo.

XIII.

Por la tarde á la ciudad
que vuelvan ya, y que se agiten
como perros, y mediten
proyectos de iniquidad.

XIV.

Que mi conducta censuren,
presa de mi fama haciendo,
y su saña no pudiendo
satisfacer, que murmuren.

XV.

Yo celebraré tu inmensa
fortaleza y compasion,
porque en dias de afliccion
fuiste mi amparo y defensa.

XVI.

A tí salmos cantaré,
mi amparo, mi protector:
solo en mi Dios y Señor
misericordia encontré.

SALMO LIX.

Deus, repuliste nos...

I.

De nosotros te apartaste
y sentimos tus enojos,
¡oh Dios! pero al fin con ojos
compasivos nos miraste.

II.

Sobre la tierra tus plagas
mandaste, y se estremeció;
por todas parte se abrió:
sana sus queiebras y llagas.

III.

A tu pueblo suerte dura
hiciste ¡oh Dios! padecer;
dado nos has á beber
el cáliz de la amargura.

IV.

Para libertarse un signo
á los que te temen diste;
tu diestra á los que elegiste
salve, y escucha benigno.

V.

No permitirás que falle (*)
tu promesa, que algun dia
á Siquen poseeria
y de las tiendas el valle.

VI.

Galaad es mio ya;
mio tambien Manasés;
Efrain la fuerza es
del reino; mi Rey Judá.

VII.

Vaso Moab de esperanza;
conquistaré la Idumea;
á la nacion filistea
haré sentir mi pujanza.

VIII.

¿Quién nos guiará delante
de la ciudad de altos muros?
¿Quién nos llevará seguros
por la Idumea adelante?

IX.

¿Por ventura ¡oh Dios potente!
enojado seguirás
con tu pueblo, y no saldrás
de nuestro ejército al frente?

X.

Ampáranos con tu Nombre
en toda tribulacion;
pues vana es la salvacion
que puede venir del hombre.

XI.

Dios nos dará la victoria;
con Dios proezas haremos;
los contrarios venceremos,
mas suya será la gloria.

SALMO LX.

Exaudi, Deus, deprecationem meam...

I.

Oye mi ruego, Señor,
que en tí la bondad se encierra:
del extremo de la tierra
á tí levanté el clamor.

II.

Cuando el corazon tenia
mas atribulado y triste,
á una roca me subiste,
llenándome de alegría.

III.

Tú mi guia y mi esperanza,
mi torre y mi fortaleza,
donde la saña y fiereza
del enemigo no alcanza.

IV.

Por siglos habitaré
tu tabernáculo santo,
y de proteccion un manto
bajo tus alas tendré.

V.

Pues oíste con clemencia
mi humilde ruego, y al hombre
que teme tu santo Nombre
has concedido la herencia.

VI.

Días tras días al Rey
la vida prolongarás;
años y años le darás
para que rija tu grey.

VII.

Él estará en tu presencia
mostrándote sumision:
para guardarle dispon
tu verdad y tu clemencia.

VIII.

Así á tu nombre diré
por siglos salmos devotos;
y mis promesas y votos
cada día cumpliré.

SALMO LXI.

Nonne Deo subjecta erit anima mea...

I.

Solo ante Dios mi alma calla,
pues viene de Él mi salud:
no flaquea la virtud
de quien apoyo en Dios halla.

II.

¿Hasta cuándo la malicia
de muchos á un hombre acosa?
Caereis cual tapia ruinosa,
cual puerta que se desquicia.

III.

Lo que mas precio querian
arrebatar me con mengua:
hablaban bien con la lengua,
en su interior maldecian.

IV.

Mas tú, alma mia, en presencia
de Dios mantente callada;
sigue siempre resignada,
que de Él viene mi paciencia.

V.

Solo Dios mi baluarte,
solo Dios mi salvacion:
no sentirás conmocion,
que Él está para ayudarte.

VI.

Solo en Dios mi confianza,
solo Dios la gloria mia:
Dios su socorro me envia,
en Dios está mi esperanza.

VII.

Pueblos, esperad en Él:
exponed en su presencia
del corazon la dolencia,
que en su promesa es muy fiel.

VIII.

Los hijos del hombre vanos;
vana en ellos la esperanza:
puestos todos en balanza
son como paja livianos.

IX.

No cometais estorsiones,
 engaños, robos, vilezas;
 si os vinieren riquezas,
 no apegueis los corazones.

X.

Una vez habló el Señor,
 y estas dos cosas oí:
 que el poder reside en tí,
 mi Dios y mi Creador;

XI.

Y que en tu piedad inmensa
 á todos nos juzgarás:
 segun sus obras darás
 á todos la recompensa.

SALMO LXII.

Deus, Deus meus, ad te de luce vigilo...

I.

Ante tí, Dios mio, en vela
 estoy desde que es de dia.
 Sedienta está el alma mia,
 y mi carne por tí anhela (*).

II.

En esta tierra asolada,
 sin aguas, como en el templo
 te busco, te amo y contemplo
 tu grandeza sublimada.

III.

Mas que mil vidas preciosa
tu misericordia es ;
en tus alabanzas, pues ,
jamás mi lengua reposa.

IV.

Así te bendeciré
por toda mi vida, en tanto
que en tu Nombre sacrosanto
mis manos levantaré.

V.

Como con pingües manjares
saciarás á el alma mia ,
y con labios de alegría
te alabaré en mis cantares.

VI.

Si en tí pensaba en la hora
de retirarme al estrado,
en contemplarte ocupado
me sorprendia la aurora.

VII.

Porque eres mi protector,
y con tu amor me regalas ;
á la sombra de tus alas
me regocijo, Señor.

VIII.

Mi alma en pos va de tí ;
por tu diestra protegida ,
en vano buscan mi vida
los que vienen contra mí.

IX.

En las cuevas entrarán
mas profundas de la tierra;
perecerán en la guerra;
pasto de fieras serán.

X.

En Dios se alegrará el Rey;
no habiendo ya quien murmure,
será loado el que jure
fidelidad á su ley.

SALMO LXIII.

Exaudi, Deus, orationem meam cum deprecor...

I.

Oye, Dios mio, mi voz
siempre que á tí la levanto:
haz que no me cause espanto
el enemigo feroz.

II.

Guárdame de los malvados
que forman planes ocultos;
de los que buscan tumultos
para aumentar los pecados.

III.

Como penetrante espada
sus lenguas así aguzaron,
y sus arcos asestaron
con saeta emponzoñada.

IV.

Para dar golpe traidor
al pecho del inocente:
tiráronle de repente,
y no tuvieron temor.

V.

Si no le aciertan quizá,
dan á su venganza un plazo;
le tienden oculto lazo,
y dicen: «¿Quién lo verá?»

VI.

Para lograr sus intentos,
investigan las acciones,
entran en los corazones,
indagan los pensamientos.

VII.

Mas Dios tornará en su mengua
su astucia; los herirá:
las plagas les mandará
que proferia su lengua.

VIII.

Y todos cuántos los vieren,
se espantarán; no habrá hombre
que no se asuste y asombre
con los golpes que los hieren.

IX.

Y todos publicarán
las obras de un Dios potente;
sus hechos mas claramente
los hombres entenderán.

X.

El justo en su proteccion
pondrá alegre su esperanza;
gloria tendrán y alabanza
los rectos de corazon.

SALMO LXIV.

Te decet hymnus, Deus, in Sion.

I.

Á tí, Señor, son debidos
himnos en Sion devotos;
á tí serán nuestros votos
en Jerusalem cumplidos.

II.

Oye mi voz, aunque indigno;
te busca todo mortal.
Si hemos procedido mal,
nos perdonarás benigno.

III.

Dichoso á quien escogiste
para vivir á tu lado,
y el templo á tí consagrado
por habitacion le diste.

IV.

En tus atrios morará,
y disfrutando sin tasa
de los bienes de tu Casa,
«santo tu templo!» dirá.

V.

Oye ¡oh Dios! nuestras devotas
plegarias, que en tí se encierra
la esperanza de la tierra
y de las islas remotas.

VI.

Tú que á los montes firmeza
has dado con tu poder,
y con solo tu querer,
armado de fortaleza,

VII.

Conmueves lo mas profundo
del mar, sus olas levantas,
ó el orgullo las quebrantas,
y estremeces todo el mundo;

VIII.

Confundirás los protervos
con tu diestra soberana,
mientras por tarde y mañana
consolarás á tus siervos.

IX.

Su tierra tú visitaste (*);
rica la hiciste y hermosa:
de aguas el Jordan rebosa;
sus cosechas preparaste.

X.

Los surcos copiosamente
riegas, y por sus canales
el agua corre á raudales,
y bendices su simiente.

XI.

Con bien el año termina:
la lluvia humedece el suelo;
destila abundancia el cielo,
y toda planta germina.

XII.

Vénse los yermos lozanos
y los collados con gala;
la oveja en los valles bala;
el trigo cubre los llanos.

XIII.

Y al recoger en acervos
las mieses, todos levantan
su voz y salmos te cantan,
porque alegras á tus siervos.

SALMO LXV.

Jubilate Deo omnis terra , psalmum...

I.

Gozosa ante Dios parezca
toda la tierra, y el hombre
gloria tribute á su Nombre
y su alabanza engrandezca.

II.

Decid á Dios: «¡Cuán patentes
son las obras de tu diestra!
De tu poder son la muestra
con que al impío desmientes.»

III.

Adórete toda gente;
 bendiga tu Nombre el mundo.
 Venid y ved cuán profundo
 designio encierra su mente.

IV.

Para su grey convirtió
 en arena seca el mar;
 el rio la hizo pasar
 á pie enjuto, y se alegró.

V.

Eterno es su poderío;
 sobre las gentes sus ojos:
 las que le causan enojos,
 no se ensalcen por su brío.

VI.

Venid de su pueblo en pos,
 gentes, á sentir sus goces:
 haced resonar las voces
 de alabanza á nuestro Dios.

VII.

Al Dios en quien tengo fe;
 pues tú, Señor, vida diste
 á mi alma, y no permitiste
 que vacilara mi pie.

VIII.

Cuando probar te dignaste
 á tu pueblo, y como plata
 que en el crisol se áquilata,
 por el fuego nos pasaste:

IX.

Cuando á tu justicia plugo
dejarnos caer en lazos,
que nos ataran los brazos,
y nos rindieran al yugo;

X.

¡Cuán dura tribulacion!
Pasamos por agua y fuego:
mas tú nos sacaste luego
á tierra de salvacion.

XI.

Para ofrecerte holocaustos
á tu santa casa iré,
y los votos cumpliré
que hice en dias tan infaustos.

XII.

Con el humo de carneros
te ofreceré en sacrificio
vacas pingües y sin vicio,
bueyes, cabritos, corderos.

XIII.

Venid y escuchad atentos,
cuantos al Señor temeis:
lo que hizo á mi alma oireis,
sus grandezas y portentos.

XIV.

A Él dirigí el clamor,
y le ensalcé con mi labio:
en mí, si advirtiera agravio,
no me escuchara el Señor.

XV.

Mas ciertamente me oyó
 el Dios de toda bondad;
 con su infinita piedad
 á mi súplica atendió.

XVI.

La bendicion sea á tí,
 ¡oh Dios! que no desechaste
 mi oracion, ni retiraste
 tu benignidad de mí.

SALMO LXVI.

Deus , misereatur nostri...

I.

El Señor se compadezca,
 bendiga á su pueblo amante,
 y la luz de su semblante
 en nosotros resplandezca.

II.

Para saber el camino
 que lleva á la salvacion,
 y vea toda nacion
 á tu Salvador divino.

III.

Los pueblos ¡oh Dios! te ensalcen,
 y engrandezcan á porfía;
 voces de santa alegría
 todas las naciones alcen.

IV.

Porque á los pueblos y gentes
 juzgas tú con equidad,
 y diriges con verdad
 las naciones diferentes.

V.

Que todo pueblo te alabe ,
 y de amor rinda el tributo:
 la tierra ha dado su fruto,
 dulce, fecundo, suave.

VI.

Bendíganos Dios, clamemos,
 nuestro Dios, Dios de bondad;
 y acater su majestad
 de la tierra en los extremos.

SALMO LXVII.

Exurgat Deus , et dissipentur inimici ejus...

I.

¡El Señor se levante!
 Sean sus enemigos disipados.
 De su airado semblante
 huyan en el instante
 cuantos odian su nombre amedrentados.

II.

¡En humo desaparezan!
 Cual la cera derrítese al activo
 calor de fuego vivo,
 así á la vista del Señor perezcan
 el soberbio y altivo.

III.

Mas los justos en tanto
fiestas y regocijos
celebren en presencia de Dios santo;
y huélguense como hijos
y entonen de alabanza dulce canto.

IV.

Allanad el camino
al que sube al ocaso (no os asombre):
¡JEHOVÁH es su Nombre!
Á su aspecto divino
se alegra el justo, tiembla el libertino.

V.

Se alegra porque es padre
del huérfano, y defensa de la viuda
que no llegó á ser madre (*).
Quien necesite ayuda,
reside en lugar santo, á Él acuda.

VI.

A los buenos tú haces
¡oh Dios! que habiten en la casa unidos;
las cadenas deshaces
de los que están rendidos,
quedando en sequedad los contumaces (*).

VII.

Cuando saliste al frente
de tu pueblo, el desierto atravesando,
tembló la tierra ardiente,
los cielos destilando
ante el Dios del Siná, de Israel potente.

VIII.

Una lluvia abundante
darás ¡oh Dios! á tu heredad querida:
tu grey será nutrida ;
al pobre y caminante
dispuso tu bondad dulce comida.

IX.

¿Qué rumores de guerra
tus heraldos anuncian? De tus ojos (*)
los Reyes de la tierra
huyen, y sus despojos
tímida esclava coge , y no los cierra.

X.

Dormirás en el suelo
entre las piedras que el hogar rodean:
puro alzarás el vuelo
como paloma en alas que argentean,
y tornasola el cielo.

XI.

Cuando la muchedumbre
dispersó de enemigos el Escelso,
semejante á la cumbre
del Selmon preescelso
de la nieve tenias el deslumbre.

XII.

¡Oh montaña sagrada
de Sion! sobre todas eminente;
mas que todas amada :
el Dios omnipotente
se complace en tenerte por morada.

XIII.

Tirada es su carroza
de espíritus celestes á millares:
raudo hiende los mares,
ejércitos destroza,
y el Siná con su vista se alborozá.

XIV.

A lo alto ascendiste (*),
los cautivos en pos de tí llevando;
y dones recibiste
para los hombres, dando
parte al rebelde que te está negando.

XV.

¡Bendito el Señor sea!
¡Lor eterno al Salvador divino!
Él vence en la pelea,
y venciendo franquea
de la patria á sus siervos el camino.

XVI.

Mas ¡ah! sus enemigos
hará el Señor que caigan de cabeza.
Vana es su fortaleza:
con potentes castigos
quebrantará su orgullo y su fiereza.

XVII.

Su acento tremebundo
oyen desde Basán: «Huid malvados
de mi aspecto iracundo:
lanzaos al profundo
del mar, y no sereis tan mal librados.»

XVIII.

«Pies y manos teñidos
 serán en vuestra sangre; á mayor mengua
 perros enfurecidos
 empaparán su lengua
 y rasgarán las carnes y vestidos.»

XIX.

Tu regreso triunfante
 ¡oh Dios mio y mi Rey! tus siervos vieron
 al arca que delante
 camina de Israel; en ese instante
 á tu encuentro salieron.

XX.

Los príncipes de orquestas
 á los que cantan salmos van unidos;
 doncellitas apuestas,
 en medio, con pulidos
 panderos que de lejos son oídos.

XXI.

«En vuestras asambleas
 bendecid al Señor, iban diciendo;
 al Dios de las peleas,
 cuantos sois hijos de Israel, vistiendo
 sus preciadas libreas.»

XXII.

Allí Benjamin mozo
 estático de gozo;
 de Judá los caudillos van guiando,
 Neftalí y Zabulon detras marchando,
 con fiesta y alborozo.

XXIII.

Tu poderío muestra :
en nosotros ¡oh Dios! lo que has obrado,
confírmelo tu diestra;
y ofrendas de tu agrado
pondrán los Reyes en tu altar sagrado.

XXIV.

El orgullo quebranta (*)
de esas gentes que viven como fieras,
y cual toro que espanta
y á las vacas acosa en las praderas,
persiguen tu grey santa.

XXV.

Sea el pueblo proscrito
que guerras ama. Entonces sus legados
te enviará el Egipto,
y de Etiopia también vendrán cargados
con dones muy preciados.

XXVI.

¡Oh reinos de la tierra!
Alabad al Señor, que del Oriente
sube al cielo, se encierra
en torbellino ardiente,
y da su voz que al universo aterra.

XXVII.

Tributadle la gloria;
que en Israel mostró su omnipotencia:
suya fue la victoria,
y su magnificencia
hasta en las nubes hizola notoria.

XXVIII.

El poder infinito
de ese Dios de Israel brilló en su Santo (*).
El pueblo en circuito
repita al terminar su dulce canto:
¡sea el Señor bendito!

SALMO LXVIII (*).

Salvum me fac, Deus...

I.

Dame, ¡oh Dios! la salvacion:
tan recia tormenta calma,
porque han entrado en mi alma
las aguas de la afliccion.

II.

Sumido estoy en el cieno,
sin poder fijar el pie;
cuando á mar alta llegué,
se abrió y hundíme en su seno.

III.

Rendido estoy de clamar;
ronca tengo la garganta;
la luz mis ojos quebranta
de tanto al cielo mirar.

IV.

Por cima de los cabellos
de mi cabeza se aumentan
los que me odian y atormentan
con inicuos atropellos.

V.

Pagué lo que no he tomado;
sabes que obré sin malicia:
no se oculta á tu justicia
la clase de mi pecado.

VI.

Mas por mi causa no tengan
que avergonzarse tus siervos:
delante de los protervos
alta la frente sostengan.

VII.

Porque por amor de tí
he soportado el baldon:
de vergüenza y confusion
cubierto el rostro sentí.

VIII.

Como extranjero me miran
hermanos hijos de padre (*);
y aun los hijos de mi madre
cual de extraño se retiran.

IX.

Porque el celo me devora
de tu casa; los denuestos
de los que á tí son opuestos
sobre mí caen ahora.

X.

Con ayunos me afligia,
y lo achacaban á vicio;
vestíame de cilicio,
de fábula les servia.

XI.

Los que sentados están (*)
en la puerta, murmuraban;
los borrachos me tomaban
en sus coplas por refran.

XII.

A tí oraba yo entre tanto:
tiempo es, Señor, de piedad:
por tu infinita bondad
oye la voz de mi llanto.

XIII.

Confunde á los que me niegan:
sácame del cieno hediondo,
y retírame del fondo
de las aguas que me anegan.

XIV.

Las iras del mar sofoca;
no me sumerja el profundo,
ni este pozo en que me hundo
cierre sobre mí su boca.

XV.

Óyeme, Señor, benigno,
porque es grande tu clemencia;
mírame con indulgencia,
dame de tu amor un signo.

XVI.

No retires tu semblante
de tu fiel y humilde siervo:
mi dolor es muy acerbo,
oye mi voz al instante.

XVII.

Atiende á mi salvacion
por causa de mi enemigo:
de mis afrentas testigo,
ya ves mi resignacion.

XVIII.

En tu presencia están todos
los que de oprobio me llenan,
y mi corazon apenan
y me ultrajan de mil modos.

XIX.

Esperé me socorriese
alguno, y á nadie ví;
ó se apiadase de mí,
y no encontré quien lo hiciese.

XX.

Viéronme hambriento y con mengua
diéronme hiel por comida,
y vinagre por bebida (*)
secando la sed mi lengua.

XXI.

Tórnese, en pago, su mesa
en lazos, riñas, enojos;
oscurézcanse sus ojos;
tu mano sobre ellos pesa.

XXII.

A todos tu ira sorprenda:
sus heredades arrasa;
desierta queda su casa,
que nadie habite su tienda.

XXIII.

Pues crueles persiguieron
 al que tú, Señor, heriste;
 al dolorido y al triste
 nuevas plagas añadieron.

XXIV.

Castiga tú su malicia
 y su doble iniquidad:
 no entren nunca en la heredad
 que preparó tu justicia.

XXV.

Del libro de los vivientes
 sean sus nombres proscritos;
 que no aparezcan escritos
 con los justos y clementes.

XXVI.

Yo soy pobre y dolorido,
 la salvacion en tí hallé:
 á tu Nombre alabaré
 con un corazon rendido.

XXVII.

Más que si un toro inmolará,
 al Señor agradará;
 mas que un becerro al que ya
 asta ó pezuña apuntara.

XXVIII.

Vean los pobres, y su alma
 se llenará de consuelo.
 Buscad á Dios con anhelo,
 y gozareis dulce calma.

XXIX.

Porque á los pobres oyó
el Señor todas sus penas,
y á los que están en cadenas
por Él, nunca despreció.

XXX.

Alábenle cielo y tierra
y cuanto en ellos se mueve;
el mar su alabanza lleve
á cuantos seres encierra.

XXXI.

Porque Dios con su potencia
guarda á Sion; de Judá
las ciudades alzará,
y las tendrán en herencia.

XXXII.

Sin que de ella pueda el hombre
privar á su grey amada:
allí tendrán su morada
los que aman su santo Nombre.

SALMO LXIX.

Deus, in adjutorium meum intende.

I.

¡Oh Dios! á mi amparo atiende;
ven, Señor, luego á ayudarme:
muchos son á maltratarme,
mas ninguno me defiende.

II.

Huya de vergüenza lleno
 todo el que á mi vida atenta;
 el que contra mí fomenta
 odio y venganza en su seno.

III.

Huyan con ligeros pies
 los que tenerme en sus manos
 piensan, y esclaman ufanos :
 «¡Bueno, bueno! ¡Nuestro es!»

IV.

Mas regocijese en Vos
 quien os busca ; cuantos amen
 vuestra salvacion , esclamen :
 «¡Engrandecido sea Dios!»

V.

Yo soy pobre, y sin favor :
 ayúdame tú, Dios mio.
 Mi libertad en tí fío :
 ven, y no tardes, Señor.

SALMO LXX (*).

In te, Domine, speravi... Et libera me...

I.

En tí esperé, Dios clemente,
 y esperar mi alma desea ;
 no permitirás que sea
 confundido eternamente.

II.

Librame por tu justicia
del peligro que me cerca:
tus oídos á mí acerca ;
sálvame de la malicia.

III.

Cual torre pueda mirarte
donde acuda á guarecerme ;
en salvo manda ponerme,
porque eres mi baluarte.

IV.

Librame ¡oh Dios! de la mano
del inicuo pecador,
de manos del trasgresor,
del violento é inhumano.

V.

Porque tú eres mi esperanza
y el brazo de mi virtud ;
ya desde mi juventud
puse en tí mi confianza.

VI.

Desde el útero materno
tú fuiste mi protector,
mi apoyo, mi Salvador:
¡á tí mi cántico eterno!

VII.

De muchos mirado fui
como especie de portento ;
mas todo mi valimiento
era mi esperanza en tí.

VIII.

Llénese, pues, de alabanza
mi boca, y tu gloria cante
sin cesar un solo instante
en cuanto la voz me alcanza.

IX.

Mas tú no me desampares
en tiempo de la vejez,
cuando faltan á la vez
fuerzas, y sobran pesares.

X.

Pues mis enemigos vi
que á mi ancianidad se atreven,
y los que guardarme deben
maquinaron contra mí.

XI.

Diciendo: «Cierta es su muerte;
en nuestras manos cayó;
su Dios le desamparó;
ya no hay quien le liberte.»

XII.

¡Oh Dios! de mí no te apartes;
ven, Dios mio, á socorrerme.
Confunde á los que perderme
quieren con tan malas artes.

XIII.

Perezcan los que se valen
de la calumnia y engaño;
los que para hacerme daño
de mi vejez se prevalen.

XIV.

Yo no cesaré, Señor,
de colocar mi esperanza
en tí, mas nueva alabanza
añadiré á tu loor.

XV.

Por todo el dia mi labio
publicará tu bondad,
tu justicia y equidad.
Sin que pretenda ser sabio,

XVI.

Consideraré la gloria
de tu celeste milicia;
mas solo de tu justicia,
¡oh Señor! haré memoria.

XVII.

¡Oh Dios! desde mi niñez
tú fuiste mi preceptor:
siempre canté tu loor,
lo cantaré en la vejez.

XVIII.

¡Oh Señor! cuando las canas
me cubren, no me abandones:
deja que anuncie tus dones
á las edades lejanas.

XIX.

Tu justicia y poderío
que á los cielos sublimaste;
las maravillas que obraste:
pues ¿quién como tú, Dios mio?

XX.

Probástemme con acerbo
dolor, mas luego tú mismo
me aliviabas; del abismo
salir hiciste á tu siervo.

XXI.

Aumentaste tu grandeza,
de nuevo á mí te volviste,
nuevo consuelo me diste
que disipó mi tristeza.

XXII.

Por eso al son de instrumentos
tu verdad celebraré;
con el arpa cantaré,
Dios de Israel, tus portentos.

XXIII.

Rebosarán de alborozo
mis labios, y no mas triste
el alma que redimiste
te celebrará con gozo.

XXIV.

Siempre empleada mi lengua
tendré en loar tu justicia,
cuando viere á la malicia
sufrir confusion y mengua.

SALMO LXXI (*).

Deus iudicium tuum regi da...

I.

Concede, ¡oh Dios de bondad!
al Rey saber y pericia;
que juzgue al pueblo en justicia,
y al pobre con equidad.

II.

La paz los montes reciban,
la justicia los collados;
como los valles y prados
de ellos las aguas derivan.

III.

Hará que en el indigente
de su pueblo el poder brille
de la justicia, y que humille
el calumniador la frente.

IV.

Mientras el sol dé su lumbre
y la luna su luz clara,
resplandecerá en su cara
la dulzura y mansedumbre.

V.

Como lluvia bajará
en vellon de lana hermoso (*);
como rocío copioso
en la tierra caerá.

VI.

Florecerá ante su vista
la justicia, y habrá paz
del orbe en toda la haz,
mientras que la luna exista.

VII.

Desde un mar al otro mar,
y del rio á los extremos
de la tierra, le veremos
su santo imperio fundar.

VIII.

Los etíopes á sus pies
se postrarán, y la tierra
que pisa, los que ahora guerra
le hacen, besarán despues.

IX.

De Társis é islas distantes
regalos le ofrecerán;
de Arabia y Saba vendrán
Reyes con dones brillantes.

X.

Y le adorarán los Reyes
del orbe en toda region;
y todo pueblo y nacion
obedecerán sus leyes.

XI.

Porque al pobre amparará
y ayudará al desvalido;
con el débil y afligido
entrañas de amor tendrá.

XII.

De usuras y malquerencia
le librá del malvado;
hasta será el nombre honrado
del pobre ante su presencia.

XIII.

Le hará vivir con sus dones,
y él orará todo el día,
y su memoria á porfía
colmará de bendiciones.

XIV.

En los montes mas alzados
frutos se recogerán,
y en la ciudad brotarán
como la yerba en los prados.

XV.

Por siglos sin fin el hombre
bendígale; que ya era,
antes que el sol existiera,
glorificado su nombre.

XVI.

Y en él benditas serán
las naciones de la tierra,
y cuantos pueblos encierra
su poder ensalzarán.

XVII.

¡Bendito el Dios de Israel,
que solo hace maravillas:
tú solo en grandeza brillas,
bendígate el pueblo fiel!

SALMO LXXII.

Quam bonus Israel Deus...!

I.

¡Cuán bueno el Dios de Israel
con los rectos de intencion!
Cayera en la tentacion
si no me ayudara Él.

II.

Porque me llené de celos
al impío contemplando,
á los inicuos mirando
gozar de paz los consuelos.

III.

No tienen miedo á la muerte;
no hay duracion en su pena;
parece que la condena
de los demas no es su suerte.

IV.

Llénanse así de altivez;
cúbreanse con su maldad;
hablan tanto de impiedad,
que la sienten á la vez.

V.

La calumnia y la malicia
brotan de su corazon:
en puestos de elevacion
hablan de obrar sin justicia.

VI.

Levantán su boca al cielo
 declarándole la guerra;
 su lengua va por la tierra
 blasfemando sin recelo.

VII.

Los de mi pueblo, por tanto,
 paran aquí su atención,
 y hacen esta reflexión
 en días llenos de llanto:

VIII.

¿Si sabrá Dios todo esto?
 ¿Si llegará su noticia
 al Escelso, ó la justicia
 desatender se ha propuesto?

IX.

Pues ved que esos pecadores
 las riquezas amontonan;
 de abundancia se coronan,
 disfrutan bienes y honores.

X.

Y yo también exclamé:
 «Luego el corazón en vano
 quise limpiar, y mi mano
 entre inocentes lavé.»

XI.

Porque todo el día siento
 de las plagas la dureza
 con que me afliges; empieza
 desde el alba mi tormento.

XII.

Mas si en verdad así hablara,
 contradijera á tus siervos
 que dolores mas acerbos
 sufrieron con piedad rara.

XIII.

Pensaba noches y dias
 cómo este enigma explicar;
 mas acercado á tu altar
 supe sus postrimerías.

XIV.

Ciertamente tú les diste
 prosperidad engañosa:
 cuanto parece dichosa
 su suerte, la harás mas triste.

XV.

¡Cómo reducidos fueron
 á total desolacion!
 Sigue á su gloria el baldon:
 de repente fenecieron.

XVI.

Como al que duerme y despierta
 la ilusion se desvanece,
 así su dicha perece:
 sueño fue, no imágen cierta.

XVII.

Entonces reconocí
 que sin causa me afligia
 cuando prosperar veía
 los que pecan contra tí.

XVIII.

Y puesto en tu acatamiento
mi ignorancia confesaba,
como bestia me miraba
que no tiene entendimiento.

XIX.

Mas siempre en tí mi memoria:
tu diestra cogió la mia;
tu voluntad fue mi guia:
me llevarás á tu gloria.

XX.

Pues ¿qué otra cosa en el cielo
hay que pueda yo querer?
¿Y qué puedo apetecer,
fuera de tí, en este suelo?

XXI.

Desfallecida se siente
mi carne y mi corazón:
Dios mi dulce posesion,
Dios mi herencia eternamente.

XXII.

Quien contra tí se levante
perecerá sin remedio;
cortarás de medio á medio
al que la fe te quebrante (*).

XXIII.

Buena para mí tu union:
en tí pongo mi esperanza,
para anunciar tu alabanza
en las puertas de Sion.

SALMO LXXIII (*).

Ut quid, Deus, repulisti in finem...

I.

¿Por qué, Dios mio, te alejas
para siempre, y tu furor
se enciende con nuevo ardor
sobre tus pobres ovejas?

II.

Acuérdate de tu grey
que de antiguo poseiste.
Tu cetro en Sion tuviste,
donde morabas cual Rey.

III.

Tu fuerte mano levanta
para abatir al contrario:
él cometió en tu sagrario
abominacion que espanta.

IV.

Orgullosos se jactaban
en el lugar de tus cultos,
y te ofrecian insultos
donde tus siervos oraban.

V.

Pusieron marcas y señas
para empezar los destrozos,
como señalan los trozos
los que hacen corta en las breñas.

VI.

Con hachas y otros pertrechos
las fuertes puertas derriban;
las columnas en que estriban
rompen, y caen los techos.

VII.

Con el incendio terminan
la devastacion y espanto;
tu Tabernáculo santo
en la tierra contaminan.

VIII.

En sus corazones dicen:
«No haya mas culto en la tierra;
esterminemos con guerra
las gentes que á Dios bendicen.»

IX.

Y no vemos tus señales (*),
ni hay con nosotros Profeta
que en tu Nombre nos prometa
el fin de tamaños males.

X.

¿Hasta cuándo el enemigo,
¡oh Dios! nos ha de insultar?
¿Siempre habrá de blasfemar
de tu Nombre sin castigo?

XI.

¿Por qué retiras tu mano?
¿Por qué del seno tu diestra
no sacas, y les das muestra
de tu poder soberano?

XII.

Nuestro Dios, Rey y Señor,
desde el principio tú fuiste:
tú la salvacion nos diste
de la tierra en lo inferior (*).

XIII.

Con tu poder afirmaste
el mar á nuestras legiones,
y en el hondo á los dragones
las cabezas quebrantaste.

XIV.

Al Leviatan con acierto
le hiciste mortal herida,
y dístelo por comida
á los pueblos del desierto (*).

XV.

De peñascos asolados
brotar hiciste raudales,
y secaste los caudales
de rios nunca agotados.

XVI.

Tuya la noche y el dia;
la luna y el sol criaste (*);
las estaciones reglaste;
á todo diste armonía.

XVII.

Acuérdate, pues, del hombre:
el enemigo te ofende;
un pueblo necio pretende
infamar tu santo Nombre.

XVIII.

No des á esa fiera gente
 las almas que te veneran;
 á estos pobres que en tí esperan
 no olvides eternamente.

XIX.

Fija en tu pacto los ojos:
 mira cómo nos insultan,
 y en las cavernas ocultan
 sus rapiñas y despojos.

XX.

No permitas que se aparte
 el humilde confundido:
 así el pobre y desvalido
 podrán por siempre alabarte.

XXI.

Álzate, y juzga tu causa
 ¡oh Señor! del insensato
 mira cuánto desacato;
 cómo te ofende sin pausa.

XXII.

Las voces nos ensordecen
 que lanza esa gente impía,
 porque aumentan su osadía
 los que tu Nombre aborrecen.

SALMO LXXIV (*).

Confitebimur tibi, Deus!

I.

P. Á tí, que en grandeza brillas,
¡oh Dios! te confesaremos,
y tu nombre invocaremos
diciendo tus maravillas.

II.

D. Cuando se cumpliere el plazo
que en mis decretos fijé,
con rectitud juzgaré,
y lo sostendrá mi brazo.

III.

La tierra se derritió
con todos sus habitantes;
sus columnas vacilantes
Yo fui quien las afirmó.

IV.

P. Dije, Señor, al impío:
«No cometas impiedades;»
y al que practica maldades:
«No ensalces tu poderío.»

V.

No levanteis vuestra frente;
poned freno á vuestro hablar;
cesad ya de blasfemar
contra Dios Omnipotente.

VI.

Pues ni al Oriente ni ocaso,
 en todo el vasto horizonte,
 ni por el desierto monte
 para huir hallareis paso.

VII.

Porque Dios es vuestro juez,
 y como Dios no hay ninguno:
 humilla y abate al uno,
 y al otro ensalza á la vez.

VIII.

El Señor tiene en su mano
 un cáliz de vino lleno;
 mezcló amargura en su seno,
 y dió á beber al insano.

IX.

Mas no han podido apurar
 las heces que el vaso encierra;
 los malvados de la tierra
 todos de él han de gustar.

X.

Por mi parte anunciaré
 por siglos y eternamente;
 al Dios de Jacob potente
 la alabanza cantaré.

XI.

D. Y Yo con brazo robusto
 abatiré al orgulloso,
 y haré que entre en mi reposo,
 y alce su cabeza el justo.

SALMO LXXV.

Notus in Judæa Deus.

I.

Dios conocido en Judá;
grande en Israel su Nombre;
Salem tiene por renombre
el sitio en que paz nos da.

II.

Su gloria en Sion encierra;
allí rompió los escudos,
espadas, dardos agudos,
y puso fin á la guerra.

III.

Sobre los montes sublimes
eres tú ilustre y potente;
quitas la fuerza al valiente,
y miedo en su pecho imprimes.

IV.

Durmieron sueño profundo
los guerreros mas ufanos;
vacías hallan sus manos
los hombres fuertes del mundo.

V.

Por causa de tu furor
¡Dios de Jacob verdadero!
el caballo y caballero
llenáronse de estupor.

VI.

Terrible eres tú, Dios mio:
¿quién resistirte podrá
cuando tu ira estallará
como impetuoso rio?

VII.

Tu juicio se oyó del cielo;
la tierra quedó suspensa
cuando te alzaste en defensa
de los humildes del suelo.

VIII.

En motivos de alabanza
del hombre la ira conviertes
cuando humillas á los fuertes
y confundes la venganza.

IX.

Haced votos y promesas
á vuestro Dios y Señor,
los que estais en rededor
testigos de sus empresas (*).

X.

Al Dios terrible en la guerra,
que el espíritu quebranta
de los caudillos, y espanta
á los Reyes de la tierra.

SALMO LXXVI.

Voce mea ad Dominum clamavi... ad Deum...

I.

Mi voz al Señor alcé,
y Dios oyó mi clamor:
cuando me angustió el dolor
solicito le busqué.

II.

Por las noches en desvelo
me tenia la afliccion;
mi ulcerado corazon
se resistia al consuelo.

III.

De tí, mi Dios, me acordaba,
y mas la pena sentia;
mi alma desfallecia,
pues de tí lejos estaba.

IV.

Antes de rayar la aurora
abiertos están mis ojos;
pero postrado de hinojos
mi alma sin hablar te adora.

V.

Pienso en los antiguos dias,
y en tus favores tan tiernos;
pienso en los siglos eternos
de tus santas profecías.

VI.

En los salmos que dormido
mi corazon recitaba,
tambien pensé, y meditaba
profundizando el sentido.

VII.

¿Es posible, me decia,
que para siempre se aleje
Dios de su pueblo, y nos deje
sin luz, sin pastor, sin guia?

VIII.

¿Su clemencia por ventura
se habrá llegado á agotar,
que de ella no ha de gozar
la generacion futura?

IX.

¿Acaso se habrá olvidado
de su infinita indulgencia,
ó contendrá su clemencia
por nuestras culpas airado?

X.

A mi alma entonces se muestra
dulce rayo de esperanza,
y me dije: «Esta mudanza
es obra de Alta diestra.»

XI.

Luego de tus maravillas,
¡oh Señor! hice memoria;
de tus hechos, de la gloria
con que desde antiguo brillas.

XII.

Consideré tus acciones
y numerosos portentos,
é investigué tus intentos
con los pueblos y naciones.

XIII.

¡Oh Dios! tu camino es santo.
¿Quién grande cual nuestro Dios?
¿Y quién otro sino Vos
pudo obrar prodigio tanto?

XIV.

Entre las gentes hiciste
manifiesta tu virtud:
de penosa esclavitud
á tu pueblo redimiste.

XV.

Las aguas ¡oh Dios! te vieron;
las aguas, sí, te miraron;
y de temor se turbaron,
y sus abismos se abrieron.

XVI.

Las nubes torrentes lanzan,
del trueno se oye la voz,
tu rayo gira veloz
entre las ruedas que avanzan.

XVII.

Tus relámpagos relumbran
en el orbe de la tierra,
y todo el orbe se aterra;
tus contrarios se deslumbran.

XVIII.

En el mar con tus prodigios
 tu camino estableciste;
 mas de la senda que abriste
 no se conocen vestigios.

XIX.

Y á tu pueblo como grey
 condujiste á salvacion,
 por Moisés y Aaron,
 para recibir tu ley.

SALMO LXXVII.

Attendite, popule meus, legem meam...

I.

Escucha, pueblo mio,
 de mi ley soberana los preceptos:
 mis sublimes conceptos
 envueltos en parábolas te envío.

II.

En proverbios la historia (*)
 diré de cosas que de antiguo fueron:
 nuestros padres las vieron
 y á sus hijos legaron su memoria.

III.

Del Señor publicaron
 los hechos, los prodigios, la alabanza;
 con Jacob su alianza,
 la ley que puso á Israel, contaron.

IV.

A nuestros padres diera
mandato de anunciarlos á sus hijos,
que en edad venidera
en la memoria los conserven hijos.

V.

Y estos á los que vengan
en pos suya los digan igualmente,
porque su ley fielmente
guarden y en Dios su confianza tengan.

VI.

Y á sus padres no imiten,
generacion rebelde y obstinada;
ni como ellos irriten
á Dios tentando su bondad probada.

VII.

Los hijos de Efrem diestros (*)
en manejar el arco y la saeta,
¿en derrota completa
por qué huyen y abandonan á los nuestros?

VIII.

El pacto no guardaron
y la ley santa que el Señor dispuso;
sus obras olvidaron
y los portentos que á su vista puso.

IX.

De Egipto en las llanuras
sus padres presenciaron sus prodigios;
de Tánis las alturas
conservan sus señales y vestigios.

X.

El mar por medio hiende,
 paso franco por él dando á sus siervos;
 las aguas en acervos
 á su izquierda y derecha las suspende.

XI.

Con nube prodigiosa
 por el desierto sus legiones guia;
 oscura por el dia,
 tórnase por la noche luminosa.

XII.

De una tajada peña
 brotar hace copiosos manantiales;
 el agua se despeña,
 como en rios se encauzan sus raudales.

XIII.

Mas ellos la ira escitan
 del Escelso cuando obra tal portento,
 y tentándole gritan
 segun su corazon les dé alimento.

XIV.

¡Qué agradable sorpresa
 (dicen hablando mal del Dios potente)
 si en el desierto ardiente
 pudiera prepararnos una mesa!

XV.

Porque la peña ha abierto,
 y corre el agua en abundante rio,
 ¿llega su poderío
 á darnos un banquete en el desierto?

XVI.

Lo oye Dios, y se enciende
su ira contra Jacob, contra Israel todo,
que duda de este modo
de su poder, y á su bondad ofende.

XVII.

¡Bendito sea su Nombre!
Á las nubes ordena sobre el suelo
llover maná, y el hombre
come sobre la tierra pan del cielo.

XVIII.

Pan de ángeles manda
para que al hombre sirva de alimento:
diferente vianda
les envia despues mudando el viento.

XIX.

Carnes sobre su estancia
llover hace; cual polvo de las sendas,
así fue la abundancia
de aves en torno de su campo y tiendas.

XX.

Comieron, y se hartaron;
satisfacer pudieron sus antojos:
de comer no acabaron,
y del Señor sintieron los enojos.

XXI.

Castiga á los audaces;
los mas robustos de Israel murieron:
mas siguen contumaces,
y pecan, y en sus obras no creyeron.

XXII.

Así entre rebeldías ,
con que las iras del Señor acrecen ,
humo fueron sus dias ,
sus años pasan , y se desvanecen.

XXIII.

Cuando la muerte estragos
hace en ellos, á Dios buscan ligeros ;
no le buscan sinceros ,
y olvidan de su saña los amagos.

XXIV.

Con fantasía loca
ser fieles á su ley tienen á mengua ;
ámanle con la lengua ,
pero le están mintiendo con la boca.

XXV.

Mas el Señor benigno
les perdona sus culpas , y no acaba
con aquel pueblo indigno ;
su enojo á su clemencia lugar daba.

XXVI.

Porque al fin se recuerda
que son carne mortal, frágil la vida ;
fácilmente perdida,
no se vuelve á cobrar cuando se pierda.

XXVII.

¿Cuántas veces osados
se atreven á irritarle en el desierto?
En aquel suelo yerto.
¿cuántas veces le ofenden obstinados?

XXVIII.

De nuevo á Dios provocan,
 al Santo de Israel dan pesadumbre;
 los recuerdos no evocan
 de qué modo rompió su servidumbre.

XXIX.

Él puso sus señales
 en Egipto, y en Tánis sus portentos,
 cuando tornó sangrientos,
 por que no beban, rios y canales.

XXX.

Toda clase de insectos
 en enjambres mandó que los arruinan;
 animales infectos
 sus casas y palacios contaminan.

XXXI.

Con el pulgon deshizo
 sus frutos, con langosta sus sembrados;
 sus morales helados;
 sus viñas las arrasa con granizo.

XXXII.

Acrece sus molestias
 con nuevas plagas que les manda luego;
 con pedrisco las bestias,
 sus cortijos destruye con el fuego.

XXXIII.

De su cólera muestra
 y justa indignacion todos los signos:
 lo que no hace su diestra,
 lo ejecuta por ángeles malignos.

XXXIV.

A su furor celeste
 ancho camino abrió, franca salida :
 no perdonó su vida,
 y á sus rebaños asoló con peste.

XXXV.

Á los primer nacidos
 en todo Egipto hiere y estermina;
 todo, con tanta ruina,
 en las tiendas de Cam es alaridos.

XXXVI.

Entonces, amoroso,
 como pastor que guia su ganado,
 lleva su pueblo amado
 por desiertos y páramo arenoso.

XXXVII.

Llenos de confianza
 los conduce, quitándoles el miedo :
 allí se vió su dedo ;
 las huestes enemigas al mar lanza.

XXXVIII.

Despues los introdujo
 en su heredad sagrada y monte santo,
 que á su poder redujo
 en las naciones infundiendo espanto.

XXXIX.

La tierra distribuye,
 las porciones con cuerdas ajustadas,
 por suerte, y constituye
 las tribus de Israel en sus moradas.

XL.

Mas ellos nuevamente
las iras del Escelso provocaron;
sus leyes no guardaron,
mas vuélvenle la espalda ingratamente.

XLI.

Rebeldes y tenaces
como sus padres fueron; parecidos
á esos arcos torcidos
que apuntan falsamente, son falaces.

XLII.

A ira le incitaron
en sus collados, bosques y espesuras:
á celos le escitaron
ídolos fabricando y esculturas.

XLIII.

Tan horrible espectáculo
produce en el Señor torva mirada:
desecha el tabernáculo
de Siló donde tiene su morada.

XLIV.

Contra Israel se irrita
su furor, y le humilla en gran manera:
del arca se apodera
el enemigo, y su esplendor le quita.

XLV.

Sin ella queda ciego ;
del Señor su heredad es despreciada :
el pueblo con la espada,
los jóvenes perecen con el fuego.

XLVI.

Las vírgenes su brillo (*)
 pierden sin que su mano las reclamen;
 sin que las viudas clamen
 los sacerdotes mueren á cuchillo.

XLVII.

El Señor se despierta (*)
 á la manera del que está dormido:
 cual guerrero bebido
 descarga su furor con mano incierta.

XLVIII.

Al enemigo hiere
 con plaga ignominiosa que le afrenta;
 con dolor le atormenta
 y oprobio eterno á su memoria infiere.

XLIX.

A José por morada
 desecha luego, y á Efrain no elige;
 á Judá se dirige
 y á su montaña de Sion amada.

L.

Y edificó en la altura
 su templo cual palacio suntuoso,
 tan sólido y hermoso
 como la tierra que por siglos dura.

LI.

A David su criado
 toma de entre el rebaño que apacienta;
 cambia en cetro el cayado,
 y sobre el trono de Israel le sienta.

LII.

Con intencion sencilla
 apacienta su grey y la dirige:
 la prudencia en él brilla;
 con diestra mano sus destinos rige.

SALMO LXXVIII.

Deus, venerunt gentes in hæreditatem tuam...

I.

¡Oh Dios! gentes estrañas
 entran en tu heredad, y contaminan
 tu sagrario, y arruinan
 tu ciudad reduciéndola á cabañas.

II.

Los cuerpos de tus fieles
 arrojan para pasto de los cuervos;
 las carnes de tus siervos
 las desgarran famélicos lebreles.

III.

Como el agua derraman
 su sangre, y permanecen insepultos.
 Los pueblos nos infaman,
 y de ultrajes nos llenan y de insultos.

IV.

¿Hasta cuándo en tu saña
 serás inaccesible á nuestro ruego?
 ¿Hasta cuándo nos daña
 tu furor y se enciende como fuego?

V.

Tus iras vehementes (*)
 descarga en las naciones que te ignoran;
 en los reinos y gentes
 que tu Nombre santísimo no adoran.

VI.

Por ellas consumida
 fue de Jacob la casa y rica herencia.
 Nuestras culpas olvida,
 ¡oh Señor! y anticipa tu clemencia.

VII.

A miseria estremada
 por nuestras culpas nos redujo el hombre:
 por amor de tu Nombre
 perdona y libra á tu heredad amada.

VIII.

No digan los protervos:
 ¿en dónde está su Dios? Tu gloria muestra,
 y venga con tu diestra
 la sangre que derraman de tus siervos.

IX.

Sean de tí escuchados
 los gritos de los presos: á la muerte
 los que están destinados
 libértalos, Señor, con brazo fuerte.

X.

Vuelve á nuestros vecinos
 siete veces los males que nos hacen:
 con nosotros dañinos,
 en blasfemar tu Nombre se complacen.

XI.

Nosotros entre tanto,
 como tu pueblo y grey, te alabaremos,
 y nunca cesaremos
 de entonar en tu gloria dulce canto.

SALMO LXXIX (*).

Qui Regis Israel, intende...

I.

¡Oh tú, pastor de Israel!
 tú, que á Josef apacientas,
 y entre querubes te sientas,
 escucha á tu pueblo fiel.

II.

Haz de tu poder la muestrá
 delante de Benjamin,
 de Manasés y Efrain;
 libértanos con tu diestra.

III.

Nuestra conversion tú obra:
 ese tu semblante hermoso
 vuelve á tu pueblo amoroso,
 y para salvarnos sobra.

IV.

Señor, Dios de las virtudes,
 ¿hasta cuándo estás airado
 con tu pueblo, y enojado,
 á su plegaria no acudes?

V.

¿Hasta cuándo nos das pan
de lágrimas por comida,
y lágrimas por bebida,
acreciendo nuestro afán?

VI.

Por blanco á nuestro vecino
de contradicción nos pones;
las enemigas naciones
nos afrentan de continuo.

VII.

¡Señor Dios á quien tememos!
conviértenos hácia tí;
muéstranos tu rostro, y di:
«Sed salvos,» y lo seremos.

VIII.

Del Egipto trasladaste
la viña de tu elección;
arrojas toda nación,
y en tu heredad la plantaste.

IX.

Buscástela tierra buena;
la maleza removiste;
sus raíces estendiste,
y el orbe entero ya llena.

X.

Los montes cubre su sombra,
los cedros mas corpulentos;
llegan al mar sus sarmientos,
su vástago al río asombra.

XI.

Mas despues de tanto esmero,
¿cómo es que de ella te alejas,
rompes su vallado, y dejas
la vendimie el pasajero?

XII.

Luego pierde su belleza;
el jabalí la destroza,
la bestia del campo la hoza,
y renace la maleza.

XIII.

¡Señor Dios de las virtudes!
vuélvete; mira del cielo
esta tu viña en el suelo,
y en repararla no dudes.

XIV.

Porque la plantó tu diestra,
y la asoló el enemigo:
hazle sentir tu castigo;
con él tu enojo demuestra.

XV.

Haz brillar sobre el varon
de tu derecha tu Nombre (*);
y sobre el Hijo del Hombre
que confirmó tu eleccion.

XVI.

Tuyos entonces seremos;
no te dejaremos mas;
nueva vida nos darás,
y tu Nombre invocaremos.

XVII.

¡Señor Dios de la virtud!
 conviértenos; tu semblante
 haznos ver, y en el instante
 obtendremos la salud.

SALMO LXXX.

Exultate Deo adjutori nostro...

I.

Cantad con alegría
 al Señor, nuestro Dios, nuestra esperanza:
 tributad á porfía
 al gran Dios de Jacob vuestra alabanza.

II.

Con cítaras sonoras,
 con tímpanos, con arpas y salterios,
 cantadle á todas horas,
 su gloria celebrando y sus misterios.

III.

Resuenen los clarines
 en la santa y mayor Neomenia;
 en todos los confines
 anuncien de Israel tan grande dia.

IV.

Sacro y solemne rito
 que el Señor de Jacob estableciera.
 y en memoria lo diera
 á José cuando anduvo por Egipto (*).

V.

Lengua que no entendia
 hablar oye; agraváronse sus penas,
 el peso que oprimia
 sus hombros, y le rompe las cadenas.

VI.

En la afliccion clamaste,
 y oí tu voz; en la tormenta arriba
 benigno me encontraste:
 yo te probé en las aguas de Meriba.

VII.

Escucha ¡pueblo mio!
 No te seduzcan mas torpes engaños:
 vuelve de tu estravío;
 no tengas junto á tí dioses estraños.

VIII.

Porque yo solamente
 el Dios que te sacó de egipcio suelo:
 pídemme con anhelo,
 y saciaré tu boca plenamente.

IX.

Pero escuchar no quieren
 mi voz los hijos de Israel ingratos;
 desprecian mis mandatos;
 sendas de perdicion seguir prefieren.

X.

Apartando mis ojos,
 correr los dejo en pos de sus deseos;
 seguir sus devaneos,
 satisfacer de su alma los antojos.

XI.

¡Oh! si mi voz oyera
 mi pueblo, prosiguiendo en mis caminos:
 ¡qué suerte le cupiera!
 ¡De Israel cuán dichosos los destinos!

XII.

Un golpe de mi mano
 humillado dejará á su enemigo;
 y todo el que inhumano
 le persigue, sintiera mi castigo.

XIII.

De Jehovah potente
 cuantos odian el nombre, amedrentados
 abatieran su frente,
 á su imperio por siempre avasallados.

XIV.

Y á su pueblo daría
 por sustento del trigo la sustancia,
 y rica miel haría
 de la peña manar en abundancia.

SALMO LXXXI.

Deus stetit in synagoga deorum...

I.

Asistió Dios en la junta
 de los príncipes y jueces (*)
 que en la tierra hacen sus veces,
 y juzgándolos pregunta:

II.

«¿Hasta cuándo seguireis
sentenciando inicuaamente,
y al malvado prepotente
á la cara mirareis?»

III.

Juzgad al necesitado
y al huérfano con justicia:
no cometáis injusticia
con el pobre y desgraciado.

IV.

Proteged á la inocencia;
al desvalido amparad:
que no sufra procurad
del pecador violencia.

V.

Mas ellos no comprendieron;
en tinieblas dan sus juicios,
hasta que los mismos quicios
del orbe se conmovieron.

VI.

Yo dije: «Si siendo humanos,
nombre de dioses teneis,
mas como hombres morireis,
como uno de los tiranos.»

VII.

Levántate ¡oh Dios potente!
y ven á juzgar la tierra:
todas las gentes que encierra
son tu herencia eternamente.

SALMO LXXXII.

Deus, quis similis erit tibi...?

I.

¿Quién á tí ¡oh Dios! semejante?
No calles ni te detengas,
hasta que el furor contengas
del enemigo arrogante.

II.

Pues su orgullo es sin medida,
y con el ruido ensordecen:
los que tu Nombre aborrecen
alzan la cabeza erguida.

III.

Pérfidos planes formaron
contra tu pueblo y tus siervos;
juntáronse los protervos,
y con jactancia esclamaron:

IV.

«¡Ea, venid, y con guerra
á esa gente estermínemos;
aun hasta el nombre borremos
de Israel sobre la tierra!»

V.

Y juntáronse idumeos,
agarenos, moabitas,
Gebal, Asur, amonitas,
Amalec y filisteos.

VI.

Y los hijos de Ismael
 con hijos de Lot se unieron;
 hasta de Tiro vinieron
 contra tu pueblo Israel.

VII.

Pero tú, Señor, dispon
 que todos tengan el fin
 de Sísara y de Jabin
 en el torrente Cison.

VIII.

Los que en Endor perecieron
 batallando con encono;
 de la tierra para abono
 sus cadáveres sirvieron.

IX.

Á sus capitanes trata
 como á Sálmana y á Zeb,
 como á Zebea y Oreb,
 y sus huestes desbarata.

X.

Porque en su ciego furor
 han dicho con insolencia:
 «Poseamos como herencia
 las moradas del Señor.»

XI.

Como ardiente torbellino
 arrebatelos tu aliento;
 como á la paja que el viento
 alza en denso remolino.

XII.

Como el fuego que devora
 el monte, soto y campaña,
 persíguelos en tu saña
 con tormenta abrasadora.

XIII.

Con ignominia aparezcan,
 y al preguntar por tu Nombre,
 su santidad los asombre,
 avergüéncense, y perezcan.

XIV.

Entonces será sabido
 que tu Nombre es Jehováh;
 tú el Escelso, á quien está
 el orbe entero rendido.

SALMO LXXXIII.

Quam dilecta tabernacula tua...!

I.

¡Cuán deleitable, Señor,
 es tu divina morada!
 Suspira mi alma estasiada;
 deliquios siente de amor.

II.

Pues mi carne y corazón
 llénanse de gozo inmenso
 cuando de Dios vivo pienso
 en la adorable mansion.

III.

Como el pajarillo en celos
 busca un rincón escondido,
 y la tórtola su nido
 donde poner sus polluelos,

IV.

Tus altares, ¡oh Señor!
 mi Rey, mi Dios, me enamoran.
 ¡Cuán dichosos los que moran
 de tu Casa en lo interior!

V.

Por los siglos su alabanza
 darán á tu santo Nombre.
 ¡Dichoso también el hombre
 á quien tu auxilio afianza!

VI.

Que en este valle de llanto,
 de miserias, de aflicción,
 ha puesto en su corazón
 subir á tu lugar santo.

VII.

Bendito será de Vos
 su Legislador divino:
 seguirá recto el camino;
 en Sion verá á su Dios.

VIII.

¡Oh Señor omnipotente!
 oye mi oración diaria;
 presta oído á mi plegaria,
 ¡oh Dios de Jacob clemente!

IX.

Mírame á tus pies rendido;
 tu vista á mí, se dirija;
 tus dulces miradas fija
 en el rostro de tu Ungido.

X.

Porque en tus atrios un día
 mejor que mil fuera de ellos;
 mejor que en palacios bellos
 siervo en tu casa sería.

XI.

Pues tu piedad es notoria,
 grande á la verdad tu amor:
 á sus siervos el Señor
 dará la gracia y la gloria.

XII.

No privará de sus bienes
 al que obra con rectitud.
 ¡Dichoso el que su virtud
 coloca en tí, y le sostiene!

SALMO LXXXIV (*).

Benedixisti, Domine, terram tuam...

I.

¡Oh Señor! sobre tu herencia
 la bendición has echado:
 del cautiverio has librado
 de Jacob la descendencia.

II.

El perdon de sus maldades
á tu pueblo has concedido;
has sepultado en olvido
todas sus iniquidades.

III.

Ya mitigaste tu ira,
ya calmaste tu furor.
Conviértele ¡oh Salvador!
y de él tu saña retira.

IV.

¿Con nosotros por ventura
siempre enojado has de estar?
¿Tu venganza ha de alcanzar
la generacion futura?

V.

A nosotros volverás
tu rostro, y nos darás vida;
á tu grey con tu venida
de placer inundarás.

VI.

Grande tu piedad se ostente;
danos ya tu Salvador.
Oiré lo que el Señor
me diga secretamente.

VII.

Porque de paz hablará
para su pueblo y sus siervos:
aun á los hombres protervos
el corazon mudará.

VIII.

Cerca está la salvacion
de los que temen su Nombre;
para que habite y asombre
la gloria en nuestra nacion.

IX.

Misericordia y verdad
felizmente se encontraron;
justicia y paz se besaron
con ósculo de amistad.

X.

De semilla preparada
la verdad brotó en el suelo;
la justicia desde el cielo
nos dirigió su mirada.

XI.

Porque benigno el Señor
sus bienes derramará,
y nuestra tierra dará
fruto de dulce sabor.

XII.

La justicia irá delante
con su resplandor divino,
y del perfecto camino
no se apartará un instante.

SALMO LXXXV.

Inclina, Domine, aurem tuam...

I.

Inclina, Señor, tu oído,
y escúchame con agrado,
porque estoy necesitado,
pobre me hallo, y afligido.

II.

Guarda mi alma como á Santo (*)
que se ofreció á tu servicio:
salva á tu siervo propicio
que en tu amor confía tanto.

III.

Compadécete, Señor,
que á tí clamo todo el dia:
alegra tú á el alma mia
que te busca con ardor.

IV.

Porque suave es tu boca,
y tu corazon clemente,
y acoges benignamente
á todo aquel que te invoca.

V.

Ven á mi socorro luego;
oye mi humilde oracion.
A tí clamé en la afliccion,
porque escuchabas mi ruego.

VI.

¿Entre los dioses acaso
tu gloria no sobresale?
¿Hay quien tus obras iguale
desde el Oriente al Ocaso?

VII.

Cuantas naciones, Señor,
criastes, á tí vendrán;
postradas te adorarán,
dando á tu Nombre esplendor.

VIII.

Porque solo tú eres grande;
tú solo como Dios brillas:
solo se hacen maravillas
cuando tu querer lo mande.

IX.

Guíame por tu camino,
y en tu verdad andaré:
haz que alegre mi alma esté
bajo tu temor divino.

X.

Y te alabaré, Dios mio,
con mi corazon y mente;
y ensalzaré eternamente
de tu Nombre el poderío.

XI.

Porque grande tu clemencia,
y tu amor conmigo tierno:
ya desde el profundo infierno
me sacó tu omnipotencia (*).

XII.

¡Oh Dios! el malo y el fuerte
conspiraron contra mí;
y sin miramiento á tí
propusieron darme muerte.

XIII.

Pero tú, Dios de bondad,
benigno, veraz, clemente,
con el pecador paciente,
mírame al fin con piedad.

XIV.

Por compadecerte acaba:
da tu auxilio soberano
á tu siervo, y con tu mano
salva al hijo de tu esclava (*).

XV.

Haz en mi favor un signo,
que mis enemigos sean
avergonzados, y vean
que me amparaste benigno.

SALMO LXXXVI (*).

Fundamenta ejus in montibus sanctis...

Sobre los montes santos
Sus cimientos están. Otra morada
No hay en Jacob que tenga los encantos,
Ni del Señor amada
Sea, como Sion. ¡Ciudad divina!
Grandes cosas de tí cuenta la fama.

Babilonia te aclama,
 Con Rahab en Egipto, peregrina.
 Hé aquí Palestina,
 Hé aquí Etiopia y Tiro la famosa:
 Decir pueden la cuna
 Del varon que á su patria lustre diera.
 Mas en Sion gloriosa
 Que el Escelso fundó, ¿puede ninguna
 Humana mano señalar los nombres
 De tantos, tantos hombres
 Ilustres en piedad que nacer viera?
 El Dios omnipotente,
 Que de pueblos y príncipes la historia
 Registra, solamente
 Lleva de ellos memoria,
 Y decir puede su virtud y gloria.

SALMO LXXXVII.

Domine Deus salutis mee...

I.

Señor Dios, mi Salvador,
 dia y noche te pedí:
 llegue mi oracion á tí,
 presta oído á mi clamor.

II.

Porque llena de amargura
 y de penas mi alma está:
 pronto á consumirse va
 mi vida en la sepultura.

III.

Ya cómo muerto me miran,
como hombre desamparado
que entre los muertos echado
dejan libre y se retiran (*).

IV.

Como los que en fosa estrecha
yacen con graves heridas,
que luego de ellos te olvidas
y tu mano los desecha.

V.

Pusíste me de esta suerte
en profunda sepultura,
tenebrosa, triste, oscura;
entre sombras de la muerte.

VI.

Con el fuego me acrisolas;
flechas tus manos disparan:
has hecho que se estrellaran
contra mí todas tus olas.

VII.

Mis allegados y amigos
hiciste que se alejasen,
y con horror me mirasen:
cercado estoy de enemigos.

VIII.

Dolientes me tornó el llanto
los ojos: á tí clamaba
todo el día, y levantaba
mis manos al lugar santo.

IX.

¡Señor! ¿Acaso tú harás
milagros con los que han muerto?
¿El polvo que yace yerto
te confesará jamás (*)?

X.

¿Habrá alguno por ventura
que publique tu clemencia,
tu verdad y omnipotencia,
estando en la sepultura?

XI.

¿Podrá ver tus maravillas
en las tinieblas sumido,
y en la region del olvido
la justicia con que brillas?

XII.

Esta, Señor, la razon
de que á tí mi voz levante,
y á la aurora me adelante
para hacerte mi oracion.

XIII.

¿Tus oídos por qué apartas,
y el rostro alejas de mí?
Yo soy pobre, y padecí
desde jóven penas hartas.

XIV.

Teníanme tus terrores
en sobresalto y zozobra:
sentir me hiciste de sobra
de tus iras los rigores.

XV.

Como una tormenta sorda
 tus terrores me asustaron:
 todos luego me cercaron
 cual rio que se desborda.

XVI.

Parientes, deudos, amigos,
 de mí en la angustia alejaste:
 en mí solo descargaste
 el peso de tus castigos.

SALMO LXXXVIII.

Misericordias Domini in æternum cantabo...

I.

Cantaré eternamente
 la gloria del Señor y sus piedades.
 A todas las edades
 harán mis labios su verdad patente.

II.

El Señor es quien dijo:
 «Firme edificio levanté en el cielo
 á la piedad, y fijo
 apoyo mi verdad tendrá en el suelo.

III.

»Dispuse el testamento
 al pueblo que eligiera mi albedrío;
 á David siervo mio
 la promesa afirmé con juramento.

IV.

»Tus hijos no abandono,
sobre ellos velará mi providencia;
y afirmaré tu trono,
por siglos lo tendrá tu descendencia.»

V.

¡Señor! tus maravillas
publicarán los cielos, y en sus cantos
la verdad con que brillas
celebrará la iglesia de los Santos.

VI.

Porque ¿quién sobre el cielo
puede al Omnipotente compararse?
¿Quién á Dios en el suelo
entre los fuertes puede asemejarse?

VII.

Al Dios cuya grandeza
los Santos de su corte glorifican,
terrible le publican,
y en torno suyo humillan la cabeza.

VIII.

¿Quién á tí semejante,
Señor de Sabaoth, fuerte y potente?
En trono deslumbrante
la verdad haces junto á tí se siente.

IX.

Tú tienes señorío
sobre el inmenso Océano, levantas
sus olas, y quebrantas
segun tu agrado su pujanza y brío.

X.

Como herido de muerte
al soberbio humillaste; á los contrarios
que osaran temerarios
resistirse, arrolló tu brazo fuerte.

XI.

Tuyo el cielo y la tierra,
el universo entero que fundaste,
con cuanto en él se encierra:
el Aquilon y el Austro tú creaste.

XII.

El Tabor de alegría
y el Hermon en tu nombre dieron muestra.
Lleno de valentía
está tu brazo y de poder tu diestra.

XIII.

De tu trono la base
justicia y equidad: tu omnipotencia
hizo que se hermanase
la rígida verdad con la clemencia.

XIV.

¡Oh pueblo venturoso
que en tí sabe alegrarse, y de tu cara
al resplandor hermoso
la senda sigue de virtud preclara!

XV.

Todo el día en tu Nombre
se gozará; del justo la delicia
estará en tu justicia
que su propia virtud premia en el hombre.

XVI.

Porque tú eres la gloria
de nuestra fortaleza; á tí se debe
de Israel la victoria
que elegir te dignaste por tu plebe.

XVII.

Entonces fue tu agrado
revelar en vision: sobre valiente
mi auxilio he preparado:
de mi pueblo escogí quien haga frente.

XVIII.

A David siervo mio
hallé; de mí fue ungido soberano.
Le auxiliará mi mano,
mi brazo le dará valor y brío.

XIX.

En su daño impotente
el esfuerzo será de sus contrarios;
y los hombres nefarios
maquinarán su ruina vanamente.

XX.

Porque á todo aquel hombre
que le odie, haré temblar en su presencia.
Mi verdad y clemencia
siempre con Él, se ensalzará en mi Nombre.

XXI.

Estenderé su mano
sobre el mar, y su diestra sobre el rio.
El dirá: «¡Padre mio,
mi Dios, mi Salvador, mi soberano!»

XXII.

Será constituido
primogénito é ilustre entre los Reyes;
firmes serán las leyes
de mi pacto con él establecido.

XXIII.

Haré que sobre el suelo
por largos siglos su linaje exista;
y los dias del cielo
cuenta su trono y con verdad subsista.

XXIV.

Si mi ley desecharen
sus hijos, de mi yugo no contentos;
si el pacto profanaren
dejando de observar mis mandamientos:

XXV.

Con vara de justicia
castigaré sus culpas é impiedades;
mi azote la malicia
les hará conocer de sus maldades.

XXVI.

Mas nunca retirada
será de medio de ellos mi clemencia;
y de mi fe jurada
la verdad será puesta en evidencia.

XXVII.

Por maldades del hombre
no serán anuladas mis promesas.
Con palabras espresas
juré á David por mi sagrado Nombre.

XXVIII.

Juré que duraria
hasta la eternidad su descendencia,
y siempre brillaria
su trono como el sol en mi presencia.

XXIX.

Como la luna clara
por siglos sigue iluminando el suelo,
y el iris que en el cielo
para fiel testimonio colocara.

XXX.

Esto, Señor, dijiste:
pero ¡ay! que á tu ungido has despreciado;
y contra él enojado
de tu presencia le separas triste.

XXXI.

La alianza pactada
con tu siervo anulaste, y por el suelo
su diadema arrojada,
su gloria antigua convertiste en duelo.

XXXII.

Rompiste sus vallados
y los muros tambien que los guardaban:
pudieron confiados
á robarlos entrar cuantos pasaban.

XXXIII.

De sus vecinos fueron
el escarnio; las manos esforzaste
de cuantos le oprimieron,
y á todos sus contrarios alegraste.

XXXIV.

Embotaste su espada;
de tí en la guerra conoció abandono:
su grandeza eclipsada,
por tierra echaste su brillante trono.

XXXV.

Acortaste los días
de su lozana juventud: aumenta
finalmente la afrenta
sus penas, su afliccion, sus agonías.

XXXVI.

¿Hasta cuándo, Dios mio,
estarás con nosotros indignado,
y ese rostro sombrío
nos da señales de tu pecho airado?

XXXVII.

Acuérdate cuán feble
nuestra existencia es: tú nos formaste
de barro bien endeble;
roto será en el plazo que fijaste.

XXXVIII.

Pues ¿acaso la muerte
de algun mortal respetará la vida?
¿Y en el sepulcro inerte
no será toda gloria fenecida?

XXXIX.

Tus antiguas piedades
¿en dónde están, Señor, como juraras
á David, y tomaras
tu Nombre por señal de tus bondades?

XL.

Ten ¡oh Señor! presentes
los oprobios, las mofas, y esa afrenta
(que el pecho me atormenta)
con que á tu pueblo ultrajan tantas gentes.

XLI.

Pues llevan su insolencia
á blasfemar del Nombre de tu Ungido.
Muestra al fin tu clemencia,
y serás por los siglos bendecido.

SALMO LXXXIX.

Domine, refugium factus es nobis...

I.

En todo tiempo, Señor,
fuiste nuestro dulce abrigo;
en todo tiempo contigo
hemos hallado favor.

II.

Por los siglos eres Dios:
antes que montes hubiera,
antes que el orbe existiera,
y por los siglos en pos.

III.

Mas los hombres ¡cuán variables,
y qué efímera su vida!
A la nada es reducida
con una palabra que hables.

IV.

Pues mil años ante tí,
como el ayer que pasó ;
como vigilia, sino,
que en sueños huye de mí (*).

V.

Cual torrente arrebatado
nuestros años correr haces:
son como el sueño fugaces;
son como yerba del prado,

VI.

Que nace por la mañana,
al medio dia florece,
por la tarde se endurece,
y á la noche se desgrana.

VII.

Porque al furor de tus iras
nos hemos arrebatado;
el ardor nos ha secado
con que enojado respiras.

VIII.

Delante de tí tuviste
las públicas impiedades,
y las ocultas maldades
de tu rostro á la luz viste.

IX.

Enardecida tu saña,
nuestros dias abreviaste,
y nuestros años cortaste
como una tela de araña.

X.

En nuestra edad son setenta
los años de nuestra vida;
el robusto á esta medida
otros diez años aumenta.

XI.

Mas allá, todo es molesto;
achaques, penas, vejez:
volamos con rapidez,
nos desvanecemos presto.

XII.

¿Quién pudiera conocer
de tu ira la fortaleza?
Para admirar tu grandeza;
para poderte temer.

XIII.

Enséñanos tú á contar
nuestros dias uno á uno:
haz que no pase ninguno
sin dejarte de alabar.

XIV.

Danos, Señor, grato indicio
de que aplacas tus enojos:
vuelve á nosotros los ojos,
mira á tus siervos propicio.

XV.

No dilates tu venida,
y tu Nombre alabaremos,
y en tí nos alegraremos
los dias de nuestra vida.

XVI.

Haz que por los dias tristes
contemos los de alborozo,
y supere nuestro gozo
á la afliccion que nos distes.

XVII.

En tus siervos aparezca
con evidencia notoria
tu gran poder, y tu gloria
en sus hijos resplandezca.

XVIII.

Y sobre nosotros fija
brille la luz del Señor,
que nos mantenga en su amor
y nuestras obras dirija.

SALMO XC (*).

Qui habitat in adjutorio Altissimi...

I.

El que habita en lo interior
de la mansion del Altísimo,
tendrá amparo segurísimo
á la sombra del Señor.

II.

¡Oh dulcísima esperanza!
con entusiasmo dirá:
¡Mi bien, mi amor! en tí está
segura mi confianza.

III.

Él te librará del lazo
del astuto cazador;
al maligno corruptor
reprimirá con su brazo.

IV.

Sombra te hará con sus alas;
su verdad te escudará;
de noche te librará
de imaginaciones malas.

V.

Y de saetas de día,
y de asechanzas oscuras,
y de imágenes impuras
que asaltan al medio día.

VI.

Mil saetas á tu lado
y diez mil á tu derecha
caerán; ninguna flecha
se acercará á tu costado.

VII.

Con tus ojos enredor
contemplantas el estrago,
y verás el justo pago
del impío y pecador.

VIII.

Pues que Dios es tu esperanza,
y su alcázar tu retiro,
no te herirá ningun tiro,
que á tanta altura no alcanza.

IX.

Porque tambien sus divinos
ángeles á tí envió,
y que te guarden mandó
sobre todos tus caminos.

X.

Te llevarán en sus manos,
cuidarán con interes
que no tropiecen tus pies,
y harán los senderos llanos.

XI.

Sobre el áspid andarás,
sobre basilisco ardiente;
del leon y la serpiente
la cabeza pisarás.

XII.

Porque en mí el justo esperó,
en salvo yo le pondré;
mi proteccion le daré,
pues mi Nombre conoció.

XIII.

Me invocará, y con notoria
piedad de mí será oido;
le consolaré afligido,
le coronaré de gloria.

XIV.

Con largos años de vida
sus deseos colmaré,
y ante sus ojos pondré
mi salvacion prometida (*).

SALMO XCI.

Bonum est confiteri Domino...

I.

¡Cuán bueno y grato en el hombre
rendir gracias al Señor,
y del Escelso en loor
cantar salmos á su nombre!

II.

Celebrando los misterios
de su clemencia y verdad,
con cítaras de suavidad,
con decacordio y salterios.

III.

Pues tus hechos soberanos
contemplo, Señor, con gozo,
y llenasme de alborozo
con las obras de tus manos.

IV.

¡Cuán grandes son tus portentos,
y tus obras qué admirables!
Profundos son, insondables,
tus divinos pensamientos.

V.

Míralas el insensato,
y no hace de ellas aprecio;
no entiende de ellas el necio,
y las olvida el ingrato.

VI.

Como la yerba del prado
brota el pecador, y crece;
por breve tiempo florece;
para ser esterminado.

VII.

Mas tú, Dios omnipotente,
que habitas en las alturas,
por siglos de siglos duras,
y vives eternamente.

VIII.

Pues hé aquí tus contrarios;
tus contrarios morirán:
disipados quedarán
todos los hombres nefarios.

IX.

Del unicornio á la vez
me darás la fortaleza;
consolará la grandeza
de tus dones mi vejez.

X.

Y veré sin sobresalto
los que en mi mal se conjuran;
los malignos que murmuran,
ni haré en lo que digan alto.

XI.

Hará el Señor que florezca
como la palmera el justo,
y como el cedro robusto
del Líbano se engrandezca.

XII.

Porque, plantado en su templo,
florecerá su virtud;
guardará en la senectud
su vigor, y será ejemplo :

XIII.

De que en Dios omnipotente
no hay en el obrar mancilla;
que la justicia en él brilla,
y hace todo rectamente.

SALMO XCII.

Dominus regnavit, decorem indutus est...

I.

Glorioso reina el Señor:
revístese de grandeza;
ármase de fortaleza;
ceñido está de esplendor.

II.

Al orbe firmeza dió;
conmovido no será.
Tu Trono preparó ya;
tú eras cuando lo crió.

III.

Levanten, Señor, los rios,
levanten su voz potente;
con estruendo su corriente
se embravezca y tome bríos.

IV.

Más que el río estrepitoso,
 más que el mar en su bravura,
 es el Señor en la altura
 admirable y poderoso.

V.

Firmeza y seguridad
 á tus testimonios diste;
 brillar en tu Casa hiciste
 por siglos la santidad.

SALMO XCIII.

Deus ultionum Dominus...

I.

Señor y Dios vengador:
 en tí la justicia brilla;
 juzga á la tierra, y humilla
 al soberbio pecador.

II.

¿Hasta cuándo los malvados
 llevarán alta la frente,
 y harán alarde insolente
 de su maldad y pecados?

III.

¡Señor! tu pueblo abatieron;
 han devastado tu herencia;
 á sus manos sin clemencia
 viudas y pobres murieron.

IV.

«El Señor no los atiende,»
 con arrogancia decían ;
 y con mofa repetían :
 «El Dios de Jacob no entiende.»

V.

Reflexionad , y entended ,
 hombres del pueblo insensatos ;
 incrédulos mentecatos ,
 alguna vez comprended.

VI.

Quien los oídos ha dado
 ¿por ventura no oirá?
 ¿Quizás tampoco verá
 quien los ojos ha formado?

VII.

¿No ha de llamaros á juicio
 quien castiga las naciones,
 quien al hombre dió nociones
 de la justicia y del vicio (*)?

VIII.

Para el Señor nada cabe
 oculto en el pecho humano:
 ve su pensamiento vano,
 todos sus secretos sabe.

IX.

Dichoso, Señor, el hombre
 á quien tú mismo adoctrinas,
 y con tus leyes divinas,
 le enseñas á amar tu Nombre.

X.

Para aliviar su dolor
en tiempo triste y aciago,
mientras de miseria un lago
se abre al pie del pecador.

XI.

Porque Dios en su bondad
no dejará abandonada
su grey, ni desamparada
para siempre su heredad.

XII.

Mas la justicia por modos
dirigirá tan perfectos,
que los corazones rectos
irán en pos suya todos.

XIII.

¿Quién por mí se levantó
contra el agresor maligno?
¿Quién á mi favor un signo
contra el malvado mostró?

XIV.

Si por el Señor guardada
no fuera la vida mia,
seguramente seria
el sepulcro mi morada.

XV.

Si yo esclamaba: «¡Dios mio,
que ya vacila mi pie!»
tu fuerte brazo no fue
en sostenerme tardío.

XVI.

Y segun fueron las penas
que el corazon me afligian,
tus consuelos me venian,
tus palabras de amor llenas.

XVII.

¡Pues cómo! ¿Acaso te sientas
en un tribunal injusto,
que cuando afliges al justo
sobre sus fuerzas le tientas?

XVIII.

Persíganle los malvados,
y al inocente condenen
á muerte, para que llenen
el colmo de sus pecados.

XIX.

En el Señor se afianza
su salvacion: por mi parte,
mi Dios es mi baluarte,
el sosten de mi esperanza.

XX.

Contra ellos convertirá
su iniquidad é injusticia:
los perderá en su malicia,
el Señor los perderá.

SALMO XCIV (*).

Venite, exultemus Domino...

I.

Venid, venid y alabemos
al Señor con santo gozo;
cantemos con alborozo
á Dios nuestro Salvador.
Entremos en su presencia
su grandeza confesando,
salmos alegres cantando
en su alabanza y honor.

II.

Porque el Señor es Dios grande,
Rey y Señor de señores;
porque en sus justos furores
su plebe no desechó.
Porque en su mano contiene
los confines de la tierra;
sobre el monte y alta sierra
su mirada dirigió.

III.

Porque suyo el mar que Él hizo,
como fundó el Continente.
Venid, humillad la frente,
adoremos al Señor.
Porque nosotros el pueblo
que con su pasto alimenta,
las ovejas que apacienta
como divino Pastor.

IV.

Hoy si su voz escucháreis,
 dadle el corazon abierto:
 temed lo que en el desierto
 con vuestros padres pasó.
 Vuestros padres me tentaron,
 probáronme descontentos,
 aunque vieron los portentos
 que mi diestra ejecutó.

V.

Con esa raza rebelde
 cuarenta años tuve guerra,
 y dije: Es pueblo que yerra,
 tiene duro el corazon.
 No siguieron mis caminos
 que les mostré en la montaña;
 por eso juré en mi saña:
 «No entrarán en mi mansion.»

SALMO XCV.

Cantate, Domino, canticum novum : cantate...

I.

Cantemos al Señor cántico nuevo:
 junte su voz al hombre
 la tierra toda, bendiciendo el Nombre
 que impreso en mi alma llevo.

II.

Su gloria publicad de dia en dia:
decid á las naciones
el santo Salvador que nos envia,
sus portentos y dones.

III.

¡Cuán grande es el Señor, y qué admirable!
Entre los dioses vanos
que el delirio forjó de los humanos,
terrible y formidable.

IV.

Él los cielos crió: gloria y belleza
le circundan en torno;
de su morada principal adorno
santidad y pureza.

V.

Ofreced al Señor, pueblos y gentes,
de gloria el homenaje:
ante su Nombre doblegad las frentes,
rendidle vasallaje.

VI.

En sus atrios entrad; á su morada
ofrendas todos lleven.
Adorad al Señor: con su mirada
los orbes se conmueven.

VII.

Decid al mundo que el Señor impera:
la equidad á sus juicios,
como á la tierra estableció en sus quicios,
por base firme diera.

VIII.

Llénense cielo y tierra de alborozo;
 conmuévanse los mares;
 campos y montes, bosques seculares
 poséanse de gozo.

IX.

Delante del Señor: mirad, ya viene,
 y en tribunal augusto
 se sienta: de equidad el cetro tiene:
 siempre su juicio justo.

SALMO XCVI.

Dominus regnavit, exultet terra...

I.

El Señor reina: de gozo
 llénese toda la tierra,
 las islas que el mar encierra
 participen su alborozo.

II.

De nubes y oscuridad
 rodeado se presenta:
 sobre alto trono se sienta
 de justicia y equidad.

III.

Sus enemigos aterra
 el fuego que va delante;
 relámpago deslumbrante
 hace estremecer la tierra.

IV.

Ante su cara se funden
como cera los collados;
los montes mas empinados
se derriten y se hunden.

V.

Los cielos señal notoria
de su justicia ya dieron;
y todos los pueblos vieron
su majestad y su gloria.

VI.

Llénense de confusion
los que adoran esculturas,
gloriándose en sus figuras:
al Señor la adoracion.,

VII.

Alégrate, Sion santa,
tu salvacion cerca está:
mirad, hijas de Judá,
el Salvador se adelanta.

VIII.

Señor, sobre todo el suelo
el Altísimo sois Vos:
nada, con respecto á Dios,
son los ángeles del cielo.

IX.

Los que le teneis amor,
odiad el mal; pues Él cuida
del Santo y salva su vida
de mano del pecador.

X.

La luz para el justo nace
 que en su promesa confía;
 Él rebotar de alegría
 al corazón recto hace.

XI.

Alégrese, pues, el justo
 en el Señor, dando gloria
 y alabando la memoria
 de su Nombre santo, augusto.

SALMO XCVII.

Cantate, Domino, canticum novum, quia...

I.

Al Señor un nuevo canto
 entonad, porque hizo muestra
 de sus prodigios: su diestra
 le salvó y su brazo santo (*).

II.

A conocer nos ha dado
 el Señor su salvación:
 á toda gente y nación
 su justicia ha revelado.

III.

Se acordó de su clemencia
 con la casa de Israel;
 siempre en sus promesas fiel,
 nos miró con indulgencia.

IV.

De la tierra en los extremos
vista fue su salvacion:
en todo pueblo y region
sus grandezas celebremos.

V.

Cantad sus glorias divinas
con cítaras bien templadas,
con voces acompasadas,
con trompetas y bocinas.

VI.

Alegraos en presencia
de vuestro Rey y Señor;
á ese Dios tan bienhechor
aplaudid á competencia.

VII.

Conmuévase el mar de gozo,
con cuantos seres encierra;
con sus vivientes la tierra
poséase de alborozo.

VIII.

Los rios aplaudirán
con bulliciosas corrientes;
los montes, prados y fuentes
de contento saltarán.

IX.

Que el Señor con su virtud
á juzgar la tierra viene.
El orbe en sus manos tiene:
juzgará con rectitud.

SALMO XCVIII.

Dominus regnavit, irascantur populi...

I.

Reina el Señor: muevan guerra
las naciones con encono.
Sobre querubes su trono:
que se conmueva la tierra.

II.

En Sion grande el Señor;
escelso en todas las gentes.
Las naciones diferentes
den á tu nombre loor.

III.

Tu nombre terrible y grande.
La rectitud es tu ley,
como es la gloria del Rey
que en justicia solo mande.

IV.

Preceptos de santidad
en tu pueblo estableciste;
siempre en Jacob ejerciste
la justicia y equidad.

V.

Ensalcemos todos, pues,
á nuestro Dios y monarca;
postrémonos ante el arca,
santo escabel de sus pies.

VI.

Moisés y Aaron estaban
entre sus ministros santos,
y Samuel con todos cuantos
su escelso Nombre invocaban.

VII.

Suplicaban al Señor,
y benigno les oía;
de la nube respondía,
ocultando su esplendor.

VIII.

Observaban sus mandatos
y preceptos que les dió:
por esto el Señor oyó
su voz con oídos gratos.

IX.

Tú, Señor, los escuchabas,
y recibías sus preces;
los perdonabas á veces
y sus agravios vengabas.

X.

Ensalzad, pues, al Señor;
loadle en el Monte Santo:
á su Nombre sacrosanto
gloria tributad y honor.

SALMO XCIX.

* **Jubilate Deo omnis terra...**

I.

Regocíjese la tierra,
gritos de gozo levante,
himnos de alabanza cante
al potente Creador.
Servidle con alegría
y alabadle á competencia:
venid, entrad en presencia
de vuestro Dios y Señor.

II.

Como la tierra y el cielo,
como toda criatura,
sois de sus manos hechura,
que el hombre no se formó.
Sois su heredad elegida,
su pueblo privilegiado;
sois ovejas de su prado,
que amoroso apacentó.

III.

Entrad, entrad por sus puertas,
himnos alegres cantando,
su grandeza confesando:
su Nombre santo alabad.

El Señor, dulce y suave;
 su misericordia tierna;
 sobre los siglos eterna
 su sacrosanta verdad.

SALMO C (*).

Misericordiam et iudicium cantabo...

I.

Tu justicia y tu clemencia
 ¡oh Señor! alabaré;
 y alabando entenderé
 de la perfeccion la ciencia.

II.

Si tu luz viene, y me auxilia
 para alcanzar este don,
 puro tendré el corazon
 en medio de mi familia.

III.

Nunca pondré ante mis ojos
 cosas contra tu ley santa:
 al que impió la quebranta
 hice sentir mis enojos.

IV.

Jamás con él tuve trato;
 siempre demostré aversion
 á los de mal corazon,
 al maligno y al ingrato.

V.

Perseguia al que observé
hablaba mal de su hermano ;
al orgulloso y al vano
nunca á mi mesa senté.

VI.

Los hombres fieles buscaba
para hacerme compañía ;
el que anda por recta via
ese á mi servicio entraba.

VII.

En mi casa no estará
el que con fraude proceda ;
ni en hablar el que se esceda
gracia en mis ojos tendrá.

VIII.

Me levantaré temprano
para limpiar tu ciudad
de cuantos obran maldad:
los estirpará mi mano.

SALMO CI (*).

Domine, exaudi orationem meam, et clamor...

I.

Señor, escucha mi ruego,
que mi clamor llegue á tí:
tu rostro vuelve hácia mí,
y en la tribulacion acude luego.

II.

Oye las plegarias mías
cuando á tí clame angustiado.
En humo fueron mis días;
como leña mis huesos se han secado.

III.

Mi corazón abatido
marchito está como el heno;
siempre de zozobras lleno,
aun hasta de comer mi pan me olvido.

IV.

De tan continuo penar,
con tan frecuente gemir,
mi piel se llegó á pegar
á mis huesos, que buscan el salir.

V.

Cual pelícano me he vuelto
que habita en la soledad,
y gozo en la oscuridad
como buho en tinieblas siempre envuelto.

VI.

Paso las noches en vela
triste sentado en el lecho,
cual pájaro que en el techo
se le ve solitario centinela.

VII.

Todo el día me afrentaban
mis enemigos procaces,
y los que antes me adulaban,
contra mí se volvieron mas audaces.

VIII.

Porque mezclé con ceniza
el alimento que como,
y en la bebida que tomo
el llanto de mis ojos se desliza.

IX.

Pues tiéneme en sobresalto
tu indignacion merecida,
desde que me alzaste en alto
para hacer mas funesta mi caída (*).

X.

Mi vida cual sombra pasa ;
me marchité como el heno ;
mas tú por siglos sin tasa
vives de gloria y de grandeza lleno.

XI.

Levántate, y á Sion
vuelve benigno el semblante:
que es tiempo de compasion,
de ejercer la piedad llega el instante.

XII.

Pues de tus siervos amadas
son las piedras de sus ruinas,
y ven tus huellas divinas
por do quiera en su suelo señaladas.

XIII.

Entonces, Señor, las gentes
tu Nombre respetarán,
y tu poder temerán
los Reyes de la tierra mas potentes.

XIV.

Porque á Sion alzarás,
y aparecerá tu gloria,
y al humilde atenderás,
su ruego oyendo con piedad notoria.

XV.

Escribese en monumento
que nunca pueda borrarse,
y el pueblo que ha de crearse
alabará al Señor con grato acento.

XVI.

Porque de su escelso Trono
miró benigno á la tierra,
para aplacar el encono
y salvar los cautivos de la guerra.

XVII.

Para que en Sion resuene
su santo Nombre, y tambien
por toda Jerusalem
dulce cantar en su alabanza suene.

XVIII.

Cuando los pueblos y Reyes
se congregarán, y juntos
del orbe en todos los puntos
le servirán y guardarán sus leyes.

XIX.

¡Las fuerzas faltan, Señor!
Contados mis dias tienes:
mas no los cortes en flor:
eternos son tus años y perennes.

XX.

Con tu poder admirable
criaste cielos y tierra
y cuanto en ellos se encierra:
pasarán, y tú sigues inmutable.

XXI.

Gastarse han como un vestido:
que se muden, mandarás,
y mudados los verás:
Tú siempre el mismo, igual, indefinido.

XXII.

En Jerusalem los hijos
de tu siervos vivirán;
otros en su pos vendrán
que alaben tu poder años prolijos.

SALMO CII.

Benedic, anima mea, Domino: et omnia...

I.

Bendiga mi alma al Señor:
mi corazón, todo cuanto
hay en mí, á su Nombre santo
bendígale con amor.

II.

Bendícele, sí, alma mia,
y sus favores no olvides:
siempre que humilde le pides,
su gracia el Señor te envía.

III.

Porque Él tus culpas perdona,
bálsamo en tus llagas vierte,
te rescata de la muerte,
de bondades te corona.

IV.

Más que á desear te atreves
te dará con plenitud:
hará que tu juventud
como el águila renueves.

V.

Apenas abres los labios,
sus favores te dispensa.
Toma el Señor la defensa
de cuantos sufren agravios.

VI.

¿Quién manifestó mas que Él
á Moisés sus caminos;
sus mandamientos divinos
á los hijos de Israel?

VII.

Compasivo es el Señor,
benigno, tardo en airarse;
siempre dispuesto á aplacarse,
no durará en su furor.

VIII.

¿Acaso nos ha tratado
cual nuestras culpas merecen?
¿Su enojo y venganza crecen
hasta igualar al pecado?

IX.

Como de la tierra se alza
el cielo, así con el hombre
que teme su santo Nombre,
su misericordia ensalza.

X.

Cuanto del Oriente dista
el Ocaso, nuestro crimen,
en los que contritos gimen,
echó lejos de su vista.

XI.

Como el padre de sus hijos
se apiada y les muestra amor,
así nos mira el Señor
con ojos dulces y fijos.

XII.

Pues conoce nuestro ser;
que somos polvo y ceniza;
que la vida se desliza
para nunca mas volver.

XIII.

Sabe que del hombre son
los dias como la yerba,
como la flor que conserva
efimera duracion.

XIV.

Que el espíritu se aleja
del cuerpo que se disuelve:
no conocerá, si vuelve,
el mismo lugar que deja.

XV.

Mas la bondad del Señor
por los siglos permanece ;
por los siglos favorece
al que vive en su temor.

XVI.

Su misericordia alcanza
hasta á sus hijos y nietos,
siempre que á su ley sujetos
custodiaren su alianza.

XVII.

Su escelso Trono establece
en lo mas alto del cielo:
desde allí manda en el suelo,
todo á su imperio obedece.

XVIII.

Benedicid, pues, al Señor,
ángeles de gran virtud,
que cumplís con prontitud
los mensajes de su amor.

XIX.

Benedicid su majestad
toda su corte y milicia,
ministros de su justicia
que ejercéis su voluntad.

XX.

Y bendíganle á porfía
cuantas son sus criaturas:
al Señor de las alturas
bendícele tú, alma mia.

SALMO CIII (*).

Benedic, anima mea, Domino: Domine...

I.

¡Bendiga al Señor mi alma!
Tú, Señor, te has ensalzado
en gran manera, y ganado
de la perfeccion la palma.

II.

De tu omnipotencia el sello
á todas tus obras das:
cubierto de luz estás
como de un ropaje bello.

III.

Los cielos cual pabellon
que se despliega, estendiste,
y con aguas los cubriste
que tienes en suspension.

IV.

De las nubes tu carroza
haces en el firmamento;
corres en alas del viento
que á tu vista se alboroz.

V.

A tus ángeles criaste
mas hermosos que la aurora;
como llama abrasadora
á tus ministros formaste.

VI.

La tierra sólidamente
estableciste en su base,
para que no se inclinase
por siglos y eternamente.

VII.

Las aguas como un vestido
la tierra y montes cubrieron:
á tu reprension huyeron,
de tu trueno al estampido.

VIII.

A una señal de tu agrado
sierras y montes ascienden,
campos y valles descenden
á su lugar señalado.

IX.

Un límite las fijaste
del que nunca han de salir;
no volverán á cubrir
la tierra que tú salvaste.

X.

En los valles brotar fuentes
haces, las aguas calando
montes y peñas, buscando
mil salidas diferentes.

XI.

En ellas se abrevarán
las bestias y los ganados;
á ellas de sed acosados
los ónagros correrán.

XII.

Y los pájaros veloces
á sus márgenes risueñas
acudirán, y en las peñas
alegres darán sus voces.

XIII.

Con aguas los montes riegas
de tus tesoros del cielo;
cubres de frutos el suelo,
florecen campos y vegas.

XIV.

Heno en abundancia dan
para que las bestias coman;
yerbas para el hombre asoman
que se convierten en pan.

XV.

Vino tambien le deparas,
que le alegra el corazon,
y aceite con profusion,
que hace relucir sus caras.

XVI.

Á los árboles que planten
les darás rápidos medros,
y del Líbano á los cedros
que su alta copa levanten.

XVII.

Allí las aves harán
los nidos para su cria;
á la cigüeña por guia
en su fábrica tendrán.

XVIII.

Los gamos que huyen perplejos
hallan refugio en las breñas;
su madriguera en las peñas
buscan tímidos conejos.

XIX.

La luna el Señor crió
para que el tiempo señale;
el sol que de Oriente sale
el Ocaso conoció.

XX.

Las tinieblas derramaste,
y se hace noche: ligera
sale á correr toda fiera
que en las selvas albergaste.

XXI.

Rugen, buscando alimento,
el leon y su cachorro:
claman á Dios por socorro,
que da á las fieras sustento.

XXII.

Sale el sol, y se congregan,
y en sus cuevas se guarecen;
y los hombres remanecen,
y á sus labores se entregan.

XXIII.

¡Oh Señor, cuántas grandezas!
con sabiduría obraste:
la tierra toda llenaste
de tus inmensas riquezas.

XXIV.

Y ese mar grande, anchuroso:
allí reptiles sin cuento;
allí el monstruo corpulento,
y el pececillo gustoso.

XXV.

Allí para naves hondas
rumbos y sendas abriste;
allí ese dragon que hiciste
para jugar en las ondas.

XXVI.

Todos esperando están
que les des el alimento:
se lo das, y en el momento
todos á cogerlo van.

XXVII.

En abriendo tú la mano
todos se hartarán de bienes;
mas si cerrada la tienes,
corren y buscan en vano.

XXVIII.

Tu vista de ellos separas,
y desfallecer se advierten,
y en el polvo se convierten
de donde tú los sacarás.

XXIX.

Tu espíritu enviarás,
y otra vez serán criados;
con dones mas apreciados
la tierra renovarás.

XXX.

¡Gloria al Dios de las alturas!
¡Eterno sea su honor!
pues se complace el Señor
en todas sus criaturas.

XXXI.

A su mirada la tierra,
si airado está, se estremece;
toca al monte, y se enardece,
llamas despide la sierra.

XXXII.

Al Señor toda mi vida
cantaré; cuanto el aliento
dure en mí, con grato acento
honra le daré debida.

XXXIII.

Dulces y alegres conceptos
alabando emplearé;
en mi Dios me gozaré;
mis votos serán aceptos.

XXXIV.

Consúmase el pecador,
y los impíos perezcan;
que en la tierra no aparezcan;
¡bendiga mi alma al Señor!

SALMO CIV.

Confitemini Domino, et invocate nomen ejus...

I.

Alabad al Señor todos;
su santo Nombre invocad;
á las gentes anunciad
sus obras y rectos modos.

II.

Cantad salmos en su honor;
referid sus maravillas.
Buscan las almas sencillas
su alegría en el Señor.

III.

Buscadle, y tened firmeza;
seguid siempre sus vestigios;
recordad de sus prodigios
y justicias la grandeza.

IV.

Hijos de Abraham sus siervos,
de Jacob sus escogidos:
en la tierra conocidos
sus juicios con los protervos.

V.

El Señor nuestra esperanza:
no se olvidó de su pacto;
dará cumplimiento exacto
á la ley de su alianza.

VI.

Con Abrám la concertó;
á Isaac hizo juramento;
y á Jacob su testamento
por decreto confirmó.

VII.

Diciendo: «De Canaan
la tierra daré en herencia
á tí y á tu descendencia:
por suertes la partirán.»

VIII.

Cuando una familia encierra
todos sus hijos, y andaban
errantes y los miraban
como estraños en la tierra.

IX.

Pasaron de gente en gente,
de pueblo en pueblo; con ellos
va el Señor: los atropellos
de los hombres no consiente.

X.

Castiga á los mismos Reyes:
«A mi ungido no toqueis,
ni al profeta maltrateis
intérprete de mis leyes.»

XI.

Hambre á la tierra envió;
de pan destruyó el sustento.
Para buscar alimento
delante un varon mandó.

XII.

José por siervo es vendido;
sufre aflicciones y penas;
oprímenle las cadenas
hasta que es del Rey oído.

XIII.

La voz del Señor le inflama;
sus palabras son verdad:
dale el Rey la libertad,
y á su servicio le llama.

XIV.

Oye nuevos vaticinios
interpretando su sueño:
de su casa le hace dueño
y de todos sus dominios.

XV.

Para enseñar de su ciencia
á los grandes los arcanos,
y aun á los mismos ancianos
dar consejos de prudencia.

XVI.

Jacob en Egipto entró
y fue peregrino en Can:
multiplicándose van,
su pueblo Dios aumentó.

XVII.

Hízole mas poderoso
que todos sus enemigos.
Para ejercer sus castigos
su pueblo les torna odioso.

XVIII.

Oprímenle en gran manera;
 sufrir le hacen trato acerbo.
 Manda á Moisés su siervo
 y Aaron que él mismo eligiera.

XIX.

Con prodigios la verdad
 de su mandato mostró.
 Las tiniéblas envió,
 y se hizo la oscuridad.

XX.

Todas las cosas hicieron
 como el Señor les advierte.
 En sangre su agua convierte,
 todos sus peces murieron.

XXI.

Ranas la tierra produjo;
 sus cuartos quedan infectos.
 Dijo, y enjambres de insectos
 á sus términos condujo.

XXII.

Granizo por lluvia dió;
 fuego de varias maneras:
 abrasa viñas é higueras,
 los árboles destrozó.

XXIII.

Oruga envía y langosta,
 comen la yerba del prado
 y los frutos que han sembrado;
 todo su campo se agosta.